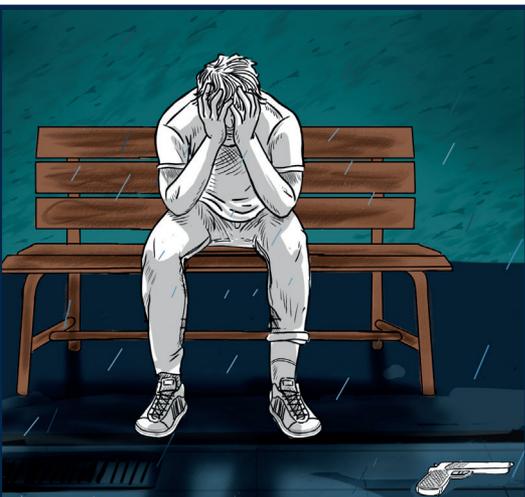


**CIUDADES SIN
MIEDO**
Reducción de
homicidios sin atajos
CASA DE LAS ESTRATEGIAS



Ciudades sin miedo

Reducción de homicidios sin atajos

Casa de las
Estrategias

AUTORES



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE SEGURIDAD Y JUSTICIA



UNIDOS

PATROCINADOR

Silaba

EDITORES

Casa de Las Estrategias

Ciudades sin miedo : reducción de homicidios sin atajos / Casa de las Estrategias, Camila Uribe, Lukas Jaramillo ; prólogo de Luis Fernando Suárez Vélez. – Medellín : Sílabas Editores, 2022.

248 p.; 21 cm.

ISBN 978-958-5516-92-2

1. Homicidio – Medellín (Colombia). 2. Delincuencia juvenil – Medellín (Colombia). 3. Crimen organizado – Medellín (Colombia). 4. Violencia – Medellín (Colombia). 5. Seguridad ciudadana – Medellín (Colombia). 6. Barrios marginados – Medellín (Colombia). I. Jaramillo, Lukas. II. Uribe, Camila. III. Suárez Vélez, Luis Fernando, 1965- , pról. IV. Tit.

364.152 cd 23 ed.

C334

Universidad Eafit- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

ISBN: 978-958-5516-92-2

© Alejandra Arango, Juan Diego Jaramillo, Lukas Jaramillo y Camila Uribe

Investigadores Casa de Las Estrategias

© Casa de Las Estrategias

© Sílabas Editores

© Prólogo, Luis Fernando Suárez Vélez, Secretario de Gobierno de la Gobernación de Antioquia

Primera edición: Medellín, febrero de 2022

Editoras: Lucía Donadío y Alejandra Toro

Corrección de textos: Rubelio López

Diagramación: Magnolia Valencia

Diseño de carátula: Otto Graphics

Diagramas: Natalia Rámirez

Ilustraciones de carátula e interiores: Omnia (Juan Carlos Mosquera y Camilo Rico)

Texto contracarátula: Francisco Thoumi. Miembro del Comité de Asesores Científicos del Informe Mundial Sobre las Drogas de las Naciones Unidas. Miembro de Número de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas.

Distribución y ventas: Sílabas Editores. www.silaba.com.co / silabaeditores@gmail.com

Carrera 25A No. 38D Sur - 04. Medellín, Colombia.

Casa de las estrategias. www.casadelasestrategias.com / contacto@casadelasestrategias.com

Carrera 97. 40-26. Medellín, Colombia.

ESTE LIBRO SE PUBLICA CON EL APOYO DE LA SECRETARÍA DE SEGURIDAD Y JUSTICIA DE LA GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA, OPEN SOCIETY FOUNDATIONS Y EDGELANDS INSTITUTE.

Impreso y hecho en Colombia por Panamericana Formas e Impresos S.A.

Printed and made in Colombia.

Reservados todos los derechos. Prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento.

*En memoria de Miguel Ángel Marín Arango.
Nos dejó escritas cosas en un lenguaje que no sabremos,
pero ensayarlo es la vida misma.*



Contenido

Prólogo	11
Introducción	15
I. Midiendo el fracaso de Medellín	23
II. Mitos de jóvenes para adultos	31
Sexualidad, socialización o erotismo en adolescentes	41
Urbanismo adolescente o de drogas	51
La experiencia y la estrategia frente al homicidio	65
III. Destinados al homicidio	69
Saber que lo van a matar	79
El homicida en los ojos de la víctima	90
Técnica y lógica para el triunfo del absurdo	92
IV. De parchar a matar	99
Combo	99
No morir y tener sexo	111
Hervir un sapo	125
Los imperdonables y querer salir	132
¿Quién es el homicida en Medellín?	141

V. El que nos cuida	171
Policía: recuperar territorio y evitar homicidios	171
Tierra no hacen más	193
VI. Invención ciudadana	205
Por algo sería	205
Recomendaciones para reducir los homicidios	210
Sostenibilidad cultural	212
Filosofía	219
En el suelo	220
Agradecimientos	227
Colectivo artístico Omnia	231
Referencias	233
Bibliográficas	233
Cuantitativas	237
Etnográficas	237

Prólogo

En Antioquia, nuestro Departamento, la muerte violenta también es una expresión de la inequidad, pues el 40 % de los homicidios se presentan en jóvenes entre los 18 y los 28 años de edad, principalmente de sectores marginales. La nuestra es una sociedad “acostumbrada” al homicidio; en nuestra sociedad se “naturaliza” el homicidio. Ese es el gran reto que tenemos en Antioquia, que cada muerte violenta se prevenga, y cuando esta ocurra la rechacemos, manifestemos nuestro repudio a los violentos, que la nuestra sea una sociedad en la que se privilegie y se honre la Vida. Debemos ser capaces de tener una prioridad como sociedad en la reducción de homicidios y feminicidios y un acuerdo fundamental: nada justifica el homicidio. El homicidio como la peor de las tragedias, también nos lleva a la zozobra en territorios, a madres, jóvenes y adolescentes angustiados. Una vida sin miedo, sin amenazas, es una vida libre y digna. Cultivar sociedades, ciudades, municipios y un Departamento sin miedo es una forma de unirnos por la Vida.

Esta es una tarea en la que debemos encontrar propósitos comunes, no podemos realizarla solos, debemos estar UNIDOS frente al propósito de la defensa de la Vida; primero, logrando que cada institución convoque lo mejor en las otras, pero también logrando una red con toda la heterogeneidad ciudadana.

Los gobiernos de Aníbal Gaviria siempre han puesto en el centro la Vida. Cuidar, proteger, respetar, valorar la Vida como el valor supremo de nuestra

sociedad. En coherencia con esa decisión política, en el gobierno de Antioquia Unidos por la Vida 2020-2023 nos impusimos la meta de reducir las muertes violentas para alcanzar la cifra más baja del Departamento en varias décadas. Partimos de un hecho simple pero contundente: no hay peor inequidad en una sociedad que aquella que no les garantiza a los habitantes el derecho a la Vida.

Para prevenir las muertes violentas en los jóvenes, hay que llegar cada vez más temprano, y evitar y truncar las carreras delincuenciales. Hay que dejar la indiferencia hacia niños, niñas, preadolescentes y muchachos, y protegerlos y acompañarlos en sus procesos. Comprender que van superando etapas y pueden cambiar los sueños, metas, ideas y posiciones. No podemos desfallecer como sociedad en todo esfuerzo preventivo y luego en el de resocialización de los jóvenes y adolescentes que han hecho parte de estructuras delincuenciales.

Tenemos unas amenazas muy reales y estructuradas en el crimen organizado que seduce a los jóvenes, que los atrae para instrumentalizarlos; tenemos unas vulnerabilidades en unos problemas sociales acumulados y unas fortalezas que son humanas, territoriales y culturales. Una vulnerabilidad que tenemos que resolver en nuestra sociedad es el deficiente o nulo acceso a la justicia. Tenemos jóvenes en riesgo (vulnerables) afectados por la presencia de grupos al margen de la ley que imparten “justicia” (amenazas), los cuales debemos enfrentar desde la legitimidad y prestando servicios de justicia oportunos y cercanos a los ciudadanos, a los que más expuestos han estado y han tenido una experiencia histórica y transgeneracional más débil. En todo caso, la población en la que más nos tenemos que enfocar es la de los jóvenes y adolescentes, su imaginación sobre una nueva región, una nueva

ciudadanía y un nuevo municipio, su capacidad de invención y reinversión. Esa fuerza que, si la dejáramos ser, es ante todo fuerza creadora.

En este libro, *Ciudades sin miedo*, vemos historias desde la preadolescencia y la adolescencia de personas que siempre tienen la posibilidad de soñar, de hacer una reflexión, que muestran que son capaces de emprender nuevos caminos, luego de una experiencia personal frente a la violencia y el crimen. Hay “juegos de violencia” que se van volviendo verdaderos e irreversibles para adolescentes, pero la organización criminal también aburre, ultraja y sus integrantes más jóvenes piden salidas y alternativas.

El imperativo siempre será salvar vidas, nunca dar por perdido a un joven y buscar, en cambio, llegar a él a tiempo. A los adolescentes tenemos que devolverles la niñez negada, generar todo el espacio para que transcurra su adolescencia, para que se den los procesos de socialización y de experimentación sin manipulaciones delincuenciales, agresiones o riesgos letales.

Este libro nos invita a recordar aspectos esenciales del servicio público, pero también a reactivar la imaginación institucional para no quedarnos sin caminos en una política de seguridad que privilegie la defensa de la Vida.

Luis Fernando Suárez Vélez
Secretario Regional y Sectorial Seguridad Humana
Gobernación de Antioquia

Introducción

Hablar del homicidio no es fácil, se confunde con una exageración que está domesticada en todo tipo de relatos, anestesiada por el entretenimiento. No se quiere leer más sobre muertes, cada quien se queda sin palabras y sin embargo necesitamos del intento cultural, estético, intelectual, colectivo, institucional y solidario para protegernos, para comprender y resolver los conflictos sin que nadie sobre, venciendo entre todos el impulso de dañar a los demás. Es muy común que haya alguien de quien queramos vengarnos y siempre va a haber alguien que se quiera fuera de nuestro camino. Por eso el fondo de cualquier programa y política pública que intente directa o indirectamente la reducción de homicidios (y feminicidios) tendrá que abordar el porqué de las justificaciones para validar los asesinatos. Se quedan cortas la etnografía y las ciencias sociales para hablar del apego, de la insoportable ausencia de la amiga, de la hija, del padre, del hermano y un intenso dolor busca que sigan vivos con un egoísmo que disfrazamos moralmente y que nos lleva a seguir la cadena del crimen. ¿Cómo empezar un diálogo que escape de los lugares comunes y ahonde en lo que en verdad nos mueve y conmueve? ¿Una manera de recuperar la armonía fuera de todo espectáculo? Basta con presenciar a una madre enterrando a su hijo, totalmente sola, después de hacer una fila angustiante, un conmutador y una sala de espera para reconocer el cadáver de su amor. Y algo nos propone una convivencia donde ya nada justifique el homicidio.

PREREQUISITOS POLÍTICA DE SEGURIDAD

1 SER UN BUEN SERVIDOR

EL ASUNTO NO ES MANDAR.

2 DIALOGAR

SU MANDATO Y SU INSTITUCIÓN SON VEHÍCULOS DE LAS INTENCIONES CIUDADANAS.

3 CREER

PARA LOGRAR CONFIANZA EN LA AUTORIDAD, HAY QUE CONFIAR EN EL CIUDADANO.

4 DESCUBRIR LO MEJOR

APELAR A LOS MEJORES SENTIMIENTOS DE LA CIUDADANÍA.

Este libro busca generar una política pública de seguridad que reduzca los homicidios de la manera correcta, disminuyendo así el miedo de todos y todas. Está dirigido principalmente a tomadores de decisiones en los gobiernos locales (alcaldes), pero existe la intención de que sea leído y sea de utilidad para veedurías y ciudadanos que quieran participar del debate público y tomar una decisión programática sobre su voto. Aquí se sostiene la tesis de que un gobierno que pase a la historia debe ser el que se vuelva un instrumento de movimientos sociales, y sepa leer la sociedad imaginada que se adelanta en el arte, aplicando las metodologías de la ciencia y la academia para facilitar los cambios culturales.

Aquí se presenta el caso de Medellín de forma crítica, como una apuesta a extrapolar a varios contextos de Latinoamérica, incluyendo ciudades¹ de dos mil habitantes o de decenas de millones. Se analiza la base de datos de homicidio y las noticias sobre homicidios; se presentan los resultados de entrevistas a expandilleros, postpenados y desmovilizados, de una observación etnográfica de expendios de droga, de la reconstrucción de la historia de vida de víctimas de homicidio entrevistando a parejas, mamás, hermanos, amigos y amigas, de grupos focales con la Policía en todas las estaciones de Medellín y de una encuesta a estudiantes de colegios públicos y de grupos focales de tres tipos en todas las comunas y corregimientos de Medellín con adolescentes de periferia —sólo con mujeres adolescentes, enfocados en colegios y con adolescentes vinculados a procesos culturales—.

En el primer capítulo se presentan los análisis estadísticos y geoespaciales de la base de datos de homicidios, permitiendo discutir la política pública de

1. Entendemos ciudad como el lugar donde vive por lo menos un ciudadano.

seguridad en la protección de distintos públicos, pero también aproximándonos a una geoestrategia y a las posibilidades y los mitos sobre el fortalecimiento de la operatividad y la justicia.

En el segundo capítulo se revisa una construcción histórica del joven y del joven de periferia, así como unos hábitos de pensamiento adultocéntrico y los estereotipos que influyen en el tipo de intervención y el tipo de política pública. Sin embargo, desde este capítulo también se muestra un conocimiento acumulado que discute y trata de diluir sesgos, aprovechando la voz de los adolescentes sobre las estrategias frente al homicidio, y su percepción y experiencia sobre la Policía, dándoles un lugar como urbanistas para que cuenten lo que es importante de las relaciones, prácticas y lugares.

En el tercer capítulo se reconstruye la vida de jóvenes asesinados y a través de sus seres queridos se comprende lo que sabían de sus amenazas, de un riesgo o del homicidio como un destino. Aquí se pueden reconstruir momentos, factores y móviles del homicidio, pero también responsabilidades de la institucionalidad y de la sociedad.

En el cuarto capítulo se describe y analiza una pandilla en Medellín y el homicida, profundizando en la función o intermediación de la socialización de la pandilla, el ingreso, el momento en el que ya no hay vuelta atrás, la lectura del pandillero de una jerarquía o de actores externos y las emociones y sentimientos del homicida, cómo podría funcionar la resocialización y cuándo y de qué se cansan los jóvenes en un grupo criminal.

En el quinto capítulo se registra en detalle el discurso de la Policía y se profundiza en las posibilidades y nociones sobre cómo evitar los homicidios y poner a salvo a las víctimas potenciales. Esto lleva a una discusión sobre el

enfoque de la Policía en golpes a la delincuencia y en capturas, y las imposibilidades y ausencia de una Policía para el cuidado.

En ese mismo quinto capítulo se discute una política pública que les arrebatte a las mafias la posibilidad de definir quién muere, que recupere espacios para la socialización y las libertades y que sea sostenible culturalmente.

En el sexto y último capítulo se trabaja el papel de los medios de comunicación y el análisis sobre la naturalización del homicidio y las lógicas o explicaciones fáciles que hemos construido sobre este, y las posibilidades de romper esto para incrementar los costos culturales y morales del homicidio.



I. Midiendo el fracaso de Medellín

El periodo desde principios de los años 80 hasta mediados de la década del 2000 muestra un escenario extremo de inseguridad y de violencia. Este pico de violencia se alcanza con una tasa de 395 homicidios por cada cien mil habitantes en 1991. La historia de esta violencia está bien documentada desde los años 80, tanto en la literatura como en el cine, el teatro y la televisión.

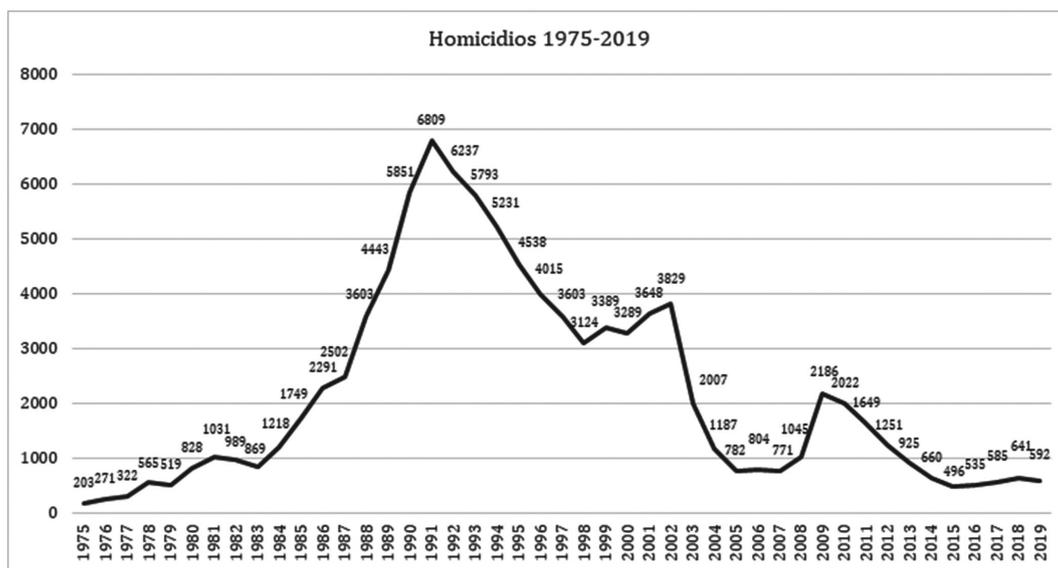


Gráfico 1. Homicidios en Medellín desde 1975 hasta 2019 (SISC, 2020). **Fuente:** Anuarios Estadísticos Municipales y Metropolitanos, Alcaldía de Medellín, Departamento Administrativo de Planeación y DANE.

Podemos encontrar descrita la disputa por el control territorial desde el Cartel de Medellín liderado por Pablo Escobar, pasando por las milicias urbanas de las diferentes guerrillas, hasta los combos que luego serían cooptados por grupos de paramilitarismo urbano y terminarían en una fragmentación territorial con vínculos con estructuras del narcotráfico. La literatura ha marcado una suerte de etapas que se pueden resumir en los siguientes periodos: 1980-1994, 1995-2005 y 2005 en adelante (Blair, Grisales y Muñoz, 2009). Más allá de estos esquemas y de todo el trabajo que hay sobre los mismos (Jaramillo, 1997; Duque, 2005; Giraldo, 2008; Bedoya, 2010; Díez, 2013), parece transversal la participación de los jóvenes y lo definitorio del territorio en cada una de las tesis de lo que podría constituir una escuela de pensamiento.

El último cambio estructural se presenta en el año 2009, cuando claramente comienza una disminución sostenida de los homicidios. Lo que ocurrió luego hizo que Medellín pudiera ser motivo de ejemplo o de estudio, no sólo de lo grave que puede ocurrir, sino de una superación. Desafortunadamente, lo que ocurrió luego muestra que un gran descenso entre los años 2005 y 2007 pudo obedecer a una situación atípica del conflicto armado colombiano (la derrota de las milicias y la desmovilización de las AUC²) y que no era sostenible, por lo que se puede hablar de una situación frágil y de un mediocre estancamiento en cuanto a la inseguridad y la violencia entre los años 2015 y 2019.

Aunque se puede empezar a señalar, filosóficamente, que hay un perfil de poblador para el que la inseguridad, la incertidumbre y el miedo es in-

2. Siglas que distinguen al grupo paramilitar Autodefensas Unidas de Colombia.

tenso, un panorama de la Medellín del año 2020 muestra la preocupación sobre la inseguridad de la mitad de los ciudadanos (Medellín Cómo Vamos, 2021).

En promedio, en los últimos 12 años, los jóvenes de 14 a 28 años componen tan solo el 23,4 % de la población, al mismo tiempo que el 51,2 % de los asesinatos. La tasa de homicidios en jóvenes es más del doble que la tasa de homicidios de todos los demás grupos etarios. La diferencia entre estas cifras muestra una disminución desde el año 2009 hasta ser solamente el doble en el 2015; sin embargo, en los años 2018 y 2019 la brecha que muestra un riesgo especial para los jóvenes vuelve a incrementarse, sin que el fenómeno general de homicidios disminuya.

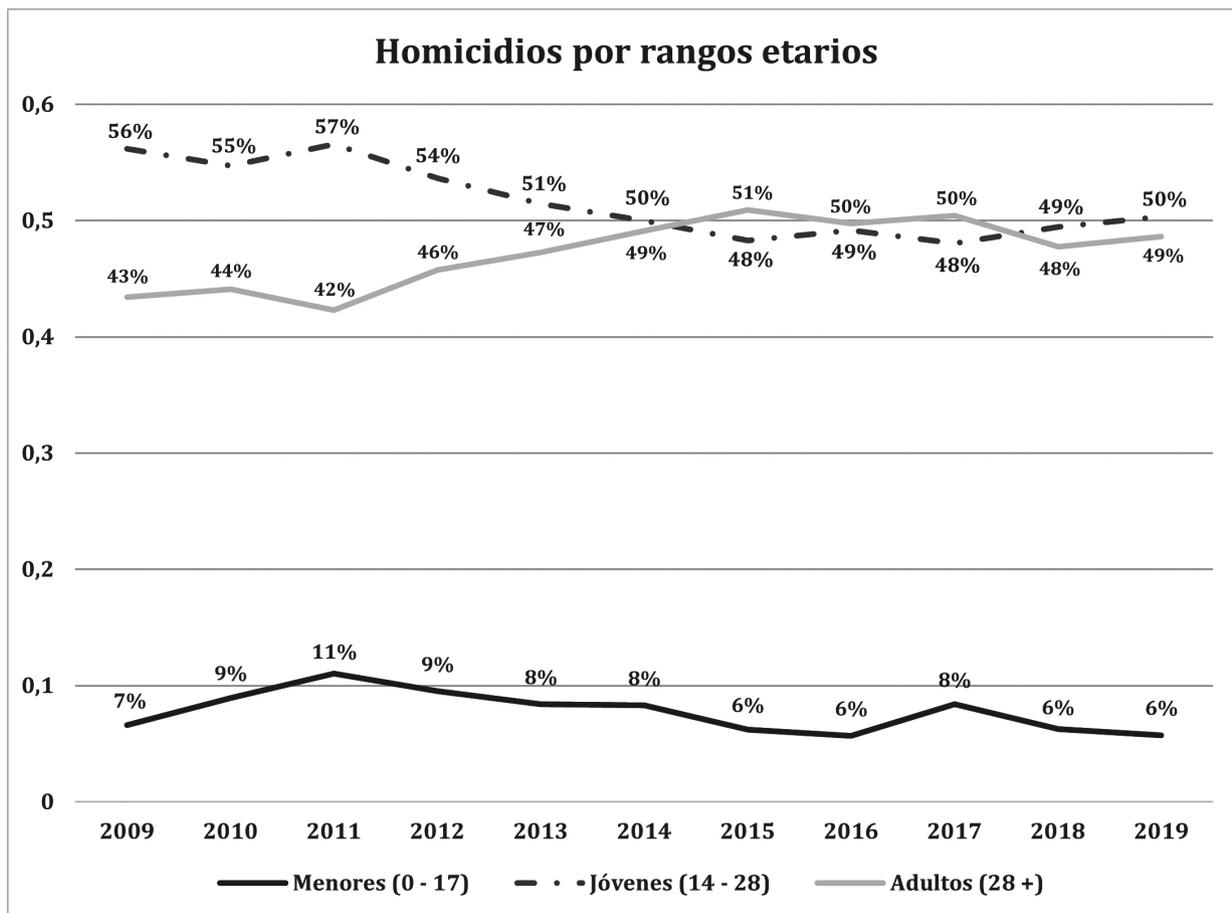


Gráfico 2. Homicidios por grupos etarios. **Fuente:** SISC con datos de la Policía Nacional.

La tasa de homicidios en jóvenes, aunque es baja para el histórico de Medellín, sigue siendo preocupante, estando muy por encima de países como México, donde dicha tasa es de 27,3 puntos (World Health Organization, 2015), a pesar de haberse triplicado entre los años 2008 y 2010 (Banco Mundial, 2013). Esto muestra que en Medellín la tasa de homicidios de jóvenes no ha disminuido en la misma proporción que la tasa de homicidios totales, y que a nivel internacional la ciudad tiene unos niveles muy por encima del promedio o incluso de lo normal.

Lo primero que se podría concluir de estas cifras es que se trata de jóvenes que habitan en viviendas que no valen mucho y en sitios de bajos ingresos, o incluso con problemas medios o altos de urbanismo. Sin embargo, la complejidad es mayor porque no son jóvenes desempleados, ni se trata de casos de sicariato —en los que el victimario recibe una paga específica por el asesinato de otro joven—. A pesar de esto, sigue predominando el espacio público, en la noche y con arma de fuego, por lo que es muy factible que en la mayoría de los casos el victimario pertenezca a un grupo delincencial.

Hay una alta concentración de homicidios en la ciudad, especialmente cometidos contra jóvenes. Al ver los mapas de homicidios discriminados por barrios se puede corroborar que los homicidios de jóvenes y los totales siguen patrones territoriales muy similares y que normalmente son fenómenos que se concentran en barrios periféricos (tanto a nivel topográfico como a nivel de planeación urbana).

La mayoría de las víctimas en Medellín, en el período analizado, son hombres. Además, se nota una pequeña diferencia entre las proporciones de sexo entre jóvenes y el total de la población, siendo la participación de

hombres en homicidios de jóvenes de 93,5 %, mientras que para adultos es de 92,2 %.

Analizando los homicidios cometidos contra mujeres, se puede notar una cierta estabilidad en el tiempo; sin embargo, es notable que el homicidio contra mujeres jóvenes siempre esté por debajo de la participación total de mujeres.

En el tipo de arma también hay una predominancia de las armas de fuego, especialmente cuando se trata de jóvenes. Llama la atención que en general son los jóvenes los que más mueren por arma de fuego, en comparación con los que lo hacen por armas cortopunzantes, lo que empieza a mostrar que una gran parte de los homicidios de jóvenes en Medellín no son producto —dada su modalidad— de riñas callejeras o donde el victimario pertenezca a una pandilla con pocos recursos.

Los asesinatos ocurren, por lo general, en la noche y en la madrugada, en la calle y mientras se desplazan caminando. Sólo el 11,6 % de los jóvenes víctimas de homicidio contaban con algún registro de antecedente criminal.

Técnicamente, hay homicidios de mujeres que no son feminicidios: el caso con menor discusión puede ser una bala perdida o una masacre o balacera indiscriminada en la que mueren hombres y mujeres.

Los feminicidios son los homicidios de mujeres en los que la condición de ser mujer es definitoria. La violencia sexual acompaña a algunos feminicidios, mientras que en otros casos hay una pareja, un ex, que no tolera que lo dejen, con la idea de que la mujer es una propiedad, manifestando una intolerancia al rechazo (decisión y libertad de una mujer).

Revisando los datos desde el 2008, la gráfica de la tasa de homicidios de mujeres muestra que el fenómeno no se está abordando con éxito. Aunque

comparándolo con la tasa general de homicidios y la tasa de homicidios contra hombres, es mucho más plana, esta también cuenta con variaciones. La variación de la tasa anual de homicidios está delimitada por la variación de la tasa de homicidios de hombres. La de mujeres, aunque no muy alejada, sigue un comportamiento diferente, probablemente menos ligada a las disputas entre grupos criminales.

Se nota una diferencia en las edades de los hombres y las mujeres que son asesinados, pero la estructura del riesgo es similar, constituyendo la última etapa de la adolescencia y la primera de la juventud (etapas de transiciones) las más riesgosas para ambos.

En el año 2019 hubo más homicidios de mujeres por arma blanca que por arma de fuego; cuando miramos la estructura del fenómeno desde el año 2008 se descubre que los homicidios con armas de fuego en mujeres sólo constituyen la mitad. Lo otro que se entiende es que la historia de Medellín, con su desarrollo institucional, la resistencia social y los procesos culturales, sólo ha tenido éxito en reducir los homicidios de mujeres por arma de fuego —pasando de 97 en el año 2010 a 17 en el 2019—. El tipo de armas puede hablar de victimarios muy distintos o con afiliaciones y recursos muy distintos y también de una mayor espontaneidad o reacción. En Medellín no es común que un ciudadano tenga un arma de fuego, pero un cuchillo puede estar en cualquier cocina. El tipo de lugar difiere mucho entre hombres y mujeres. Las mujeres son asesinadas en espacios privados e incluso en espacios íntimos.

Una política para reducir los feminicidios debe concentrarse en los canales para que las mujeres puedan denunciar a sus parejas y exparejas, y puede enfocarse en proteger a las mujeres que ejercen la prostitución. Mientras

que los hombres no tienen una ocupación que tan claramente los ponga en riesgo, las mujeres sí.

La historia del homicidio en Medellín es la historia del crimen, que ha llegado a unos niveles manejables, pero nunca deseables o motivo de orgullo por una superación; porque debajo del crimen están casi intactos otros fenómenos, lo que significa que se ha reducido el homicidio de mujeres (porque también las mafias terminan afectando a las mujeres), pero no se ha logrado nada frente al feminicidio.

El fenómeno del homicidio en la Medellín del año 2019 se sigue definiendo fuertemente por un fenómeno mafioso, por los recursos del narcotráfico, la exclusión, el territorio y la topografía de bordes y de guetos criminales. Por supuesto que la idea de la masculinidad (el machismo) es definitoria en el recurso de la violencia, tanto de hombres hacia hombres como de hombres hacia mujeres, y debería de ser un tema importante de comunicación, pedagogía y resocialización; pero se discute menos o con menos contundencia el adultocentrismo con el que estigmatizamos a los jóvenes populares, pues las autoridades no están dispuestas a prestarles servicios de protección y se deja al azar —lo que genera un vacío— partes importantes de su desarrollo y dignidad en la periferia, y las condiciones o servicios de socialización.

II. Mitos de jóvenes para adultos

Medellín es una ciudad cuya población creció cuarenta veces en menos de un siglo (Naranjo y Villa, 1997). Una ciudad conformada casi desde el principio por la migración, siempre informal y sin amparo institucional, y a partir de los años 70 en un caos que generó los cinturones de miseria que persisten hasta el día de hoy. Entre barrios construidos bajo proyectos de planificación urbana (impulsados por la expansión industrial) y barrios de invasión (impulsados por los flujos migratorios del campo a la ciudad), se crearon fuertes estereotipos de alteridad que marcaron las primeras fronteras de la construcción del otro: estereotipado y marginalizado.

Estos conflictos espaciales, que empiezan con la producción de espacios “ilegales”³ en las décadas de los 50 y los 60, atraen la mirada intervencionista del Estado, en sus primeros intentos de ordenamiento del espacio en Medellín por parte de varias de sus instituciones (Naranjo y Villa, 1997). Pero a pesar de la intervención estatal, los poblamientos “ilegales”, los centros de invasión, seguirían creciendo hasta bien entrada la década de los 80.

Un aspecto importante es que los actores políticos históricamente no han generado institucionalidad y a veces, por el contrario, han generado ilegalidad. Las prácticas de invasión a veces tenían a un político que las avalaba, pero sin que esto llegara a planearse o alinearse con los servicios del Estado (Archila *et al.*, 2002). De alguna manera, desde el comienzo de la configura-

3. Sin licencias, pero tolerados.

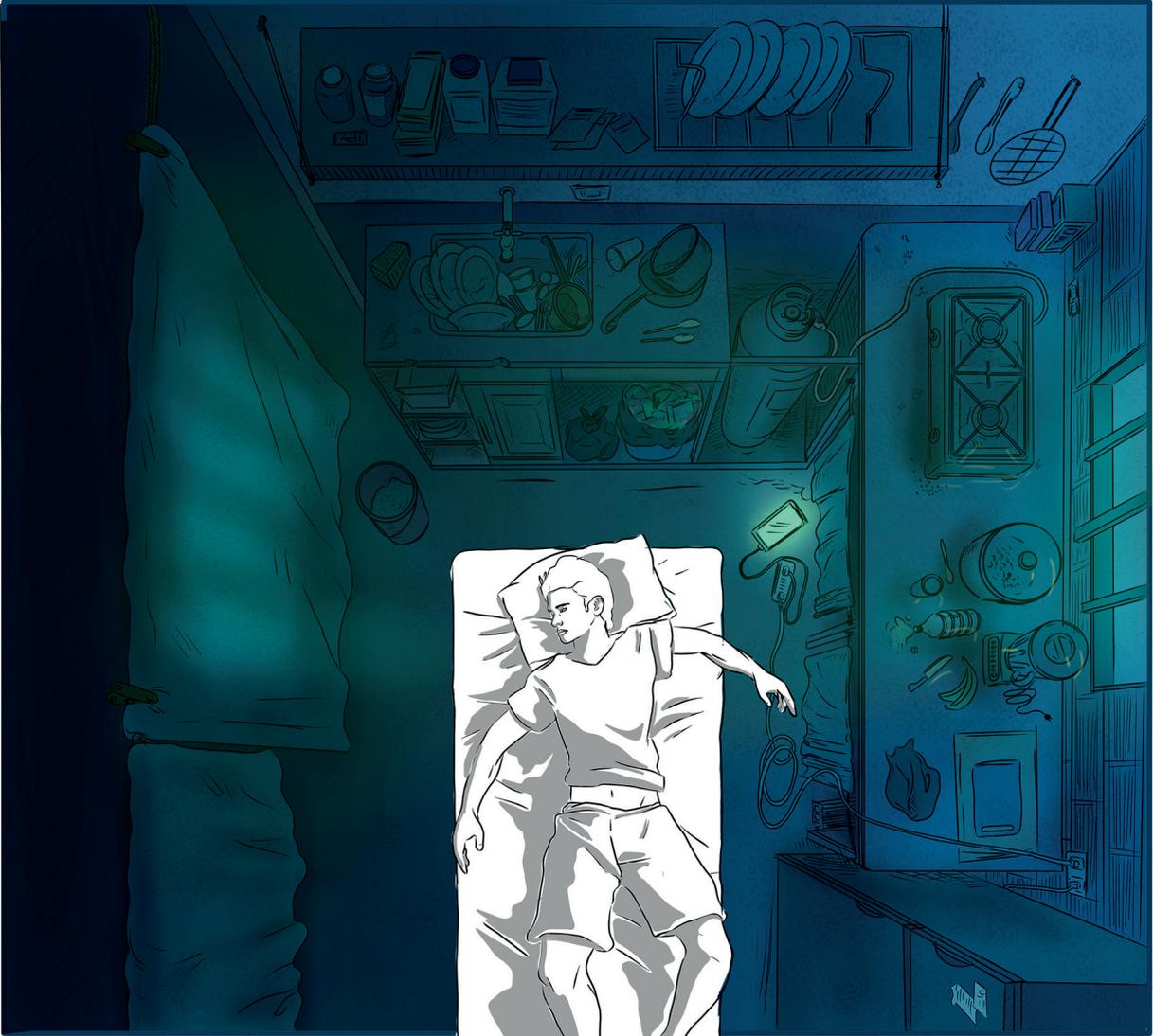
ción de algunas periferias se dieron prácticas clientelistas (la imposibilidad de la experiencia ciudadana).

En un intento por controlar el crecimiento de la ciudad, a través de programas de diferente índole, aparece también el impulso por controlar a la población, es decir, regular los espacios sociales que creaban los nuevos flujos migratorios. Desde mucho tiempo atrás se hablaba de herramientas para prevenir el crecimiento de los conflictos en barrios llamados marginales, titulado como “prevención” lo que muchas veces tenía desarrollos más claros de control. Al revisar todo el cúmulo de información sobre programas de intervención en estas zonas de la ciudad, siempre se encuentra el mismo sentido: lo social, lo cultural, lo deportivo y lo económico subordinado a la prevención de la violencia (Duque *et al.*, 2007).

En estos dispositivos, los jóvenes eran el centro del debate. Pensar en los jóvenes involucrados en la violencia en Medellín durante los últimos 30 o 40 años implica pensar en el lugar que han tenido en esta ciudad. Es claro que a partir de la década de los 60 (Martínez, 2005) empieza a pensarse al joven como un sujeto social, a darle un contexto desde el cual analizarlo. Más allá de un rango etario⁴, lo joven se empieza a pensar como un sujeto en contexto que se situaba diferente según los entornos y las condiciones históricas de algún lugar.

Al buscar los orígenes de “lo joven” en Medellín lo primero que sobresale es que siempre fueron un enigma por descifrar o un problema a resolver. Cuando en las décadas de los 60 y 70 aparecían las primeras formas de

4. Basta con revisar las políticas de juventud durante varios años para ver que el rango etario de lo que se entiende como “joven” ha cambiado significativamente.



agrupación de lo joven no reguladas totalmente por adultos, siempre la consigna era buscar un acercamiento a estos grupos, entenderlos y tratar de buscar un lenguaje en común que pudiera establecer supuestos puentes de comunicación entre lo que se entendía como “lo joven” y lo asumido como “lo adulto”. Estos impulsos siempre estuvieron marcados por la sospecha de que algo malo ocurría cuando los jóvenes actuaban por su cuenta. Basta con mirar la prensa alrededor del Festival Ancón en 1971⁵ para dar cuenta de esto. Era tal la paranoia alrededor del festival que se dice que las razones para que el alcalde de la época haya sido sustituido tenían que ver con haber permitido realizar tal festival en la ciudad. No era de extrañar, pues los representantes de la Iglesia católica en Medellín emitieron varios comunicados días antes del festival intentando convencer al alcalde para que no permitiera la realización del evento.

La emergencia de un sujeto dentro de un contexto histórico específico tiene varias aristas que vale la pena analizar aquí. Una de estas pasa por las políticas concretas que hacen surgir a este sujeto, las cuales tienen que ver con los requerimientos o demandas legislativas según unas coyunturas específicas, donde se entiende que cierto tipo de sujetos (delimitados y representados), en este caso los jóvenes, requieren de unas u otras políticas en particular. Estos sujetos, entonces, pasarán a ser mayoritariamente visibles, representables, identificables y, en cierto modo, medibles, a través de programas específicos de intervención (Reguillo, 2004).

5. El Festival Ancón fue un evento que congregó diferentes bandas musicales de la ciudad y el país. La particularidad de este festival no fue solo la novedad musical y el formato de concierto al aire libre, sino que levantó sospechas y curiosidades de toda la ciudad respecto a lo que podían hacer tantos jóvenes sin control reunidos en un mismo lugar.

El análisis y la política pública pareció versar sobre una relación causa-efecto simplista en la que sólo se entiende a los jóvenes como sujetos pasivos de factores e instituciones que los superan y a los que están atados desde el nacimiento.

Esta tensión entre las sospechas de lo que hacían los jóvenes cuando no estaban controlados por un órgano institucionalizado (por ejemplo, la Policía o la Escuela) y la fuerza que empezaban a ganar las prácticas de lo joven, siguió agudizándose hasta inicios de la década de los 80. Pero a principios de esa década entraría un elemento nuevo que alteraría profundamente la forma como se construía y representaba lo joven en la ciudad: el sicariato. Se empezó a entender a los jóvenes como gatilleros del cartel de Medellín. Este creciente fenómeno ya no hacía que los jóvenes fueran un enigma, sino que configuraban intensamente la imagen del joven en Medellín como un sospechoso o, en el peor de los casos, un culpable.

Desde principios de la década de los 80, con el advenimiento de todo el aparato violento del narcotráfico, los jóvenes pasarían a ser el enemigo público número uno de la ciudad. Pero, más allá de un enemigo, eran los seres de los que había que cuidarse. El pánico moral hizo que el acercamiento hacia los jóvenes de barrios marginales de la ciudad se hiciera desde el miedo (Chaves, 2005). Con ello, las presunciones sobre los jóvenes estaban a la orden del día. Más allá de si había jóvenes violentos o no, si se estaban asesinando o no, la representación sobre los jóvenes arrancó la década de los 80 con una carga sobre la espalda que superaba la injerencia que ellos mismos pudieran tener sobre su propio destino.

El siguiente relato, tomado de una tesis del pregrado en Historia de la Universidad Nacional, sede Medellín (Martínez, 2005), resume bien la década de los 80 en los barrios periféricos de nuestra ciudad:

Esto ocurrió en diciembre de 1987, eran más o menos las nueve de la noche y yo me encontraba reunido con mis amigos en la esquina de mi casa; cuando de pronto vimos pasar un carro blanco en una forma muy sospechosa, pero como nosotros no pertenecíamos a ningún grupo armado, ni delictivo, seguimos jugando en la esquina y no le prestamos mayor atención; seguimos en lo nuestro, tirando papeletas, esos explosivos que uno prende y explota, conversando y jugando normalmente. Sin embargo, volvió a pasar el carro y ya sí nos azaramos, nos quitamos de la esquina y nos hicimos en la acera de nuestro amigo Carlos. Estábamos ahí jugando, cuando de pronto entra un carro rojo, frena frente a nosotros y los manes que estaban dentro del carro nos dicen quietos hijueputas y sacan dos fusiles y un revólver, de una reaccionamos y nos entramos para la casa de Carlos. De allí nos sacaron y a Andrés lo golpearon con la culata del fusil, propinándole una herida en la cabeza y nos dijeron que nos pusiéramos de rodillas y de espaldas contra la pared, que no les miráramos el rostro, pues no lo llevaban cubierto, pero del susto empezamos a llorar y no les dimos la espalda ni nos arrodillamos, sino que nos sentamos con una palidez en nuestro rostro. De inmediato empezaron a revisarnos los dedos a cada uno de nosotros, para ver si los teníamos quemados por consumir marihuana o bazuca, como vieron que ninguno de nosotros los tenía quemados, puesto que no consumíamos marihuana ni bazuca, nos preguntaron posteriormente que quiénes trabajábamos, varios levantaron la mano, y luego nos preguntaron que quiénes estudiábamos, varios levantamos la mano y nos dijeron, sí hijueputas, ustedes son los que tiran piedras y queman buses. (p. 94)

La angustia y la arbitrariedad que se sienten en esta historia no son fortuitas, ni fueron “sucesos aislados” (como suele declarar la fuerza pública), más bien son el resultado de más de una década de representación de lo joven. Varios elementos de esta historia sirven para analizar qué pasó con los

jóvenes en Medellín en la década de los 80. Específicamente, con los jóvenes de los barrios populares.

Los jóvenes tardan en ser intensamente representados en los medios de comunicación y, antes de describirlos, se empieza a problematizar lo fundado, especialmente en la música, como la rebeldía del *rock* y lo disruptivo del punk en lo barrial. Mientras que el policía y el soldado miraban al punkero en la periferia de Medellín como una representación de lo incorrecto y un riesgo, el punkero veía al Estado (que para el caso era un agente armado) y al narcotráfico parte de una misma injusticia o decadencia; el punkero tenía sus propias críticas del narcotráfico (Bravo, 2019). Ambos se entendían mutuamente como cómplices de la decadencia en la que estaba la sociedad por culpa del narcotráfico; puede ser que los dos tuvieran razones morales o ideológicas para hacerlo, pero el desgaste de la institucionalidad es claro, y de ahí la falta de comprensión y de lectura de contexto por parte de la clase política.

Las dinámicas de representación suelen funcionar en dos niveles a la vez. Por un lado, aplanan los rasgos de la diferencia, homogenizan y encasillan a un rango amplio de sujetos que se imaginan iguales. Por otro, los sujetos representados van naturalizando dentro de su propia búsqueda identitaria esos rasgos planos (Hall, 2010). Es en esta tensión representacional donde se disputa la identidad, desde donde interesa ver cómo se construye el sujeto joven de barrio popular en Medellín. Como lo explica Serrano para el caso colombiano:

De un tiempo para acá ser joven se volvió sinónimo de ser violento, lo cual en un escenario de fuerzas encontradas, legitima la acción de aquellos sectores socia-

les que deciden tomar la justicia por su mano [...]. Pero tal vez, lo más complejo de este fenómeno viene dándose en el momento en que los jóvenes se apropian de dicha asociación y empiezan a representarse y construir su lugar social desde el discurso de la violencia. (2005, p. 130)

La representación de lo joven en Medellín funcionó en estas dos vías. Por un lado, el entramado institucional que se desplegó desde el gobierno nacional y las instituciones locales alrededor de los jóvenes era bastante claro en su enfoque: los jóvenes son un riesgo. Y, paralelo a esto, una minoría de jóvenes sintieron en esta representación un destino marcado, como una situación sin salida, dada la presión de sus entornos cercanos, los estigmas y la naturalización de unos jóvenes que —dentro de un paisaje o como parte de un territorio— ejercen violencia:

La hermana mía me llamaba que vea usted nos va a hacer matar, usted está viniendo por acá dar bala. Yo no me estoy metiendo. Que vea que usted nos va a hacer matar. [...] Yo con nadie me estoy metiendo por allá, yo no salgo siquiera de la casa por no darle de qué hablar a la señora, pa' que no tenga que sacarme de aquí de la casa, yo no estoy metido en nada de eso y prácticamente eso fue lo que me metió en la cabeza, que ellos querían que yo fuera malo, de que yo me metiera en los conflictos (Eexi18, 2011)⁶.

El testimonio anterior habla de un joven que para la época en que empezó a verse involucrado en actividades delincuenciales no entendía bien qué estaba pasando en su entorno. Más allá de lo que ocurrió después, una vez empezó a armarse con sus amigos, lo importante es que su entorno (la can-

6. La sigla corresponde a la fuente etnográfica Entrevistas a exinfractores, que se puede consultar en las referencias al final del libro.

cha donde se reunían a estar como amigos, las calles por las que caminaban cotidianamente, etc.) estaba siendo cercado por las nacientes milicias de la guerrilla urbana. El accionar de esta fuerza, junto a los relatos de violencia en las calles que corrían de vecino en vecino, convertían en sospechoso a todo aquel que estuviera por fuera de los lugares de control (casa, colegio, etc.). Su familia vivía fuera del barrio y lo único que recibían eran noticias de la “guerra” que se estaba librando y en la que, supuestamente, estaban involucrados todos los jóvenes que allí habitaban.

Estando en una esquina, como amigos, como jóvenes que pasaban tiempo por fuera de la casa, fueron siendo cercados y abandonados en el fuego cruzado del conflicto criminal entre grupos armados, y fueron cercados también por el pánico moral. Este discurso es el que reproduce un acercamiento a los jóvenes desde el miedo, desde su peligrosidad y los va convirtiendo en el enemigo público número uno de toda la sociedad (o de una coyuntura histórica) y sobre los cuales caen todas las culpas (Chaves, 2005).

La consigna en el Medellín de los años 80, cuando emergía lo joven como una categoría con incidencia social, fue la del orden público. Esto no era sólo una razón institucional, era un significado compartido que implicaba toques de queda, detenciones administrativas, batidas y asesinatos justificados en el discurso del orden (Martínez, 2005). Esta plataforma de significados —de un orden público creado por el gobierno y para el gobierno— creó un entramado de control que, por un lado, motivaba los excesos de la fuerza pública contra los jóvenes, y, por otro, propició la aparición de grupos ilegales de control, los primeros indicios de lo que luego sería el paramilitarismo.

Fue de este modo que la representación de lo joven en la ciudad estuvo esculpida por la represión, generando no solo estereotipos o creencias, sino

también reacciones que las comprobaran. Lo importante era mantenerlos fuera de las calles o comprobar rápidamente que estaban en las calles, en las esquinas, porque eran violentos y, por consiguiente, un peligro. Su participación o sentir no tenía cabida en el entorno de los barrios y su destino estaba prescrito como violento.

Lo enigmático y aterrador de lo que se piensa habitualmente sobre los jóvenes es que tiene en común una fascinación que requiere de una mitificación que aplaste la realidad con estereotipos y generalizaciones. Si recuperamos como método simple de pensamiento la heterogeneidad, no es necesario inventarse lemas sobre los jóvenes, ni llegar a grandes conclusiones. Los jóvenes pueden no ser nada en específico.

Sexualidad, socialización o erotismo en adolescentes

Es importante notar las delicadas transiciones que hay entre la niñez y la preadolescencia, y entre la preadolescencia y la adolescencia. Quizá cuando la sociedad y los distintos agentes del orden estatal encuentran un cuerpo difícil de controlar, porque implica nuevas capacidades de agencia, se descubre que ya es muy tarde para referirnos de nuevo al mundo interior del adolescente.

Mientras que una cultura machista dicta que los jóvenes de géneros disidentes (LGBTIQ+) tienen que esconder sus afectos y su personalidad y que las mujeres deben ser recatadas, esperar y “guardarse”, de los hombres se supone que “se avienten” y tengan mucha iniciativa. Los adolescentes bus-

can ser aceptados y el anhelo de transición se completa con la realización de deseos eróticos y tener una pareja. Para eso hay una adaptación cultural que implica momentos y espacios, los lugares donde se da la aproximación y en los que no resulta raro interpelar a la persona que atrae, que se desea; también suele ser parte del ritual social ser presentado y hasta recomendado por alguien. Más allá de la importancia del deseo, hay algo profundamente cultural que se está jugando en ser por primera vez pareja o tener estas primeras prácticas de tomar una mano, salir a dar una vuelta o dar un beso: la autoestima, ser apto afectivamente y ser competente socialmente.

Es un mito que las jóvenes y las adolescentes se interesan más por los integrantes de pandillas o grupos delincuenciales como pareja (o eróticamente); se trata, a lo sumo, de dinámicas complejas que se explican más por la limitación de opciones, el encapsulamiento y las desventajas de los jóvenes y adolescentes que no están en las pandillas para socializar.

Las mujeres adolescentes no se impresionan con las armas o el delito, como algunos integrantes de grupos criminales creen: ellas manifiestan que primero quieren una pareja que les pueda dar regalos o hacer invitaciones, luego alguien que las haga sentir emociones intensas, y, finalmente, alguien que las proteja (Gfma13, 2011)⁷. Cuando insistimos en la protección no se tiene como un criterio la presencia de armas, sino alguien al que respeten y que se haga respetar por su personalidad segura y no por una animosidad hacia la violencia. Las entrevistadas mayores (17, 18 y 19 años) —que muchas veces han tenido hijos o se quieren ir de la casa— plantean que la pareja debe darles

7. La sigla corresponde a la fuente etnográfica Grupos focales con mujeres adolescentes, que se puede consultar en las referencias al final del libro.

estabilidad o “una buena vida”, y así mismo, estas se dividen entre las que privilegian lo económico y las que le dan mayor importancia a la tranquilidad.

Sólo en uno de 21 grupos focales realizados a mujeres adolescentes, en un territorio con una tradición criminal intensa y sofisticada, se impuso la percepción de que las mujeres, y especialmente las adolescentes, se sienten más atraídas por los integrantes de grupos delincuenciales (Gfma8, 2011). En las respuestas hay un proceso acelerado de erotización del hombre por parte de la mujer, y los atributos físicos del hombre se imponen a los de su rol social. En muchos casos las mujeres aclaran que les es interesante aquel hombre con solvencia económica, pero es siempre preferible que no esté metido en actividades criminales, por lo que en la mitad de las intervenciones aclaran que “siempre y cuando sea legal” (Gfma, 2011). “Porque las mamás a toda hora: ¡Ah! Esos gamines de arriba que se mantienen armados” (Eexi8, 2010) —reseñaba un expandillero después de decir que le era difícil encontrar pareja—.

Las adolescentes hablan de adrenalina, de un joven o adolescente que les produce emociones. En los 21 grupos focales surge la conversación de lo satisfactorio que es tener un novio con moto. La moto está relacionada con la capacidad de riesgo, con hombres que hacen competencias en los barrios y con el poder recorrer la ciudad o pasear. Medellín ha cambiado mucho desde los años 80, y en el 2021 conducir una moto ya no está relacionado, necesariamente, con una actividad delincencial (Gfma, 2011)⁸.

8. En los años 90, y antes de eso, no era muy común la existencia de una gama de motocicletas baratas, tales vehículos eran en general muy costosos y no había empresas que los entregaran a crédito. Eso empezó a cambiar y las motocicletas se popularizaron entre personas de mínimos ingresos (tales como trabajadores que ganan el salario mínimo).

Lo que se puede interpretar de estas conversaciones con mujeres adolescentes es que la capacidad de un hombre para generar emociones, diversión, experiencias, es lo más importante en esa edad. Pero también, y aunque no es mayoritario, aparece en segundo lugar el criterio de un joven para hacerse respetar, textualmente “no dejársela montar”, “no ser un bobito”. Esto está relacionado, en una minoría de mujeres adolescentes, con el sentirse protegidas por una pareja, pero en ningún caso se define o se asocia con las armas o el crimen (Gfma, 2011).

Conforme lo anterior, se va entendiendo las confusiones, creencias y representaciones de esto y cómo lo asume un adolescente dentro y fuera de una pandilla. El que está en la pandilla empieza a ver que su autoestima sube, que deja de ser molestado por la mayoría de los demás adolescentes, y el que no está en la pandilla puede ser naturalmente tímido y verse en la necesidad de quedarse callado si un pandillero se burla de él. Así mismo, el pandillero ocupa el espacio, y se siente confiado para hablarle a las mujeres del barrio.

En este contexto, el adolescente promedio (que no está en una pandilla) puede intentar desarrollar su acercamiento afectivo o su experiencia romántica en un lugar que no esté en el control de la pandilla, y para eso necesita dinero, lo que puede ser negado por su hogar —por la economía de los adultos o por la edad en la que está—.

El modelo que va apareciendo en la transición entre adolescencia y juventud es simple, aunque no por eso fácil de lograr: tener un trabajo (una labor clara y que sea considerada valiosa) y una pareja. Lo que identifica a ambas cosas —como parte de un mismo deseo— es lograr un lugar en el mundo.

Sintetizando las angustias en las posibilidades prácticas que ofrece terminar la escuela para aportar a su propio sustento o el de su familia, y en la

consecución de una pareja, se observa la costumbre (hábito de pensamiento) en Medellín que hace sentir, y muchas veces experimentar, que si no se tiene trabajo es más difícil conseguir pareja⁹.

La secuencia de actos que surge en los hombres heterosexuales adolescentes es conseguir un trabajo para luego tener novia. Del lado contrario, las mujeres adolescentes heterosexuales no suelen plantearse conseguir una pareja que las sostenga o resuelva su situación económica, y menos que les ayude a conseguir un empleo, aunque sí se puede observar una idea de regalos y bienes secundarios (ropa o joyas) como parte de la dinámica de conseguir un novio con trabajo.

Los adolescentes absorben preocupaciones familiares por la subsistencia, exigencias que a veces son retóricas y otras veces definitivas sobre su obligación de aportar económicamente al hogar (Cme, 2017)¹⁰. Medellín es una ciudad de adolescentes desertores del sistema escolar, ya sea porque la escuela los expulsa o porque las familias los obligan a renunciar a la educación. Los adolescentes, al perder varios años, no adaptarse a una escuela o ser expulsados del colegio, con muchas prácticas seudolegales y un discurso lleno de eufemismos, reciben la presión de la familia por “hacer algo”, “aportar a la casa” o “ponerse a trabajar”. Muchas familias, cuyos hijos e hijas adolescentes se encuentran en riesgo, calculan que es “mejor negocio” sacar a sus hijos e hijas del colegio.

9. La evidencia es insuficiente para pensar que esto es igual para los adolescentes homosexuales, pero ayuda a entender que el punto de vista de las adolescentes heterosexuales no es igual.

10. La sigla corresponde a la fuente etnográfica Conversación o tertulia con adolescentes del colectivo Morada y de Editores de Ciudad en 2017, que se puede consultar en las referencias al final del libro.

La educación terminó siendo vista sólo como una inversión, y se calcula que a futuro es más rentable conseguir dinero sin educación y sin esperas. El colegio público tiene dos connotaciones muy importantes: por un lado, genera frustración y desconfianza porque no se comprende su importancia, y, por otro lado, puede ser la única red de apoyo para un adolescente vulnerable ante la violencia en su barrio, donde incluso el uniforme del colegio suele funcionar como protección (Casa de las Estrategias, 2020). Es por esto que hay que entender las apuestas y las motivaciones que tiene un adolescente cuando consigue un trabajo y luego de eso deja el colegio, intentando siempre flexibilizar la escuela para que no termine en una situación aún más vulnerable. La escuela no debe ser expulsora en contextos vulnerables a la violencia, sino que debe darle un lugar a la urgencia afectiva, de socialización y de trabajo de los adolescentes.

Los adolescentes quieren ser útiles como necesidad identitaria —una parte importante de la sensación de ser parte de algo— y vemos una relación muy fuerte entre trabajar o aportar y ser queridos, apreciados o valorados.

Los adolescentes de ingresos medios y bajos experimentan a Medellín como “alegre” y “violenta” (Encj, 2015)¹¹. Esta característica muestra una alta resiliencia, pero también una exagerada tolerancia. Interpretamos que hay que aliviarse, hay que ejercitar gestos y lograr rituales sencillos para no pensar tanto en los problemas y solucionar las emociones negativas.

Lo más común entre sus 21 territorios es que los adolescentes nombren a Medellín como algo externo —en algunos casos cercano y en otros lejano— que los hace sentir cosas bastante diferentes a su propio vecindario

11. La sigla corresponde a la fuente etnográfica Encuesta a jóvenes sobre su barrio y Medellín, que se puede consultar en las referencias al final del libro.

(Gfa, 2016)¹². Se puede concluir que el barrio es una certidumbre y lo único que se puede tener y no se puede despreciar; Medellín, fragmentadamente, genera ansiedad, hay rechazo y peligros en muchos de sus territorios, pero como un todo es “lo mejor” y así es una posibilidad o está cargada de posibilidades que todavía no se sabe muy bien cómo usar.

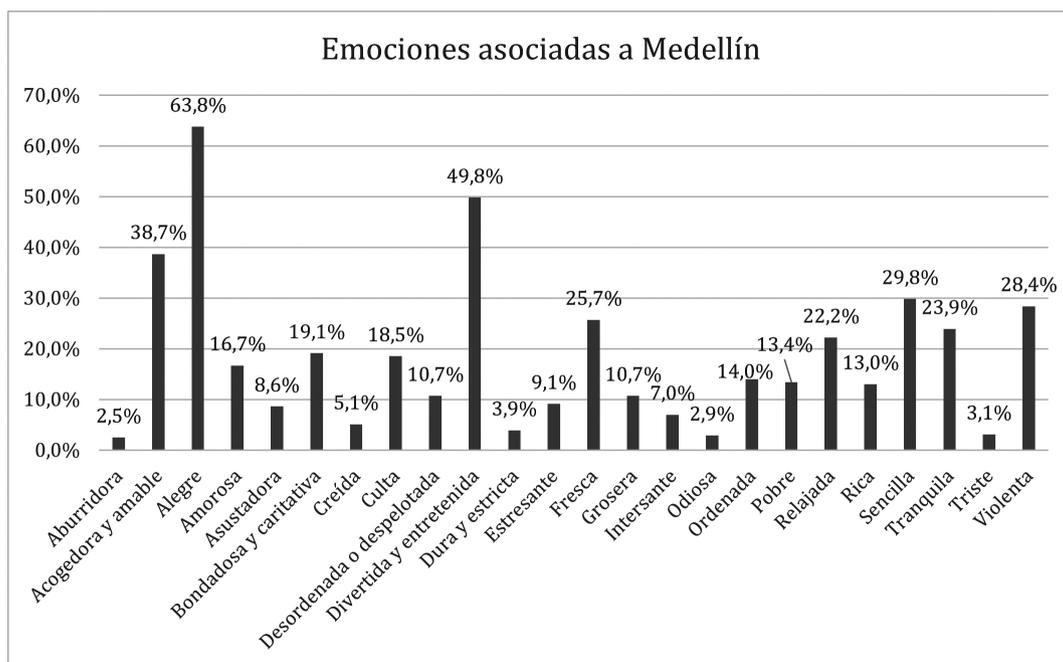


Gráfico 3. Porcentaje de la emoción que aparece en una encuesta en la que cada encuestado puede seleccionar varias respuestas (Encj, 2015). **Fuente:** Casa de las Estrategias.

12. La sigla corresponde a la fuente etnográfica Grupos focales con adolescentes, que se puede consultar en las referencias al final del libro.

En el barrio —a pesar de todo o hasta que algo grave ocurra— se sienten más seguros y sienten que es un lugar que *les habla*. Es común que un adolescente trate de adaptarse integrándose en las fiestas o accediendo a los lugares divertidos o enigmáticos. La precocidad es normal, así como la necesidad de algún tipo de evento donde se pueda empezar a tener una socialización libre que permita también aproximaciones románticas.

Es importante notar que estas periferias están configuradas en buena medida por familias desplazadas, desmembradas y a veces pequeñas, y que las dificultades económicas se suman a esas familias disminuidas, lo que a su vez hace que la red de apoyo sea muy pequeña, y estrecha mucho más la socialización de los adolescentes. Es también importante aclarar que hay familias que llevan en la ciudad varias generaciones, pero muchas llevan apenas una generación o menos, y ese bajo nivel de socialización lo absorbe el adolescente. Para la mayoría de los adolescentes es común que los familiares o en su propio hogar se hagan algunas celebraciones que suelen sobrepasar los límites de las pequeñas casas, hasta involucrar a casi toda la cuadra, aunque para una minoría significativa de familias pequeñas y golpeadas por insucesos, ese tipo de ocasiones no tiene lugar.

En todos los grupos focales los adolescentes plantean que no hay suficientes sitios o lugares donde poder generar las relaciones que los lleven a encontrar pareja o tener tiempo de calidad con la misma (Gfa, 2016).

En la periferia no suele haber restaurantes, pero siempre hay algún bar y hasta alguna discoteca, de donde los adolescentes suelen ser expulsados por la falta de consumo, más que por cumplir con la normatividad de no dejar entrar menores de edad. Curiosamente, hay lugares donde hemos visto que un billar, una discoteca o un bar es completamente controlado por una pandilla,

y hemos notado que el lugar deja de tener una función económica, y empieza a tener una connotación más de socialización o hasta de oficina, lugar de encuentro o de logística delincriminal. En este caso, es más factible que los adolescentes puedan ingresar o decidan tomar algún tipo de coctel en la calle.

Lo que sucede en algunos vecindarios pequeños y no demasiado numerosos es que un grupo criminal logra controlar todos los espacios y establecimientos, hasta llegar a definir las fiestas o apropiarse de ellas. Y es común que no haya ofertas para los adolescentes y la noche para ellos esté definida por el consumo de sustancias ilegales, principalmente de drogas, manejado por un grupo criminal.

Lo indeseable de los adolescentes en la calle o en la noche, la noción que tienen los adultos sobre la afectividad y la sexualidad entre adolescentes, y la ilegalidad del consumo de alcohol a temprana edad, y de drogas para todas las edades, hace que la amalgama de estas cosas —que son, a su vez, sexo, droga, alcohol, amistad, amor y socialización— puedan ser plausibles bajo el control y espacialidad del grupo criminal —ligado al control de ciertos espacios de socialización y ciertos momentos de fiesta—.

La mirada adultocéntrica, la exclusión y los espacios controlados históricamente por las mafias hace que no haya espacios, momentos o prácticas que contribuyan a la consecución de pareja y el ejercicio libre y sano del afecto entre adolescentes de escasos recursos. Es así como una mirada conservadora bien intencionada y legalista ocasiona que las mafias terminen siendo intermediarias y dueñas de transacciones sociales vitales para los adolescentes.

No es una exageración mostrar que la moral, común en la ciudad y que define ciertas disposiciones familiares y estatales (incluso leyes), contribuye

a entregarle a algunos grupos delincuenciales el servicio o producto de la amistad, los noviazgos y la sexualidad posibilitada. Más allá de la política de seguridad, es muy angustiante para un adolescente que el espacio y los momentos de socialización estén controlados por una pandilla: lo que está en juego es tan vital y tan existencial que la privación es igual de grave que el riesgo. Hay que anotar aquí que cuando una pandilla controla todas las dinámicas sociales de los y las adolescentes en un territorio, las personas de género disidente (LGBTIQ+) pueden recibir una presión y hostigamiento mayor, imposibilitándoles por completo la opción de encajar en el barrio.

Revisando largas y absurdas historias que acumulan los factores de riesgo de homicidio, es muy común que los adolescentes y jóvenes populares asesinados en Medellín conozcan y tengan algún tipo de relacionamiento previo con su victimario. El principal factor lo constituye el hecho de estar en un territorio de alto control de un grupo criminal impulsivo, pero cuando detallamos un detonante, también se evidencian situaciones donde un criminal armado se siente ofendido o humillado por un adolescente, pero esto sucede porque hay un espacio cotidiano de relacionamiento que además se puede ver agravado por la fiesta o los estados mentales alterados por el alcohol o las drogas ilegales.

Con el enfoque en la política de seguridad es urgente que el consumo, la compra de drogas y la adicción no generen el riesgo de homicidio. Más que combatir el consumo peleando con muchas pulsiones, por ejemplo, intentando acostar a los adolescentes a las seis de la tarde y suspendiendo su vida afectiva hasta que cumplan 18 años, lo que hay que alejar son las armas y los grupos con capacidad violenta de la vida social del adolescente. De esta forma, se podrá desde la misma oferta de socialización combatir adicciones y consumos, pero primero bajando las probabilidades del homicidio.

Urbanismo adolescente o de drogas

Después de superar la inviabilidad de Medellín, la experiencia para una mayoría de jóvenes provenientes de barrios populares no ha sido sustancialmente violenta (entre los años 2006-2020), pero siguen expuestos a cientos de coyunturas en zonas específicas que los hacen enfrentar los abusos y las complicaciones de la fuerza pública. Lo que apenas ha tenido amagos de mejora en la historia de la ciudad es el hacinamiento, la ausencia extrema de movilidad y, por tanto, un pobre derecho a la ciudad de los jóvenes de la periferia pobre.

Aunque es normal que los adolescentes de familias de ingresos económicos muy distintos no recorran la ciudad solos, es aún más común en ciudades inseguras como Medellín, no sólo por el crimen, sino también por otros riesgos como los accidentes de tránsito. Esto se va agravando y va configurando guetos cuando un joven no tiene los recursos necesarios para transportarse y salir de su barrio. El desempleo juvenil es alto, los cupos para la universidad son muy limitados y los colegios normalmente quedan a dos calles de la residencia (Casa de las Estrategias, 2020). Para el adolescente y joven pobre en Medellín el costo de salir del barrio es alto y los incentivos, bajos.

Estos factores objetivos de no contar con una beca para estudiar o un trabajo se complican con el empobrecimiento y la violencia en la ruralidad que hace que la pobreza urbana se renueve con recién llegados. Es necesario comprender que la geografía del valle de Aburrá, que incluye a Medellín y su Área Metropolitana, conforma barrios o asentamientos bastante inclinados, incluso con la imposibilidad de construir vías, y donde la normalidad la defi-

nen unas escaleras. Casi siempre hay estrechez y, a veces, hacinamiento. Las calles casi todas tienen una sola tienda y milagrosamente suben camiones hasta muy cerca, pero no hay andenes, aunque sí carros destartados permanentemente parqueados, equipos de sonido afuera de las casas, basuras acumuladas, escaleras sin barandas que un anciano no puede utilizar y que pueden terminar siendo complicadas para cualquiera en medio de la lluvia.

La convivencia entre vecinos suele estar signada por la solidaridad, pero también por mucha tolerancia y conformismo. Las limitaciones del espacio y la existencia de casas con techos que son latas sostenidas por piedras y paredes que son madera reciclada hace que el manejo de aguas negras genere olores y que el ruido que puede generar un vecino sea permanente (feroz, cuando hay alguna ocasión festiva).

No es raro que en una casa de 40 metros vivan ocho personas, y conocemos de adolescentes que no tienen cuarto, en tanto comparten uno con tres hermanitos menores, mientras que el otro es para su mamá con el esposo. La forma de dormir es destender todas las noches una colchoneta en la cocina (Efv6, 2015)¹³. El hogar no suele ser apto para llevar a un amigo o a una pareja, ni para estudiar o crear. Es necesario estar en la calle para encontrar un poco de calma.

En este tipo de viviendas de la periferia pobre de Medellín los cuartos suelen estar separados no por paredes sino por sábanas colgadas, y es común que se tenga que compartir la cama con un familiar. Esto significa que más allá de lidiar con una alta probabilidad de violencia intrafamiliar, y una

13. La sigla corresponde a la fuente etnográfica Entrevista a familiares de víctimas, que se puede consultar en las referencias al final del libro.

considerable de abuso sexual, se cuenta con una nula intimidad y la imposibilidad de tener un lugar para calmar el estrés, las angustias o incluso el cansancio. El adolescente se cansa, se estresa, se deprime y sufre de sinsentido. Puede no estar durmiendo bien, puede no estar descansando y nadie considera esas circunstancias para explicar su bajo desempeño en la escuela o incluso la deserción escolar.

El consumo de drogas en menores de edad es un problema serio, y la consecuente adicción, fatal. Quitarle una mirada adultocéntrica al problema de drogas no es naturalizar el consumo a temprana edad, ni banalizar la adicción, sino darle un lugar legítimo a la emoción que los lleva a consumir. Tendemos a ver el consumo de drogas de adolescentes así como otras decisiones, en especial el acto sexual o el embarazo, como un accidente, una falta de fuerza de voluntad o de personalidad para decir que no. Desde ahí hemos también estigmatizado lo gregario como influencia, negando por completo la lógica de que tuvo que haber un primer adolescente, un convocador o un cierto acuerdo para agremiarse. Sí puede pasar que un adolescente consuma drogas para encajar en un grupo o tendencia, es muy común la falta de conocimiento de calidad sobre las probabilidades reales de la adicción y el sufrimiento ligado a esta, pero lo que se encuentra más comúnmente es que el adolescente está buscando una droga que lo haga sentir bien y por lo tanto los niveles de angustia tienen una gran importancia (Gfa, 2016).

El consumo de drogas de adolescentes pobres se entiende como una forma de escapar del ruido, del miedo de no saber qué hacer con la animadversión de alguien armado, de los gritos y la violencia en el hogar.

Los adolescentes mencionan que consumen drogas por tristeza, depresión, aburrimiento, soledad, angustia, rabia, desespero, miedo, impaciencia

y malgenio. Otras categorías como vergüenza, humillación y timidez hablan de la falta de autoestima o de la insatisfacción consigo mismo. En términos generales, vemos que en una misma persona puede haber momentos en los que necesita calmarse y otros en los que necesita animarse, y llama la atención que la tristeza sea la principal causa (Encj, 2015).

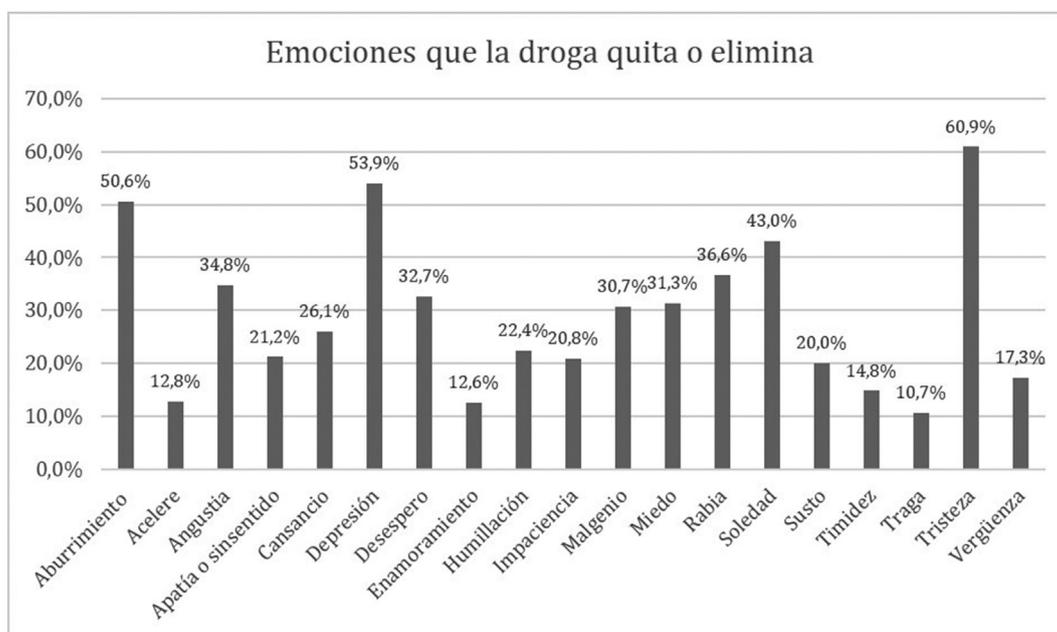


Gráfico 4. Porcentaje de las emociones que la droga quita o elimina. Un encuestado puede responder con varias emociones (Encj, 2015). **Fuente:** Casa de las Estrategias.

No se suele abarcar mucho la tristeza que puede generar la miseria en un adolescente, pero es precisamente porque solemos pensar que el adolescente

es alguien que se piensa que es necesario controlar físicamente (externamente). Ese mundo interior no es posible escindirlo de lo que sucede en el entorno y condiciones materiales, pero muestra que las necesidades son mucho mayores para que la vida merezca ser vivida.

No se puede trivializar ni exotizar que el adolescente está en un lugar feo, del que no es capaz de salir, y puede decir que está “aburrido”, o que está “normal”, o que no tiene “nada para hacer”, pero en eso hay una desazón atroz que se une a la desazón normal de la adolescencia. Más aún, del hambre se habla poco, y el hambre es todo, pero adicionalmente es una dimensión del afecto. Están documentados dos casos de dos adolescentes de 14 y 16 años que si no llevaban un dinero diario a sus casas no les permitían comer (Efv6, 2015; Casa de las Estrategias, 2020). Principalmente, la adicción en la adolescencia se vuelve grave por el deseo de un escape, el deseo de desvanecerse y dejar de hacer parte, no de integrarse o socializar. Es un problema a resolver, pero el escape no es caprichoso, no es ocioso, suele ser por cuestiones sustanciales y psicológicas de mucho peso.

Está claro y reafirmado en la evidencia que en Medellín la modalidad del crimen no es presionar a los adolescentes al consumo, y que no hay una presión mecánica a drogarse para ser aceptado en un grupo (Gfa, 2016). No obstante, la prohibición genera el efecto de que los menores de edad prueben primero, y por lo tanto con más facilidad, la mariguana que el alcohol. El Estado colombiano tiene más control sobre el alcohol que sobre las drogas, por la idea misma de eliminar el narcotráfico y no regular la venta y producción de drogas como la mariguana.

Es importante detallar el lugar donde el adolescente prueba la droga por primera vez, donde sigue consumiendo y desarrolla, a veces, una adicción.

Pero quizá antes de llegar a eso, y para no caer en estereotipos, se tendría que hallar y describir los lugares frecuentados por adolescentes donde no hay consumo de drogas.

Lo primero que salta a la vista son los equipamientos del Estado, principalmente los cerrados. Luego, las canchas de fútbol, que en los barrios son lugares donde pueden estar jóvenes que no consumen y jóvenes que consumen y donde se pueden armar grupos para jugar o para estar, tanto de amigos que consumen, como de amigos que no consumen. Además de las bibliotecas y salas de cómputo, ninguna organización comunitaria, social o cultural va a permitir que menores de edad consuman drogas (legales o ilegales) o a alentar que su espacio sirva para el consumo de las mismas.

Algunos de los espacios libres de drogas pueden resultar un poco aburridos porque cuentan con el arbitraje estricto de un adulto, que de paso limita mucho la socialización o el afecto entre adolescentes. En una biblioteca y en un salón de clases, incluso en algunos escenarios deportivos, el cuerpo termina reglado y el contacto con el otro pierde posibilidad o no es espontáneo. Pero muchos y muchas adolescentes pueden caminar varias cuadras para sentirse seguros y seguras en un espacio. Quieren escapar de códigos de confrontación criminal o, en el caso de las mujeres, de los acosos y el riesgo de abuso, pero también hay espacios de donde son expulsados y amedrentados de manera expresa por la Policía y de forma intrínseca en un colegio, que se convierte en el lugar que ofrece más espacio para varios vecindarios. En definitiva, los adolescentes pobres no tienen un espacio que les sea propio, por lo que más que arrebatarlo, tienen que construir o signar uno en un espacio que no le interese a nadie o que sea de una pandilla, pero donde pueden estar gracias a su diplomacia.

Antes de volver sobre el espacio de consumo de drogas es necesario hacer la distinción de espacios donde se consumen (casi que no están impedidas), pero sobre los que no se pactó al respecto, y que no se prestan necesariamente para esa actividad. Hablamos, por ejemplo, de canchas de fútbol, lugares para las acrobacias de patinetas o espacios que se fueron signando como lugares para ir con la pareja, normalmente cerca de algún centro cultural o de un colegio.

Hay que resaltar que el acuerdo de los adolescentes o preadolescentes para encontrarse en un lugar sería mucho mayor si no existiera una mirada para *moverlos* de un sitio. La idea obsesiva que tiene la Policía de sacar o hacer ir a los adolescentes de una esquina, un lugar o un parque termina también generando una noción acumulada de que como no se permite, es raro, y, por lo tanto, sospechoso. Entramos en un fenómeno que identifica a un montón de adolescentes juntos como una pandilla, o que al menos están dentro de la influencia de un pandillero. Los pandilleros igualmente pueden sentirse amenazados por un grupo de adolescentes que no controlan, por lo que es importante las buenas relaciones que tengan los adolescentes y eso genera posibilidades muy riesgosas de presión, manipulación o simplemente flujo de un grupo a otro y de una dinámica a otra. Cuando el adolescente no comprende estas dinámicas cambiantes puede ser amenazado y, por lo tanto, *movido*, violentado o asesinado.

Para el adolescente suele haber un espacio que tiene la influencia de algo similar a una pandilla y otro espacio donde la Policía no permite que los adolescentes permanezcan; a veces esta lógica también versa sobre un horario. Los adolescentes van comprendiendo un mapa donde los pandilleros definen que alguien que no es del barrio no puede estar, limitando así no sólo la mo-

vilidad sino también los vínculos de los adolescentes que pueden conocer a alguien por internet o en el colegio, pero al mismo tiempo no pueden tener un espacio para desarrollar una relación. Ese mapa va construyendo lugares que están lo suficientemente lejos de un arbitrio adulto, pero también lo suficientemente cerca para no terminar totalmente signado por una pandilla, y también la tradición de lugares donde está permitido fumar o adonde la Policía no suele llegar. Una mirada estratégica muestra que esta situación de censura y de criminalización de la vida social de muchos adolescentes también puede ampliar la influencia de una pandilla o un grupo armado, su espacio o su territorio.

En los estudios sobre jóvenes y lugares, la construcción del lugar y de la calle (la esquina, el parque, la cuadra, etc.), suelen ser dibujados como desinstitucionalizados por excelencia, en los cuales los jóvenes pueden encontrar sus propias dinámicas de socialización por fuera de las instituciones de control y, desde ellos, desarrollar relaciones identitarias en diferentes formas de agrupación (Perea, 2000; Reguillo, 2004; Garcés, 2010). No obstante, el caso de Medellín en las últimas décadas no ha sido tan utópico, entendido esto como un “emplazamiento sin lugar” (Martín-Barbero, 1998). Quizás la calle sí ha sido un lugar por fuera de las instituciones de control tradicionales (familia y educación), pero su construcción y las formaciones discursivas que la rodean han estado emplazadas en las sospechas de violencias provenientes de discursos institucionales:

El apoyo en las comunas no es de Policía, la Policía antes le aumenta a uno la rabia cuando entra molestando cuando uno no tiene nada que ver con el conflicto, los policías estigmatizan mucho. Uno termina pagando lo que no ha hecho, llegan a los barrios, entonces porque uno estaba en una esquina a las 10



de la noche, ya uno es el bandido y la terapia, y el bandido por allá emplanchado mirando. Es más apoyo en la comuna, pero más en acabar con la ignorancia (Eexi3, 2010).

De por sí la juventud de Medellín es muy dada a no trabajar, a mantener en las esquinas (Eexi13, 2011), este es un comentario de un hombre postpenado y coincide con las visiones de policías y desmovilizados de las AUC.

La esquina del barrio está cargada de un significado criminal y un mito de que es inevitable delinquir al pasar tiempo en una esquina. Lo curioso es que los actores delincuenciales y estatales se pueden poner de acuerdo sobre esto, en tanto que para cada uno puede ser funcional esa percepción cargada de mito.

Yo sé que el pelado de la esquina es un papacito y que es malo y se va a matar en cualquier momento (Gfma12, 2011).

La adolescente que da el anterior testimonio está registrando cierta fascinación por la esquina y una problematización, donde se siente una atracción física por un pandillero, pero es consciente de los riesgos y de lo trágico de ir más allá de un distante juego. Sin embargo, la esquina es un lugar prioritario como eje de socialización porque no surge de la violencia, ni de economías ilegales. La esquina es un vacío¹⁴ que se dota de sentidos y pequeños símbolos para el encuentro que parte del ocio, del buen humor, pero la dinámica violenta la puede arrebatarse o se puede signar o complementar con el tráfico de drogas.

14. No está en una puerta o en el antejardín de un negocio o de una casa, puede no estar ante la mirada directa o necesaria de los vecinos y es ideal cuando se trata de una pared trasera sin ventanas, una ruina parcial o una zona verde sin dueño.

Parchábamos en una esquina y ahí sacaban equipo, televisores, al lado de la casa de un amigo. Pero ya hubo un tiempo en que no se podía estar en la esquina porque eso pasaban voleando bala (Eexi3, 2010).

La esquina a veces se puede convertir en lugar de expendio de drogas, que en Medellín es nombrado como “plaza de vicio”. *La plaza de vicio* es fundamentalmente el lugar de expendio, un lugar a veces inexistente porque técnicamente se trata de una persona en una esquina o una caleta, también llamada *bomba*, que está oculta en algún lugar del espacio público o dentro de una casa. También ocurre que el lugar donde se vende es el lugar donde se consume y entonces empieza a ser un lugar social. Esta cartografía ofrece ejemplos interesantes donde algunos adolescentes compran un cigarrillo de marihuana en la plaza, con calma y saludando a cada quien, para mantener las relaciones, pero para fumarlo encuentran un lugar a 50 o 100 metros porque no quieren estrechar tanto el vínculo con los expendedores de droga. Ellos no van a aceptar que no se compre la droga donde ellos, ahí se aplica una lógica comercial (mafiosa y sin libertad, pero mercantilista). El adolescente es capaz de notar múltiples espacialidades en menos de mil metros y saber, “Allí no me trabo porque esos están calientes, yo me trabo con estos otros que son de mi edad, pero no están en vueltas raras” (R1, 2016)¹⁵. En esto es interesante no subestimar la filosofía que implícitamente son capaces de forjar adolescentes en su agremiación signada en el año 2021 con prácticas como las “tablas” (*skaters*).

15. La sigla corresponde a la fuente etnográfica Recorridos etnográficos en el año 2016 para comprender las plazas de vicio en las comunas 1, 3, 4, 5, 6, 8, 14 y 15 y otras esquinas o lugares de socialización no autorizados, que se puede consultar en las referencias al final del libro.

Se registraron símbolos asociados a plazas de vicio, como un árbol, una banca, una barbería y una culebra. Se registra la realidad, no la representación: el adolescente que vendía droga tenía una boa viva —no muy grande— entre los ojales del pantalón, a manera de correa. A veces llega un tipo de unos cuarenta años y el ambiente se vuelve más extraño; a veces hay lutos por la muerte de alguien, cambia la configuración por la presencia de fuerza pública o por la competencia entre bandas rivales y este lugar empieza a codificarse por la violencia o a desaparecer, pero hay lugares que permanecen estáticos en el tiempo en lo que es una eternidad de una década o de seis meses (R, 2016).

Se puede identificar que la disposición de un adulto narcotraficante o mafioso sobre un espacio no alcanza a ser definitiva o simplemente es nula. El criminal adulto o avezado define dónde se guarda la droga, cómo llega y las cuentas producto de las ventas, pero a veces no dónde se vende, casi nunca dónde se consume y nunca cómo se socializa durante la venta y el consumo.

Sentarse en estos lugares durante un largo rato (cuatro horas) tratando de evitar ideas preconcebidas, incluso preocupaciones serias por la seguridad y las adicciones de los adolescentes, permite ver adolescentes que no consumen drogas y otros que le dan sólo una fumada al cigarrillo de marihuana, y entonces empieza a aflorar lo obvio: hay una conversación, muchas conversaciones, los adolescentes necesitan conversar y representar lo que vivieron, lo que vieron en sus gestas de lo acontecido el día anterior o cuando pasó algo simple en ese lugar, como que alguien se ensució la camisa con una gaseosa o se tropezó.

Además, se ve en una plaza de vicio alguien escribiendo y luego mostrando lo que escribía, y era un poema. Ahí mismo se estaban tatuando, se ponía música, se improvisaba rap y se dibujaba. En otra plaza estaban jugando con un PlayStation, y había un tercero leyendo un libro. Por supuesto, en la

barbería se estaba motilando a alguien y luego el barbero se pulía a sí mismo el corte (R3, 2016; R15, 2016). En otro lugar, más abierto, había alguien trepándose a un árbol, otro haciendo treinta y una¹⁶ con un balón y dos personas jugando con un frisbi. En el lugar abierto había una especie de casa del árbol pero a ras del suelo y explicaron que era importante para las parejas de novios (R1, 2016; R3, 2016).

Detallamos el ingenio para lograr electricidad en callejones sin salida, a veces en rastros semirrurales, para conectar, por ejemplo, baffles amarrados a árboles; tener un sofá en la intemperie con unos techos improvisados de latón, bolsillos y cajones improvisados entre los árboles o entre muros, las pantallas y hasta muebles hechos con estibas (R1, 2016; R3, 2016). No hay mucha simbología, ni se acostumbran las firmas, pero sí algunos detalles de equipos de fútbol. Es una arquitectura y una intervención urbanística hecha por adolescentes.

Hay una cultura del consumo de drogas, que ha sido comúnmente visible en cuanto a la marihuana (R, 2016): se compra, se comparte, se intercambia, se rasca, se enrolla, se hace o se compran utensilios; hay humo, hay gestos de la cara, exclamaciones y risa. Como en un rito, se representa más de lo que hace una droga como la marihuana y, aunque la excusa se vuelve central y riesgosa para no poder hacer nada sin la misma, el humor y la amistad tienen su propia lógica y, por supuesto, pulsión. El adolescente construye espacios que pueden ser impresionantes miradores, construye ritos donde fumar del mismo cigarrillo de marihuana puede ser una auténtica comunión (Gaviria, 2015).

16. Juego que consiste en no dejar caer un balón utilizando la rodilla, el pie, la cabeza.

La experiencia y la estrategia frente al homicidio

Medellín está dividida en 21 territorios, denominados Comunas y Corregimientos. Pudimos concluir que era común en 10 de esos territorios que un adolescente hubiera visto un cadáver o presenciara una balacera (Gfa, 2016). Esta experiencia cobija al 53,8 % de los jóvenes en la ciudad, unas 290.784 personas¹⁷ entre los años 2006 y 2016 (Gfa, 2016). Esto es aún más grave cuando se trata de la pérdida de un amigo, un familiar, o un compañero de clases por el homicidio, lo que pudo sucederle por lo menos a un adolescente entre los 14 y los 17 años en 19 de los 21 territorios antes de 2016.

Aunque algunos territorios de Medellín gozan de indicadores aceptables de homicidios, tal crimen, como recurso y lógica, está naturalizado en la conversación de estos adolescentes. Unos celos, una disputa entre vecinos por un lindero, un ladrón asesinado por testigos y víctimas, competencia entre plazas de vicio, ajustes de cuentas al interior de una organización criminal, un atraco que salió mal, todo eso hace que la posibilidad del homicidio aparezca cuando delicadas fibras se revientan.

Al detallar las posibles estrategias para ayudar a un amigo que se sabe que va a ser asesinado, los adolescentes de colegios públicos mostraron una gran impotencia, que rayaba también en cierta apología del crimen. Textualmente, en cada uno de los grupos focales, por lo menos un adolescente dijo: “No hay nada que se pueda hacer” (Gfa, 2016). Por supuesto que esto genera

17. Jóvenes de entre 14 y 28 años en el 2019.

una discusión en el grupo y llama la atención el reclamo de que “Lo pueden matar a uno por ayudar a la víctima potencial” (Gfa4 y Gfa16, 2016). Las conversaciones van mostrando que esto de saber que lo van a matar está relacionado a una amenaza de un actor criminal y a una sentencia mafiosa. Más allá de la amenaza del miembro de una pandilla, empieza a tener peso el hecho de que alguien merece ser asesinado. Esto es toda una costumbre mafiosa de legitimidad que le hace mucho daño a la idiosincrasia local. Se logra la aceptación del homicidio desde antes de que se lo cometa. La persona que está amenazada en la periferia de la ciudad puede convertirse en alguien rechazado.

Es políticamente correcto decir que se lo quiere ayudar; los adolescentes se sinceran y preguntan por la cercanía de la persona que está en riesgo de ser asesinada. Hay unos límites y una fractura muy grande de la solidaridad: si era un amigo cualquiera mejor ir dando por concluida la amistad, y la solidaridad no suele llegar hasta el punto de defender a un vecino de una mafia. Hay un aprendizaje muy profundo que normalizamos con el pragmatismo de “Yo en eso no me meto”, que señala la importancia que le da el adolescente a no molestar o no ser un riesgo para una mafia, pero “eso” puede ser el asesinato consabido de un vecino o de un compañero del colegio.

Avanzando en la conversación y decantando el debate, los adolescentes definen que la misma persona amenazada debe tomar la determinación de “irse”; luego de eso, en un grupo mucho más pequeño, sale una respuesta —que se repite— sobre hablar con el actor criminal. Sólo en un grupo focal de un territorio de clase media alta, sale de forma espontánea pedir ayuda a la Policía (Gfa11, 2016). En el grupo focal hecho en una comuna de bajos ingresos cercana al centro (Gfa9, 2016), los adolescentes hablan de que sólo

hay un grupo criminal que lo maneja todo y un adolescente argumenta que tiene contacto directo con el gran jefe criminal.

Que irse sea una respuesta que salga dos veces más que la de hablar con el actor criminal, muestra la diferencia de la experiencia y el comportamiento, visibilidad y posibilidad de diálogo que tienen las pandillas y las mafias homicidas en cada territorio. Uno de los adolescentes da las claves de la importancia entre un monopolio criminal y una dispersión que, a la larga, también genera caos y cambios al interior de cada pandilla. En todo caso, es avasalladora la comprensión de que es mucho más posible y efectivo hablar con el actor criminal que recurrir a la institucionalidad.

Recordando que se trata de adolescentes, en promedio de quince años, cuando se pregunta por otra institución, otra agencia u oficina del Estado, se quedan en blanco, en el entendido de que lo único visible del Estado es la Policía. A la pregunta de si le pedirían ayuda a la Policía si uno sabe que está en riesgo de ser asesinado o si hay un amigo amenazado, en los territorios de altos y medios ingresos, y donde el urbanismo y la presencia institucional es más ordenada, la mayoría de los adolescentes dicen que aunque no se les había ocurrido, sí pedirían ayuda. Sólo en uno de los territorios de bajos ingresos la posición mayoritaria es de confianza y esperanza sobre recibir apoyo de la Policía, pero tiene que ver con un adolescente familiar de un policía, en los demás territorios marginados todos los hombres concluyen que la Policía no les ayudaría (Gfa11, Gfa16 y Gfa70, 2016).

En cinco comunas de Medellín los adolescentes argumentan que avisarle a la Policía puede ser un problema (Gfa1, Gfa2, Gfa3 y Gfa8, 2016). En otra comuna (Gfa4, 2016) explican que no le pedirían ayuda a la Policía por la burocracia a la que están sometidos, en un corregimiento que a los policías

les daría miedo, y en dos comunas (Gfa5 y Gfa6, 2016) argumentan —con unos entendidos típicamente machistas sobre el miedo y ponerse a salvo a sí mismos— que los uniformados socorrerían a una mujer pero no a los hombres.

Un hombre adolescente argumenta que un policía se burlaría de él si le dice que tiene miedo (Gfa70, 2016). Llama la atención lo enfático de muchos adolescentes sobre no confesar el miedo y mucho menos a un policía: no se hace referencia acá a un miedo a la recesión económica, ni a pasar junto a un cementerio, ni a los espantos, sino miedo a ser asesinado por un grupo criminal. Lo que muestra la precaria y rudimentaria experiencia institucional, donde los hombres se tienen que defender a sí mismos, es cierta anomia en medio de una cultura donde ser hombre sigue estando muy relacionado con el hecho de poder ejercer la violencia.

En dos comunas populares una minoría de adolescentes dicen que acudirían a la Policía cuando se les pregunta. En esas dos comunas salen experiencias positivas puntuales con la Policía cuando eran niños (Gfa1 y Gfa3, 2016). Una experiencia concreta de confianza es la participación en la Policía Cívica Juvenil, la reacción frente a un robo, impedir una extorsión y con la Policía Ambiental (Gfa1, Gfa6 y Gfa9, 2016). Sin embargo, una experiencia negativa con la Policía parece condicionar a la mayoría de los adolescentes, que no pedirían ayuda a un policía si estuvieran amenazados.

Queda claro que la estrategia frente el homicidio es, primero, no molestar a la pandilla o al mafioso del barrio; luego, irse de ahí, y, por último, dependiendo del tipo de grupo y su hegemonía, convencer al actor criminal.

III. Destinados al homicidio

En el presente capítulo se reconstruyen las historias de los asesinatos de una mujer y once hombres en Medellín entre los años 2012 y 2017. Una de las víctimas tenía 11 años, otra 15, dos tenían 16 años, otras dos tenían 17, mientras que los restantes tenían 20, 22, 23, 24, 25 y 28 años, respectivamente.

Son historias de las seis comunas y los dos corregimientos con más homicidios en Medellín (aparte del centro); son historias de periferias. Tres de las víctimas estaban involucradas en el crimen, y de esos tres, dos habían cometido homicidios. Es necesario resaltar que ocho de las víctimas no hacían parte de ningún tipo de estructuras criminales y que otra fue colaboradora ocasional en asuntos no delictivos —tales como llevar domicilios de licor a un jefe criminal—.

En Medellín se suele decir que “Se están matando entre ellos”, “Que el que las hace las paga” y que “Por algo habrá sido”. Como el adolescente popular está muy expuesto en un espacio público mediado por el crimen, se justifica el asesinato equiparando al consumidor-drogadicto con el drogadicto-criminal. Esta igualación desde la distancia puede convertir fácilmente al joven en general en un sujeto peligroso, y al joven de periferia en un criminal; desde cerca está en la esquina, o sea que está consumiendo, y si está consumiendo se puede concluir todo lo demás. A veces para la Policía puede bastar con que salude a un pandillero para definirlo en un bando.

En cinco de los casos la víctima consumía drogas (menos de la mitad de la casuística); en dos de estos pudo haber abuso de marihuana y de cocaína.

En esta etnografía se encontró un perfil promedio de la víctima de homicidio en el que no hay un patrón en el consumo de drogas. No hay información estadística que permita concluir que lo que identifica a la víctima de homicidio sea el consumo de drogas o el haber cometido delitos. Con esta etnografía hay datos suficientes para falsear esto, incluso en cuanto a historias donde la Policía y los medios de comunicación sacaron conclusiones aventuradas sobre móviles o características de las víctimas. Hay suficientes casos de homicidio donde la víctima no es un criminal y no es un drogadicto, y el fenómeno es lo suficientemente grave como para involucrar a jóvenes con perfiles completamente distintos y hacer del delito o la drogadicción un factor de riesgo por la relación con otros criminales; pero siempre se trata de una justificación distorsionada donde ningún homicidio que estudiamos se puede explicar por el consumo de drogas de la víctima.

En ninguno de los casos aquí reconstruidos el homicidio se da en medio de un enfrentamiento entre grupos criminales, y la acción delincuenciales pasada o presente de algunas de las víctimas termina atravesada por confusiones y enrarecida por nociones y percepciones emotivas del victimario. La costumbre de darle mucho peso causal y explicativo a las actividades delincuenciales de la víctima influye en la formación estadística de las mediciones oficiales con explicaciones rápidas que definen el ingreso de clasificaciones; pero cuando llegamos hasta los relatos y los discursos, se encuentra que tener una posición débil en el crimen o ningún respaldo puede ser un factor más explicativo. No es cometer un delito lo que termina de explicar algunos homicidios, sino la ausencia de respaldo criminal, o haber perdido ese respaldo.

El *modus operandi* de las redes criminales y el espacio moral y cultural en que se mueven está desbordado, haciendo que asesinar a un adolescente

popular en ciertos espacios resulte tremendamente barato (en términos culturales y morales que normalmente se conjugan con todo tipo de impunidad y el desafuero de mandar a asesinar a un joven por el equivalente a 20 dólares), sin importar que estuviera alejado del crimen.

Complejizar, por medio de una etnografía, el asesinato de jóvenes y adolescentes infractores es entender que en el crimen cansarse es peligroso, es un sinónimo de debilidad, y “salirse” es sospecha grave de traición. En el año 2021 no hay programas institucionales de salida y de segundas oportunidades, y el Estado no está intentando comunicarse o enviarle un mensaje al adolescente que quiere hacerlo.

A uno le gustaba mucho andar en motos, a varios su equipo de fútbol, a otro elevar cometas; uno disfrutaba de armar globos, había uno que rapeaba, para otro su vida era componer música en un teclado; el proyecto de otro era ser barbero, a otro lo recuerdan escuchando salsa; a otra la recuerdan sus amigas escogiendo ropa y maquillándose para sentirse bonita con ocasión del fin de semana; ella también estudiaba mucho. Una de estas cortas vidas estuvo atravesada por el voleibol; recuerdan a uno haciendo reír, contando chistes, haciendo bromas; uno era muy especial para jugar con los niños y en el escenario. Edwin¹⁸ tenía el cuarto lleno de calcomanías de estrellitas fluorescentes en el techo. Antes de morir, despegó las estrellas con cuidado, se inventó una nueva pega y las puso en el cuarto de su hijo recién nacido. Escuchaba los vallenatos de Nelson Velásquez después de largas jornadas de trabajo en una bodega de reciclaje. Podía reconocer —sólo por el tacto— 20

18. Los nombres y los barrios de las víctimas han sido cambiados por petición de la mayoría de los entrevistados.

tipos de plástico. Sabía en qué cosas distintas se podía transformar cada uno de esos plásticos (Efv8b, 2015).

Conejo era un músico que todavía estaba en proceso de pulirse, pero que amaba la música y la composición por encima de todas las cosas. Le encantaba la gente y estar en una tarima. A todo el mundo lo quería invitar a algo, enseñarle, mostrarle un cómo. Había semanas en las que componía hasta tres canciones en un teclado —que le había regalado la abuela— y soñaba con hacer una carrera de cientos de canciones que lo llevaran a compartir tarima con Depeche Mode.

El cuarto de Conejo era un estudio de grabación [...], lo llenó de cajas de huevos. Una sala de ensayo, eso era el cuarto, una sala de ensayo. Él vivía entre su batería que tenía, sus pianos y su computador que le dio mi abuela para poder meter los programas y todo eso. Entonces su mundo giraba solamente en la música (Efv10, 2015).

Yeison, que sólo tenía 11 años, disfrutaba más yendo a la escuela de deportes que al colegio. Uno de los instructores pensaba que podría llegar a ser futbolista profesional. Su mamá era su persona favorita y no había momento en el que su vínculo se volviera más fuerte como cuando se sentaba a comer lo que ella cocinaba.

Carlos Andrés soñaba con ser aviador y mientras tanto se contentaba subiéndolo a los árboles, elevando cometas y fabricando globos. Estaba metido en una red muy bonita de *hip-hop* que tenía unos semilleros que se reunían los sábados. En el *hip-hop* todos cantan, todos componen, todos aportan algún arte u oficio.

Kelly era muy buena estudiante y solía izar la bandera en los actos públicos del colegio. Jugaba fútbol y voleibol y le gustaba mucho salir con sus

amigas y esos momentos en los que se preparaban e intercambiaban ropa, se cepillaban y peinaban y luego se maquillaban.

A ella le iba tan bien en el estudio que le daban diplomas, ocupaba el primer puesto, el segundo. La querían mucho en el salón, la maestra la adoraba. La forma de ser, que era muy alegre cuando estaba más niña, pero en cuestión de dos años cambió mucho, a eso de los 13 o 14 (Efv4b, 2015).

Son víctimas de homicidio en Medellín entre los años 2011 y 2015.

Comprender el perfil de las víctimas de homicidio en Medellín permite, primero, romper con los mitos que han puesto el eje de la culpabilidad en la víctima y, segundo, clasificar los grupos de víctimas por vulnerabilidades que son modificables (responsabilidad de la sociedad o la institucionalidad), que no son esenciales y no restan cualidades, fuerza y potencias.

Cuando aquí conceptualizamos vulnerabilidad no decimos ausencia de capacidad (como bien lo explica la fórmula de riesgo¹⁹). Existen adolescentes con liderazgo, artistas y niños extrañamente maduros —responsables y muy importantes para su familia—. Las vulnerabilidades económicas y de subsistencia se hacen graves cuando se conjugan con problemas de relaciones y de afecto en el primer círculo de socialización del joven o adolescente. Sólo en tres de estos casos las vulnerabilidades se hacían fuertes en el plano de la subsistencia económica, relacionándose con hambre o desnutrición.

La vulnerabilidad no genera una correlación —ni establece un patrón— con la actividad delincinencial. Así como hay casos de vulnerabilidad que mostraron una capacidad para mantenerse al margen del crimen, también

19. La fórmula busca medir la probabilidad de riesgo según la interacción de las amenazas, las vulnerabilidades y la inversa de las capacidades (UNODC, 2011).

hay criminales dentro de este grupo de víctimas que no tuvieron una vulnerabilidad socioeconómica concreta y objetiva, ni siquiera falta de afecto o problemas graves de convivencia en el hogar. De hecho, en los casos analizados la víctima de homicidio que más estuvo involucrada con una red criminal —llegando incluso a asesinar— era uno de los pocos que vivía en una familia conformada por papá y mamá, y además había sido cuidado y protegido por una abuela que lo acogió como a su nieto favorito.

Juan era muy hiperactivo, estuvo hasta medicado desde los 6 años, pero no le sirvió, entonces no volvimos a darle las pastillas (Efv1, 2015).

Vivía sin miedo a nada, eso lo hizo pasar muchos límites (Efv1b, 2015).

Nosotros nos estábamos empezando a entregar al vicio, y la gente nos decía, reaccionen (Efv1c, 2015).

El anterior testimonio muestra consideraciones de tipo morales, donde algún vecino puede pasar del consejo al señalamiento y a la exclusión con mucha facilidad, creando una reputación y unos estigmas que son difíciles de borrar en vecindarios donde la socialización es densa, dado que el espacio privado —sobre todo el más íntimo— es precario. En todo caso, un amigo de una víctima aclara que el dinero que él usaba para consumir era fruto de su trabajo:

Por allá caía un trabajito y ahí mismo: Carlos, Stiven, Manuel. ¿Por qué? Porque nosotros también camellábamos duro, nos la guerreábamos (Efv2b, 2015).

En el anterior testimonio se cristaliza más la vulnerabilidad por falta de vínculos, al punto de que un niño se queda en el limbo porque su madre está dedicada a las ventas ambulantes y no genera la constancia de un hogar.

En la vulnerabilidad, más que clasificar y añorar una familia mítica o condenar al fracaso a las familias monoparentales, lo que vemos es una ruptura

en lo familiar que deja a un adolescente sin vínculos y le niega la experiencia y la escuela de afecto o ternura. En uno de los casos se señala cómo el hijo de un primer matrimonio va quedando relegado en un apartamento donde los hijos de su mamá con un nuevo esposo tienen la prioridad. También se llega a historias sobre una víctima de homicidio cuyo padrastro —sin que la mamá lo evitara— le impedía sentarse a la mesa a comer hasta que no llevara dinero a la casa.

Sebastián fue una víctima de ellos porque Sebastián fue un niño abandonado por el papá y la mamá. Sebastián se refugió en esta gente (Efv3, 2015).

El señor peleaba mucho con la señora para que los echara de la casa. A los dos hijos de ella (Efv8b, 2015).

Hay un grupo de vulnerabilidades que llevan a un adolescente, o incluso a un preadolescente (un niño), a buscar socialización, afecto y un tipo de protección en una pandilla. No hay que esencializar esto demasiado ni tratar de entenderlo como una gran decisión, puede ser tan sutil como querer estar más tiempo en la calle, necesitarlo, y no tener a nadie a quien contarle lo que le dicen o le piden los pandilleros mayores.

La angustia que tenía con el alcoholismo del papá, creo que fue lo que lo llevó a desahogarse con personas que no debió haberse desahogado. Aunque él no fue muy amigüero de pronto en esas compañías hubo alguno que le mostrara una realidad que no es la adecuada (Efv7, 2015).

En la reconstrucción de estas historias hallamos seis víctimas que habían sido desertores del sistema escolar —de los cuales cuatro estaban en edad escolar— y siete víctimas sin relación con el papá (tres de ellos por cuenta del asesinato), dos de ellos sin relación con ninguno de los progenitores (y criados y acogidos en el hogar de la abuela). Se descubre que el principal

concepto de vulnerabilidad que se puede aplicar a las víctimas de homicidio es la ausencia o debilidad de vínculos. Los vínculos son determinantes para generar ambientes de desprotección y socialización. La ausencia de vínculos afecta especialmente a adolescentes de familias muy pequeñas, con familiares en otras regiones, o con una mamá a la cabeza del hogar que tiene que trabajar mucho. La debilidad, también hay que decirlo, se da por el maltrato en una casa (que no es un hogar) por el novio de la mamá que lo trata mal y la falta de vocación, sabiduría y consciencia para la crianza por parte de los miembros de su familia.

Hay muchos que es por influencia de otras personas, ven cosas mejores de estar en un combo, el trato puede ser incluso mejor que en la casa. Un caso particular de un pelado: el papá de él consume alcohol y la mamá nunca se ve, el peladito a toda hora en la calle y él hacía mandados y le daban plata por eso y empezaron a regalarle ropa al pelado [...]. Los mismos manes le empezaron a regalar ropa buena y lo iniciaron al pelado en eso y ya está metido del todo, encuentran cosas que no tienen en la casa, remplazan la familia con eso (Eexi15, 2011).

En la mayoría de los casos, la ausencia de vínculos no definió el ingreso a un grupo delincencial, sino que expuso más a los adolescentes a una amenaza o una presión criminal y les dio menos alternativas de solución; también hizo más fácil la criminalización de los adolescentes (Eexi, 2015). Ninguna madre excelente, regular o mala es responsable de que su hijo sea asesinado por un criminal, y en esta etnografía se atestiguan madres ejemplares de adolescentes asesinados, pero también madres que le generaron mucha angustia a sus hijos o que estaban de acuerdo con que hicieran parte de una pandilla. Ya explicamos que no hay un patrón, que no se puede

generalizar, pero que hay que generar instituciones que puedan corregir la ausencia de redes protectoras (reconectar) y reparar de forma temprana la ausencia y el daño causado por las familias.

Se atestigua víctimas de homicidio muy amadas, con un padre y/o una madre que se preocupa por ellos, o muy bien cuidados por una abuela. Lo que se podría definir es que para estas familias la red protectora era insuficiente frente a territorios tan difíciles y coyunturas tan caóticas, y siendo frágil o inexistente nunca los pudo llevar a recibir una ayuda institucional. Aunque siempre están las tendencias morales y técnicas a la generalización —en el primer caso porque simplifican el mundo, y en el segundo porque van de la mano con “fórmulas mágicas” e inicialmente populares—, aquí lo técnico y responsable es la no generalización: hay que distinguir desde el Estado un grupo de víctimas a las que teníamos que ayudar, en el sentido de socorrer y poner a salvo de un grupo criminal; otras donde yendo un poco más atrás hubiera sido importante brindarle más apoyo económico a su mamá o abuela, o un apoyo profesional (institucional) en la crianza; y, por último, una minoría a la que había que separarlo de la familia, quitándole a esta la custodia del menor.

Para el joven sin nada qué hacer, aparece el servicio militar y esta posibilidad se concreta, aún más, en medio de una fascinación por las armas. El problema real aparece cuando al terminar de prestar el servicio militar vuelve a un barrio con una fuerte influencia criminal y sin buenas probabilidades de conseguir un empleo legal.

A él siempre le gustó el tema de las armas. En ese tiempo cuando ingresa al Ejército estaba sin trabajo. No terminó el bachillerato, entonces el Ejército es una forma de salida y de distracción (Efv5, 2015).

El servicio militar puede significar, en algunos casos, un entrenamiento aprovechado por un grupo criminal para trabajos más concretos y mejor remunerados. La Policía, y sobre todo el Ejército, tiene que tener mejor supervisión de sus egresados del servicio, así como de aquellos a quienes expulsa, y programas sociales para los jóvenes vulnerables que terminaron de prestar el servicio militar.

Las primeras infracciones mal atendidas, la falta de una respuesta y capacidad para segundas oportunidades —o mecanismos reales de socialización en el Estado— hacen que la exclusión social arroje al adolescente hacia redes criminales, pero también hace que este tipo de programas o de centros no ofrezca las alertas tempranas suficientes y no cumpla la función que podría cumplir: una función protectora.

Estuvo dos veces en una correccional y lo pusieron a estudiar. La primera vez estuvo poquito y se voló y la segunda vez estuvo como seis meses. Las dos veces lo cogieron por robo (Efv1c, 2015).

Por último, en las sociedades es necesario lidiar con el trauma: el miedo, la pérdida y el dolor sin trámites. Esto tiene que impulsar a cerrar ciclos, a observar, a entender dónde están creciendo los adolescentes y qué pasa con una familia víctima de homicidio, quiénes sobreviven a la catástrofe y cómo, qué significa ver asesinar a un amigo o a un hermano, en la niñez.

Aserrín era el mejor amigo, y lo mataron cuando tenía como 12 años, lo picaron y lo metieron en un cajón. Eso le dio muy duro a Maicol, eso lo traumó. Desde ahí se volvió un poquito violento (Efv1b, 2015).

Desarrollar una base de datos de las familias de víctimas de homicidio y hacerles un seguimiento social permitiría comprender el aprendizaje de un preadolescente cuando ve a su hermano mayor asesinado y cambiar el corre-

lato de una ciudad que le dio la espalda a una que lo abrazó. No es común que el adolescente crezca y busque a los asesinos de su hermano para vengarse, pero sí que se plantee que en el próximo barrio en el que viva querrá estar armado, hacer parte de una pandilla y matar antes que verse muerto o ver a alguien de su familia lastimado (Efv13, 2017).

Una primera aproximación a la psiquis de los adolescentes que ocupan los espacios que son dominados por mafias o pandillas señala que hay que enfrentar a una escuela de crueldad —de endurecimiento y rencor—, una escuela de ternura —de solidaridad y alegrías—. Siempre es muy buena estrategia lograr una niñez feliz para todos en las ciudades de Latinoamérica, y para eso siempre hay que abordar con rapidez e inmediatez las catástrofes y los momentos más tristes (perder a alguien, especialmente por el homicidio).

Saber que lo van a matar

En nueve casos estudiados (de doce)²⁰ la víctima de homicidio sentía que iba a ser asesinado, días o incluso semanas antes. Esto se puede separar en tres grupos: cuatro casos donde las víctimas se sentían profundamente amedrentadas y presionadas y no querían creer que la muerte fuera inminente, pero sabían que iba a llegar a eso. Otros cuatro casos que estaban seguros de que los querían asesinar y estaban tomando medidas o pidiendo ayuda de

20. Uno de los homicidios es doble.

forma desesperada. Y un último caso donde la víctima de homicidio sabe que va a un encuentro (una reunión) donde lo van a asesinar y básicamente no hace nada para evitar su asesinato y se despide de su familia.

Él llevaba varios días sintiéndose raro y él decía que parecía que se fuera a morir, que él quería mucho a su hijo, que le cuidara mucho a su hijo, que lo quería mucho. Y llevaba como raro en esos días, como tres días antes venía todo raro (Efv8b, 2015).

Él llegó del trabajo, comió, se bañó, compró pañales para la bebé y una loción a la novia y la llamó a decirle que ya iba a llevarle los pañales, cogió la moto y salió. Cuentan que cuando pasó, camino a la casa de la novia, miró muy feo a los muchachos que lo mataron, los miró rayado. Llegó donde la novia, le entregó los pañales y las abrazó, a ella y a la bebé y les dijo que las quería mucho y que él siempre iba a estar ahí, entonces la novia le preguntó si pasaba algo, que por qué parecía que se estaba despidiendo. La novia dice que él se sonrió y les dijo que las quería y se fue, y bajando de la casa de la novia, en la curva del barrio California, le dieron los impactos. Él quedó vivo, la novia salió corriendo de la casa con el papá y lo montaron a un taxi y lo llevó a la unidad intermedia del Once de Agosto, pero cuando llegaron ya estaba muerto (Efv7, 2015).

Él le suplicaba a la mamá que se fueran de por ahí, pero la mamá, muy apegada a las casas que compró, decidió no irse; y él le decía: “Usted lo que va a hacer es que me maten, usted apegada a cuatro casas y me van a matar, porque vea esos manes hasta donde llegaron, ya me secuestraron, usted no quiere creer, me van a matar” (Efv7, 2015).

En diciembre cuando lo mataron él estaba aburrido acá: “Amá, hable con mi mamita para que hable con mi tío y me dé trabajo en ese taller”. Mi hermano no quiso (Efv6, 2015).

De hecho, él cuando se va, el día que él sale de la casa, él sabía que prácticamente lo iban a matar. Entonces no fue algo como sorpresivo: De cierta manera él ya sabía a qué iba y que lo iban a matar (Efv5, 2015).

No sólo la víctima, sino su pareja, su mejor amigo o familiares saben de una sentencia de muerte. A veces esto es un chisme de barrio que va transiando hacia todos los que conocen a la víctima potencial o un allegado (GF, 2016), pero esto no es sólo producto de la precariedad y el caos con el que se comporta una pandilla, sino que es una estrategia, que, aunque intuitiva, le ha funcionado para tantear la reacción del barrio y legitimar el homicidio.

Detrás de estas conversaciones, donde hablamos de los últimos días de la víctima y reconstruimos una escena atestiguada por un primo o una conversación con la pareja, hay una dinámica del homicidio que, aunque puede ser absurda y aprendida por adolescentes, hace parte de un contexto en el que no hay una autoridad estatal y mucho menos justicia en el entorno cotidiano y la presión para resolver homicidios de jóvenes pobres de periferia es muy poca. Sumado a la impunidad, la porosidad del combo hace que los comentarios de que *a tal muchacho lo van a matar*, no termine en el correlato, ni en nada cercano a la justicia, como un nombre responsable intelectual o material de un asesinato, sino casi como si la autoría fuera gaseosa, pero también se tratara de algo que al nombrarse envuelve todo, “los muchachos de por acá” o “los que cuidan por acá”, o “los de la vuelta” (dependiendo de la edad de quien los nombra).

Jaime fue a coger el bus con unas vecinas y las vecinas lo dejaron ahí y luego llamaron por celular a decir que *ahí se lo habían dejado*, en el paradero. Jaime —que no sabía de la llamada— vio llegar a varios hombres del grupo delincencial y arrancó a correr y se le cayó la gorra antes de esconderse

en la casa de una vecina. A la hora salió a buscar la gorra y ahí fue asesinado (Efv6, 2015).

En una misma cultura, donde la costumbre lleva a cierta gradualidad, hemos pasado de la indiferencia a legitimar, y de legitimar a la complicidad: desde callar, pasando por no auxiliar, luego ayudando a buscar a la víctima, casi que como poniéndole una trampa y, finalmente, azuzando al pandillero para que asesine, llegando, incluso, a pagarle. Romper los estigmas de barrios considerados peligrosos o donde se asesina requiere entender que es una ínfima minoría la que hace parte de una pandilla, o sea, la que realmente es violenta. Sin embargo, estamos ante algo más complejo: una base social, pero una base social que no alcanza a deberse a una identidad criminal, sino a una forma de hacer las cosas, latentemente criminal. Esto no significa que todo un vecindario o barrio, con una fuerte influencia de una banda o pandilla, se constituya en su mayoría como una base social, pero sí que una minoría o un núcleo duro está intentando congraciarse con el grupo y está dispuesto a hacer parte de sus crímenes.

Los habitantes de un vecindario de periferia con influencia criminal generalmente no han experimentado con el Estado un mejor trato, ni más eficiencia del que experimentan con la dinámica fluctuante de un grupo armado en su territorio. Con unos alcances éticos o una cultura política compartida, una parte significativa de un vecindario puede funcionar como base social cuando recurre a una mafia o una pandilla para algún servicio (más allá de verse obligada a pagar una extorsión) de protección o mediación. Aquí siempre hay una capacidad de comparación en las micro-decisiones que constituyen la cultural política, siendo la total falta de fe en el orden institucional formal, una desesperanza con respecto a la justicia, y

un aprendizaje práctico de la imposibilidad de acudir al Estado para ciertos riesgos y conflictos.

Yeison iba en un carro que transportaba mercados y los del grupo delin cuencial pararon el carro, lo bajaron y se lo llevaron para una zona rural cercana donde luego lo encontraron enterrado junto a un amigo llamado Sebastián —al que habían previamente torturado— (Efv3b, 2015). “La muerte de Sebastián fue una muerte muy cruel porque al niño le quitaron la cara [llanto]. Al niño le quitaron la cara” (Efv3, 2015).

Un amigo de una de las víctimas tuvo la oportunidad de oír al victimario unos días antes del homicidio, casi justificando lo que iba a hacer porque simplemente no le gustaba la actitud que tenía él con ellos:

Él decía que era muy creído y se creía más que los demás, como si tuviera tanta plata, como si no necesitara. Él siempre fue así, él siempre fue como alejadito de esa gente, retirado. Esta gente de acá lo convidaba mucho a que trabajara con ellos... y lo hicieron ir de por aquí y todo (Efv8, 2015).

Ya cuando se profundiza en la imposibilidad del “reclutamiento”, que se diluye a su vez en una inapetencia de socialización, nos cuentan que un criminal del entorno cotidiano estaba intentando conquistar a su pareja: “El man hace lo posible para sacarlo de por aquí para caerle a ella” (Efv8b, 2015).

Hemos construido un repertorio cultural para señalar que los homicidas matan a personas involucradas o “malas”, pero también que el homicidio hace parte de “negocios” racionales y no de una socialización desbordada de sus lógicas o su racionalidad.

En otro caso un familiar muestra el recurso psicológico de personas en Medellín para explicar la realidad aterradora del homicidio: cree —no lo ase-

gura— que su familiar nunca pasó de compartir un cigarrillo de mariguana con los criminales:

Él los últimos meses estuvo fue dedicado al trabajo, entonces no creo que haya robado con ellos, pero sí creó vínculos de amistad, fumaba con ellos ahí en la esquina, y de seguro se enteró de cosas que ellos hacían (Efv7, 2015).

En dos casos recogimos evidencia de que la negativa para colaborar con un grupo criminal o hacer parte de este fue el detonante que desató una serie de hechos. En todo caso, la evidencia no mostraba que hubiera un mensaje o una creencia generalizada de que se los amenazaba para entrar al grupo, pero el homicida se sintió irrespetado o despreciado por la víctima, y más bien se trata de caprichos de pandilleros que quieren sentirse importantes pidiendo colaboración a un joven o invitándolo a estar con ellos. A una de las víctimas lo asesinaron luego de no querer volver a hacer mandados (y pequeñas tareas) para un grupo delincuencia. Primero estuvo trabajando en un semáforo y cuando empezó una confrontación criminal en su barrio, se le empezó a dificultar la salida. Luego de que se complicaran aún más las necesidades económicas, llega la exigencia para que tome partido.

Desde siempre que se pasó para el barrio esos muchachos —que manejan el barrio y todo el cuento— desde que lo conocieron a él siempre le ofrecieron un trabajo, de que trabajara con ellos. Y él nunca... él siempre rechazó la oferta, siempre, siempre. Entonces quién sabe si sería por ese lado (Efv8b, 2015).

La teoría normativa del Estado —y hasta las campañas de legalidad— dictan que un factor protector es mantenerse alejado y sin ninguna relación con los criminales, pero cualquiera que viva en un barrio de la periferia pobre de Medellín sabe que para sentirse protegido y garantizar la supervivencia hay que mantener una relación tranquila y amable con los criminales. En muchos

casos, dadas algunas geografías y configuraciones urbanísticas, es inevitable cruzarse de frente con la cotidianidad de estos grupos delincuenciales.

El homicidio en los barrios de Medellín parece confundirse con un afán justiciero de asesinar ladrones y drogadictos, personas consideradas conflictivas o que causan desorden. El grupo homicida puede extorsionar, vender drogas y hacer fiestas que duran varios días, pero muchos son castigados por contravenciones menores comparadas con la muerte que ellos mismos suministran como solución. Los ingresos de muchos de estos pandilleros no alcanzan ni para comprarse una moto, por lo que cualquier dinero por el sicariato puede explicar inicialmente esto, pero también hay algo sustancial (y no sólo estratégico) en la vanidad de ser requerido por un vecino para solucionar un problema (ser un árbitro, defensor y verdugo) y, finalmente, necesitan tener el monopolio criminal —y, por tanto, de la violencia—, pues sino fueron tomados en cuenta o recibieron una parte de un robo, entonces no están dispuestos a aceptarlo.

Un busero que vive por allá esa noche se le robaron doscientos mil pesos. [...] Y un celador que cela allá, en “Agregados”, ahí mismo dijo que eso había sido Carlos Andrés, y que él lo había visto y de todo (Efv2, 2015).

Dentro de la categoría de castigos criminales para personas por fuera del crimen entra el caso estudiado que se acerca más al sicariato. A un busero le roban un dinero en su casa, el papá del conductor de bus le ofrece un dinero al grupo delincencial para que asesinen a los dos responsables que son acusados por un celador.

“Y si eso fue verdad que pagaron esos doscientos mil pesos para que lo mataran a él, eso no tiene perdón de dios, porque lo mataron injustamente”, explica su abuela (Efv2, 2015).

Parece que el grupo criminal —que había estado en calma— empieza a hablar con un policía sobre el desorden que causan o las actividades inadecuadas del grupo de amigos de la víctima —que se reunían a jugar, a hablar y también a fumar mariguana— y uno de los policías habla con la mamá del adolescente luego asesinado, muy preocupado, y también a manera de queja. En primer lugar, y a los pocos días de la conversación con el policía, es asesinado uno de sus amigos (de ese grupo), uno de los que tenía más “fama” o era estereotipado por los vecinos como drogadicto.

Puede que la intención del policía sea buena, pero muestra cómo la policía suele tener en algunos barrios (con una tradición de pandillas) mucho menos manejo del tejido social que un pandillero menor que no tiene ningún entrenamiento formal. El pandillero puede terminar usando la institución para que naturalice el homicidio que va a cometer como algo que va a mejorar la seguridad en el barrio. Eso es muy grave, la frustración de los uniformados no se canaliza. Esta frustración lleva a que el uniformado valide la acción mafiosa, “comprendiendo” que “es mejor” asesinar a un ladrón que ponerle una simple sanción.

Los criminales son capaces de hacer excepciones cuando se trata de personas mayores de 40 o 50 años, o de mujeres, pero en el caso de los hombres jóvenes, suelen ser bastante impulsivos. Esto también se puede leer en homicidios que se desatan de forma más coyuntural; si hay un grupo que se siente nervioso porque tiene un enfrentamiento criminal abierto, y ve pasar a un hombre joven, puede creer que está en peligro y le dispara. Más allá de esto, las *vendettas* hacen que ser de un vecindario, visitar otro sector o mantenerse con los del otro barrio pueda ser fatal. Esto en Medellín ha llegado a ser tan grave que incluso en pleno 2021 hay tíos y tías que casi no

se visitan por que la pandilla de ese barrio está enfrentada a la del barrio donde se vive con la mamá (Gfa, 2016).

Una última categoría del punto de vista sobre el homicidio que hay que resaltar es la del castigo al interior del grupo. En dos casos —de tres víctimas que habían cometido delitos— el asesinato se define y ejecuta desde adentro de la organización. En un caso la víctima había pedido permiso dos veces para salirse del grupo; en el segundo caso, un expendedor de droga había logrado un alejamiento de más de seis meses, tiempo en el que empezó a manejar un taxi, y la muerte de su exjefe elimina una suerte de protección que evitaba el costo de su salida (Efv9, 2015). Qué importante sería recuperar a un joven expendedor de droga como conductor; recuperar a un joven que nunca había sido violento, que ni siquiera había estado armado.

Él cometió un error, porque él también cometió un error, y él ese error pensaba que estaba perdonado. Ellos tienen mucha información, saben muchas cosas, entonces creen que si cambian de vida les van a joder la vida a ellos, a contar todo lo que saben. Todo el que se sale de eso es muy poquito el que fue contando la historia y que quede vivo (Efv9, 2015).

Salir de una organización criminal es tremendamente difícil y peligroso y lo peor es que puede resultar difícil también dejar pequeños escenarios de cooperación, incluso de socialización, que no determinan oficio o labor alguna. La auto-resocialización es muy barata y podría funcionar muy bien con un poco de ayuda. En este sentido, entendimos que uno de los detonantes para querer salir de un grupo criminal, a edades tan tempranas como los 18 años, es tener un hijo.

Él se entera de que hizo un trabajo mal hecho y los superiores de él le dicen que tienen que hablar con él, que cómo son las cosas, que se entregue porque

pasó esto para hablar, o que entonces él verá si se meten con la familia y que cómo va a hacer a ver si se va a levantar contra ellos o más bien los daños colaterales van contra la familia. Entonces de cierta manera él va consciente de que ya lo van a matar pero digamos que pone como lo principal a su familia: como yo asumo mi responsabilidad; yo hago las cosas, entonces yo respondo por lo que yo hago (Efv5, 2015).

Ahora bien, puede que a partir de un momento sea más difícil salirse de un grupo: la paranoia y lo aprehensivos que se muestran los superiores es lo que se va leyendo en estos relatos. En todo caso, en este acápite lo importante sigue siendo la naturalización del homicidio que crea una capacidad en grupos criminales y bandas que no es real y a la que se le podría contraponer la institucionalidad.

El tiempo que él pasaba con los muchachos en un principio era bastante, pero cuando viene el embarazo de la bebé es cuando él dice que no más, yo no te puedo decir si robó con ellos, si extorsionó con ellos; sé que se sentaba con ellos, que conversaba con ellos, que fumaba en la esquina con ellos, pero de un momento a otro decidió no volver a comprar ni a consumir, entonces se alejó de ellos y comenzaron a decir que era un creído, un picado, que como todo se lo daban, que se creía la Coca-Cola del barrio (Efv7, 2015).

Los puntos de vista de los homicidas son el de no permitir la salida, de querer tener a alguien en el grupo o volver a tenerlo; encontrar una excusa de agravio por querer tener algo del estatus o estilo de vida de la víctima (como su pareja), ser los justicieros o cumplir con una especie de servicio social retorcido y la paranoia como un tipo de miedo bravucón y psicótico que dicta dos cosas: “Se nos van a meter” y “Es él o yo” —que incluso aplica para alguien desarmado y que no está en ningún grupo criminal—.

Siempre temía, porque se han visto casos que por usted hablarle al de la esquina de allá abajo y usted vive aquí arriba, siempre pasaba uno por allá: “Ah, que esta es la sapa, que esta es la tal cosa”, entonces siempre le daba a uno temor (Eexi2, 2010).

Personas, entornos familiares y hasta círculos sociales, que por sí mismos no son una vulnerabilidad grave, en medio de un territorio atravesado por una lógica cotidiana criminal, pueden conjugar lo necesario para un homicidio. Lo complicado que crea el gueto criminal en Medellín es la imposibilidad de elegir las relaciones y, por tanto, terminarlas libremente.

El absurdo aparece cuando las lógicas del crimen con un asiento territorial muy fuerte encapsulan la realidad de alguien al margen —incluso anulando sus factores protectores— con asuntos que pueden ser el accidente, la confusión, la molestia o la intención del criminal de ganar atribuciones que no tienen que ver con el negocio criminal o que implican subordinar a alguien que no está dedicado a actividades delictivas. Aunque no sucede en la mayoría de los barrios, algunos con presencia de pandillas (mejor dicho, las pandillas con barrio) son suficientes para definir el fenómeno del homicidio, del miedo y de la angustia adolescente en Medellín.

Es necesario comprender que hay barrios o vecindarios con límites topográficos muy claros, como una autopista, un desfiladero o una única calle, que están dentro del control de una pandilla. Lo más extraño es que, aunque los integrantes del grupo delincuenciales suelen ser jóvenes, la pandilla puede tener el mismo nombre por varias generaciones y producir un fenómeno continuo por incluso 30 años (R, 2016). El aislamiento sirve al grupo criminal que a su vez genera una inmovilidad en sus afanes de control. El adolescente de una periferia de Medellín puede vivir las barreras topográficas, las de la economía,

los problemas de inversión pública, las barreras de la edad, y luego las del crimen o la violencia, que le definen un horario y unas rutas por las que moverse, que le imponen unas creencias sobre lo peligroso de otros lugares porque allí están los enemigos, y las barreras internas de cómo tratar a cada quien, no sólo por estar en una banda criminal, sino en relación real o potencial con ellos.

El homicida en los ojos de la víctima

Los homicidas son miembros de organizaciones delincuenciales en once de los doce casos reconstruidos, la única excepción es una adolescente que parecía tener una relación estrecha con miembros de un grupo delincencial, pero siendo estructuras masculinas y machistas, no parecía que ejerciera un rol violento permanente, ni una función con una renta ilegal. Solucionar el fenómeno del homicidio en Medellín pasa por resolver primero los asesinatos premeditados, personalizados y claramente dirigidos.

Se cuenta con evidencia etnográfica para hablar de cinco casos de homicidio donde había victimarios menores de edad; en otros cuatro el probable homicida era un adulto. Sólo en un caso el asesino no era de la zona de la víctima; en tres casos más se trata de una orden; y en uno hay alguien por fuera de las estructuras criminales que paga a los asesinos para que se cometa el homicidio (un sicariato muy ligado a la cotidianidad territorial del grupo criminal).

Se cuenta con detalles de siete de los asesinos que fueron capturados, el mayor tenía apenas 21 años; el menor, que tenía 16, fue detenido, pero se escapó del centro de detención de menores y terminó siendo asesinado.

La madre de una de las víctimas no escucha en sus asesinatos algún atisbo de arrepentimiento. Más bien un rencor amenazante que emana de ellos por haber sido capturados, luego de una denuncia y una insistencia para que el crimen no quedara en la impunidad. Se trata del caso donde una de las víctimas tenía apenas 11 años, pero los asesinos insisten en un dolor que los lleva a relatar que la pandilla del barrio de sus víctimas fue responsable del asesinato de un adolescente familiar de uno de ellos.

“Señora juez déjenmela ver”, y la juez decía, para qué la quieren ver, que no sé qué, que la vamos a matar [...]. Se me reían en mi cara. Yo sí los vi y ellos me veían a mí. Y se reían y me hacían así [un gesto que simula una cuchilla pasando por el cuello]. Yo les decía que Dios les iba a cobrar todo eso. Ellos como están perdidos no les importa, que otro se pierda o se muera con ellos (Efv3, 2015).

El único caso donde la víctima es una mujer, de 17 años, tiene la particularidad de que la homicida es también una mujer de la misma edad. Ella estaba inmersa en la socialización del grupo delincuenciales y tenía acceso a un arma de fuego. Muy probablemente, si no estuviera inmersa en una piscina de armas y sin ese vínculo con un grupo criminal, la pelea no hubiera pasado de un golpe o alguna agresión física y Kelly seguiría viva —y ya recuperada de alguna contusión o rasguño—.

Dizque se mantenían juntas aquí, era muy amiga de ella. Ellas tenían como la misma edad. Ellas antes eran uña y mugre, se peinaban, bajaban a comer papas, íbamos los tres a elevar cometas por allá a aquel morro, y era amistad de niñas. Mantenían aquí las tres peladas juntas a toda hora, cuando pasó eso me pareció tan raro ver esa peladita ahí donde fue asesinada, le pregunté qué pasó y ella no me decía nada (Efv4b, 2015).

La niña le tenía como rabia y celos a Kelly, envidia porque tenía un novicieto. Es que Kelly no me decía nada que tenía novio [...], pero en diciembre, des-

pués del proceso esa niña tuvo una pelea con nosotros y decía con rabia: “Sí, la maté ¿y qué?, ¿qué me van a hacer?”, y revolcó a Jenny y todo (Efv4b, 2015).

Ese caso es interesante porque muestra la participación de las mujeres en estas estructuras criminales, toda vez que parece que la asesina encuentra respaldo en el grupo criminal y el novio de Kelly resulta asesinado dos semanas después. Es así como cada asesinato puede tender a multiplicarse, como un círculo que abre otros círculos: vengarse, adelantarse a la venganza, amenazar o silenciar. Así mismo, es el único caso (de doce) donde la víctima tiene una relación de afecto o de amistad con su asesino.

Técnica y lógica para el triunfo del absurdo

De los doce casos de homicidios estudiados, once fueron asesinados en el lugar donde vivían y socializaban. Los vecindarios no son un refugio, sino que más bien están relacionados con los principales factores de riesgo. El caso restante habla de un joven que se desplazó por las amenazas y unos miembros de una pandilla muy grande también se desplazaron al mismo sitio: se trata de reasentamientos promovidos por la alcaldía (Efv8, 2015; Efv8b, 2015).

El grupo criminal de la zona donde vivía Conejo era desorganizado, estaba integrado por miembros muy jóvenes y, por esos días, estaban paranoicos y llenos de temores. Su casa estaba ubicada en la calle donde se mantenía la pandilla y no había forma de evitar pasar por su lado todos los días.



Se descubrió que una víctima se había tenido que ir del barrio donde trabajaba y no pudo volver, y cuatro jóvenes más que tenían ciertas limitaciones para moverse en la zona —dos de ellos en unas pocas cuadras, uno teniendo que tomar un camino muy largo para coger el bus y otro que no podía ir a un barrio en específico donde vivía su abuela—.

Las prohibiciones tácitas para estar o cruzar por zonas del crimen son un gran factor de riesgo para el homicidio en Medellín. La forma como se han construido (sustancial o experimentalmente) varios barrios en Medellín ha hecho que los jóvenes y adolescentes queden inscritos en el código de grupos criminales que intensifican la pertenencia a unas pocas cuadras.

Aquí también podemos encontrar una dinámica donde hay que reconocer la capacidad de agencia de un adolescente popular: un grupo criminal enfrentado al del barrio o sector puede asesinar a uno o varios adolescentes del mismo; acto seguido, en medio del dolor, otros adolescentes deciden ingresar al grupo o armarse con estos, a veces con la idea de que su vinculación sea transitoria y por la gravedad de la circunstancia. Que un barrio se vuelva el mundo de alguien no parece negativo por sí mismo, pero si ese mundo entra en un conflicto homicida con otro cada año o cada dos años, o si solamente está definido por la amenaza permanente de un mafioso, es algo muy grave.

Son pelados que están por ahí buscando qué hacer, ni siquiera están en las vueltas, pero el solo hecho de estar en la esquina, los van acomodando en los bandos, sin ellos saber. Yo viví eso, estar en la calle es otro asunto, uno se siente a veces hasta en la obligación de estar ahí, porque uno ve como un respeto ficticio y otras cosas que lo seducen a uno, este barrio era una pared, lleno de fronteras, entonces no poder pasar de un lado a otro. En este barrio los pelados se pudren (Efv1b, 2015).

El análisis que hace el primo de una de las víctimas es muy acertado cuando muestra que, aunque su primo sí estuvo en un grupo criminal, muchas veces se asesina a cualquier adolescente que sólo estaba en un lugar codificado por el enfrentamiento criminal.

Historias de pelados sanos que sólo por el hecho de vivir aquí [...]. No estamos hablando de que ni siquiera se toman el atrevimiento de verificar si esta persona sí está inmiscuida en el conflicto de ellos o no. El sólo hecho de que vos vivás en esa cuadra ya sos de ellos (Efv10, 2015).

A veces en los periódicos y en los mismos relatos de la Policía se habla de enfrentamientos, pero desde que se dejó atrás la desmesura terrorista de Pablo Escobar y los ejércitos urbanos de la guerrilla, lo normal no es un enfrentamiento entre dos bandas, sino homicidios selectivos, tal vez múltiples pero sin fuego cruzado. De esta forma, el joven o adolescente popular en Medellín no es asesinado en ningún enfrentamiento, lo que se evidencia en que pocos son los levantamientos de cadáveres donde se encuentran armas.

El hábito de pensamiento de que la víctima de homicidio está muy involucrada en el crimen tiene otra falla: el criminal violento de oficio tiene mucha protección y es muy cuidadoso (por lo que es difícil asesinarlo y, desde una lógica criminal, costoso). Los asesinados del mundo ilegal son los eslabones más débiles, en unos casos, y víctimas de la depuración y los castigos del mismo grupo, en otros tantos. La víctima de homicidio del mundo criminal es débil o había salido de la órbita protectora de la organización o red.

Estos dos factores —el primero sujeto a coyunturas y el segundo como algo estructural— permiten entender el azar y el absurdo de algunos homicidios y a los adolescentes y jóvenes como elementos desechables en una cierta tradición criminal que no permite la salida de su mundo y concibe fácilmente el homicidio como la mejor resolución.

No se aguantó más y se le aleteó [lo confrontó] a uno y el tipo le respondió: así es como mueren estripados (Efv6, 2015).

Más a fondo y para entender el momento exacto —y la escala humana de los cambios y detonantes para el homicidio— hay trabajos que salen mal y conllevan el castigo a un integrante, o un jefe criminal del que no se supo más, y que defendía a la víctima como exintegrante del grupo delincencial. Más allá de los delitos de amenaza, antes de estos homicidios hubo extorsiones, y dos homicidios fueron realizados antecedidos por un corto secuestro.

De Edwin sabemos que fue tirado al río muy lejos de donde esperaron que volviera tantas semanas su hijo y su pareja. Tenía las manos amarradas a la espalda y un golpe en la cabeza (Efv8, 2015). Esto sucedió después de que el hostigamiento altamente agresivo del grupo del vecindario se hizo insoportable. Después de un día cuando lo intentaron llevar al sótano de un edificio, se fue del barrio.

Uno de los muchachos que mandaba aquí en el barrio, que lo conocía desde Moravia, siempre se la tenía montada y la mamá sí había dicho que delante de ella lo amenazó. “Yo a usted no le he hecho nada y si me va a matar me hace el favor y me mata acá. Yo no me tengo que ir para ningún lado”, recuerda que dijo Edwin (Efv8b, 2015).

Davián fue a encontrarse con la muerte, a una reunión con el grupo delincencial al que pertenecía, después de que le dijeron que se entregara por su error si no quería que su familia sufriera las consecuencias. Los mismos integrantes del grupo dieron las señas para que fuera encontrado y la necropsia arrojó que le pusieron una bolsa en la cabeza.

Carlos Andrés recibió disparos y puñaladas en el cuello y en la cabeza. Criminales muy jóvenes fueron primero a buscarlo con el pretexto de un tra-

bajito para cargar arena. Ese mismo día la mamá había intentado hablar con el jefe delincucional, pero no le fue posible; le habían hecho una promesa, luego de dilatar y evadir la reunión con el patrón: “A su hijo no le vamos a hacer nada, madre” (Efv2, 2015).

Conejo fue asesinado antes del amanecer a puñaladas a dos cuadras de su casa, después de ser abordado por numerosos pandilleros. Era de noche, no querían hacer ruido, probablemente estaban muy drogados.

A Kelly su mejor amiga le disparó en el cuello en una fiesta de pocos invitados. Parece que discutían por un hombre, otros pensaron que fue un juego que se salió de control. Lo más probable es que el arma sea de uno de los amigos que sí pertenecía a una pandilla. En todo caso, *malos juguetes* para jugar, pelear o charlar.

Ellas estaban jugando con un revólver [...] se le disparó a la muchacha, porque un muchacho pensó que no tenía balas y sí tenía, y cuando Kelly la tomó no le hizo nada, pero cuando la amiga la cogió, le cayó una bala en la vena de Kelly y por eso fue que sangró mucho (Efv4, 2015).

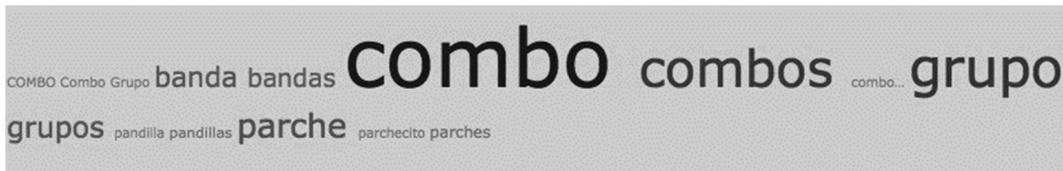
Es que hay muchas versiones: que la muchachita lo pretendía también, entonces por una rabia o por celos le pudo haber tirado. El informe del caso es pasional; para otros fue accidental (Efv4b, 2015).

A Jonathan le dispararon mientras iba en la moto y murió desangrado en el taxi en el que lo llevaba su suegro y su pareja, luego de socorrerlo a pocas cuadras de donde vivían. Dos meses antes había sido víctima de un secuestro de unos dos días por el que sus papás habían pagado rescate. También meses antes se habían ido del sector, pero al ver que Jonathan seguía yendo cotidianamente a visitar a la novia, los papás decidieron devolverse.

IV. De parchar a matar

Combo

La palabra que más se usa en Medellín para nombrar a un grupo delin cuencial desde los jóvenes de una periferia es “combo” (Eexi, 2009-2016). Es difícil encontrarle un sentido único a lo que llaman combo, empezando porque en un comienzo no era una palabra que determinaba crimen, sino multitud, incluso como adjetivo se puede usar para definir a un grupo nume roso de personas. Lo definitivo es que la palabra “pandilla” no se usa.



Nubes de palabras donde claramente se ve que “combo” es lo que más aparece, y “compos” está empatado con “grupo”. **Fuente:** Sistematización de entrevistas hechas para este libro.

Es difícil encontrar la raíz de esta designación sin caer en los extremos de la simplificación y la estigmatización, de lo mítico y lo apologético. Algunas tradiciones pudieron empezar como grupos de jóvenes que se iban a robar juntos, pero también otras pudieron ser espontáneos grupos de autodefensa; y con el tiempo quizá todo se fue transformando, pero normalmente ligado a

un territorio y, finalmente, los que quedaban y seguían entrando o reciclándose eran jóvenes concentrados en un pequeño lugar (Bedoya, 1991).

Cuando llegamos al patio [de la cárcel] el hombre me banderea con el cacique y todo el mundo dice: “Ese pelado pertenece a las milicias”. Como las milicias combatían a las pandillas y esos patios están conformados o manejados por pandillas. Caciques que son jefes de combos. Claro me cogen a mí, por la noche, tipo siete de la noche, me meten a un tanque de agua, envuelto en la cobija me empiezan a torturar (Eexi8, 2010).

Ya en el 96 me vine para Medellín y otra vez entonces estos señores de los MAJACAS²¹ lograron eliminar a todas las pandillas. A todos mis amigos de la Villa los mataron los MAJACAS. Sí, a todos los del combo de la Estación Villa (Eexi1, 2009).

Yo fui criado en la comuna nororiental, barrio Santa Lucía. En esos barrios hay muchos conflictos, han pasado muchas bandas, distintas fuerzas de pandillas. Primero eran pandillas, después milicias, ya otro combo que manda fue criado en ese sitio de problema social (Eexi6, 2010).

Lo interesante incluso para extrapolar el “combo” a las pandillas, donde hay abundantes recursos ilegales y redes criminales sofisticadas, es que es la célula principal del crimen que por primitiva parece ser más difícil de resolver desde una política que apele a lo fenomenológico. El combo es flexible y termina siendo absorbido por redes criminales sin muchos reparos ideológicos: antes de una gran red criminal, alguien podía utilizar su red de con-

21. Muerte a Jaladores de Carros (MAJACA) fue un grupo criminal de Medellín que asesinaba a los ladrones de carros en la ciudad. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-115756> (09/10/15).

tactos para dar un golpe (en Medellín se denomina una “vuelta”) con varios de los integrantes de un combo; luego, fue claro que Pablo Escobar logró articular en su estructura a los combos; cuando la guerrilla hizo presencia en muchos de los barrios de la ciudad, los combos se replegaron o fueron eliminados, pero también algunos de sus integrantes se reciclaron en las milicias; finalmente, con el paramilitarismo y lo que vino después, se pudo haber perfeccionado la territorialidad de Escobar, con agentes clave que tenían la memoria, los contactos y las relaciones.

Por ejemplo, La Terraza eran 380 hombres, era el combo más grande al servicio de Pablo Escobar y luego Castaño desmembró esta banda (Eexi14, 2011).

La relación del combo con una jerarquía mayor y una gran estructura puede ser muy simple e igualmente primitiva, pero tendemos a complejizarla con símiles o analogías: no son contratistas, ni proveedores de seguridad, tampoco hacen parte de una empresa —como si fuera una sucursal— o una franquicia. Se trata de una simbiosis que requiere la concentración y demostración de fuerza del mafioso externo o el criminal enlace, pero que no sigue funcionando en la imposición, ni desde una lógica de financiación (Eexi19, 2011). El joven en el combo no está dispuesto a un maltrato o a una imposición constante, pero reconoce la utilidad del agente externo y le apuesta a una lealtad con la cual ser respaldado para seguir siendo jefe, tener más territorio o más rentas y quizá hacer algunos trabajos extras con los cuales dar grandes saltos económicos —que van desde un viaje al mar, hasta construir un nuevo piso en la casa de la mamá—.

Desde el otro punto de vista, el jefe criminal o narcotraficante puede no encontrar rentable la imposición porque se necesita un puente, alguien dentro de este entramado de poder y control espacial. El esquema de combo

usa el arraigo territorial de un joven que hace parte de una familia que lleva varias generaciones en el barrio.

Él llegaba y ponía a alguien al mando que no era conocido del barrio, los muchachos no le hacen caso a personas impuestas. Eso se gana a punta de amistad, de saber tratar la gente, así se gana el rótulo de líder o jefe de combo [...] (Eexi19, 2011).

La cultura política del jefe del combo termina siendo la de un adolescente que sueña con mandar, ser el jefe y tener gente a su disposición. Los privilegios no están claros y él puede perseverar en esto sólo por la idea misma de mandar, un equilibrio del cual puede no ser consciente: la validación de unos jóvenes del barrio y de alguien de afuera que interlocuta sólo con él.

Siempre que usted vea un combo, siempre tiene que haber una cabeza visible ahí, es el que va a mandar a los otros a que hagan las cosas. En todas partes donde usted vaya siempre va estar eso presente (Eexi15, 2011).

La totalidad del combo se maneja como se maneja el jefe: si es un jefe responsable, los muchachos empiezan a ser responsables. Si es un tipo tomador, mujeriego, los muchachos son así (Eexi19, 2011).

Algo importante que traduce el combo es un espacio cotidiano, ya que se trata de un grupo que funciona como una red delimitada por “su zona”, que se crea en referencia a un espacio y construye valores de pertenencia y propiedad sobre el lugar —expresada en entrevistas a excriminales como “Somos los de acá”, “Cómo va llegar alguien de afuera a caciquear” y “Este territorio nos pertenece”—.

Las rentas generan una división territorial, delimitando que dos expendios de drogas de dos grupos diferentes no puedan estar muy cercanos, o quién puede cobrar extorsiones en cada territorio, pero el jefe del combo

reclama su arraigo dándole una función social que es subjetiva y emotiva. En el micro-espacio (y ese tiempo ínfimo), esa expresividad de disfrutar en el barrio, socializar, sentirse importante y estar dispuesto a reproducir esa importancia, ejerciendo autoridad o dando una limosna, pasa rápidamente a un antagonismo que está alimentado por una tensión aprendida de que afuera del barrio hay incomodidad y peligro.

En el caso de eso [de una agresión], nosotros estábamos con los de arriba, con nuestra gente (Eexi,13 2011).

Antes los muchachos, los jóvenes, defendíamos nuestros territorios a punta de palo y puñal y piedra o pepas de aguacates. Ahora es diferente ese cuidado territorial, pero ya es con armamento diferente y sofisticado que es utilizado por los narcotraficantes para dar apoyo a ese combo de muchachos para que empiecen a ganar territorio (Eexi20, 2011).

Es que eso de apoderarse de un territorio funciona así: esto es un barrio y siempre hay alguien que empieza a coger poder y a bravear a todos por ahí; y a otros no les gustó; y empiezan a moverse fichas. Es por tener enemigos cerca, por eso se apoderan de lugares. No pueden vivir de cerca. Y eso ha estado desde antes de Pablo Escobar. La guerra por territorio primero fue por enemigos, por lugares, por peleas heredadas, luego por plazas (Eexi19, 2011).

La comprensión de alguien que vivió la violencia criminal muestra que las cosas tienen una especie de tradición y una inercia de una fuerte costumbre. La costumbre no se puede interpelar y no tiene una lógica que explique mucho por qué son así. Incluso porque se señala que se “cogía un barrio”, se apropiaba de un territorio incluso antes de las drogas. Puede que la configuración del territorio fuera violenta aun antes de las rentas criminales y lo que es seguro es que el recurso de la violencia está arraigado y de fácil acceso en el repertorio.

Cuando se le pregunta insistentemente a un expandillero si no es un despropósito la violencia entre dos barrios y los costos en que incurre una pandilla para apropiarse de otro barrio, aprovecha su distancia por la resocialización y la adolescencia que de forma prematura queda atrás, para negar esa lógica según la cual “el barrio nos pertenece”.

Todo eso lo impacta a uno, porque es uno matarse por un sector que eso no es de nadie. Eso es espacio público (Eexi12, 2010).

Los órdenes espaciales preestablecidos son destruidos y reconstruidos todo el tiempo, se trata de circunstancias sociopolíticas e históricas, pero también de la diaria intersección entre los lugares que se perciben, se recorren y se construyen (Gupta y Ferguson, 2008). Las relaciones de configuración espacial no son jerárquicas, ni tienen un inicio o un fin, más bien funcionan como heterarquías en las que no hay control absoluto de un todo sobre unas partes (Castro-Gómez, 2007). No hay una sola forma de construcción espacial, ni un sentido teleológico, más bien debería entenderse como diferentes configuraciones que se dan en una permanente correlación de fuerzas, entendidas más como posibilidades y limitaciones que como conflictos.

Dos cosas parecen influir en esta construcción constante de los lugares: la primera, los poblamientos irregulares de muchos de estos barrios de la ciudad, la construcción de antagonismos en la parcelación (a veces ilegal) y la diferenciación y marcación en espacios barriales; la segunda, la interacción cotidiana en estos lugares, más bien desde adentro. Es en esta segunda donde los jóvenes han dejado una huella histórica en la construcción de la ciudad, siempre arrebatando o moviéndose hacia el vacío en una periferia no detectada y no reglada.

La espacialidad, el uso y la costumbre que se da por el vínculo entre los adolescentes en nuestro orden y cultura tiende a ser transitorio, pero las pandillas lo coagulan cuando (casi que por definición) están en riesgo por causa de un agente externo y presionadas por otro o por el mismo. La pandilla hace que ese casi ritual o gesto ampliado en el espacio se prolongue en edad para algunos y sobre todo que se genere una espacialidad con un código que siempre está reciclando adolescentes y preadolescentes. La pandilla y su costumbre barrial, en nuestro contexto ligada al narcotráfico, hace las veces de una costra que no está cicatrizando, sino que su función es seguir ahí (con algo que la rasga).

De alguna manera, el fenómeno que se denomina “combo” muestra que hay una construcción de lugar por los habitantes, tanto como por jóvenes armados, ambos desde adentro del territorio, esto en una permanente interacción con un exterior donde hay instituciones, fuerzas de mercado, pero también otros actores armados ilegales que cuentan con finanzas y estructuras del narcotráfico.

El combo es poroso y funciona por capas. Normalmente, en el centro del combo delincencial puede haber uno, dos o tres sujetos con capacidad y estrategia violenta. Los del núcleo tienden a estar en contacto con un miembro de una red criminal sofisticada. Además, incurren en homicidios y amenazas. En la siguiente capa pueden disponer o predisponer a jóvenes y adolescentes para un enfrentamiento y sujetarlos a una creencia identitaria construida desde los antagonismos cotidianos. Estos mismos pueden servir para vender droga y extorsionar. En la tercera capa hay un sistema de pequeños trabajos: guardar, organizar y llevar drogas, dinero y armas de un lugar a otro. En la cuarta capa están los que ayudan con trabajos como avisar si viene alguien,

incluida la Policía, y a veces pueden tramitar otro tipo de información o estar pendientes de alguien en especial. En la quinta y última capa, que puede abarcar todo el territorio, está la socialización pura con tres tipos de sujetos (normalmente jóvenes y donde empiezan a aparecer, sin ser mayoritarias, también mujeres): los consumidores habituales de la plaza de vicio, los que participan de la fiesta sin necesidad de ser adictos, ya sea consumiendo drogas o simplemente alcohol, y los que socializan de forma breve —pasan, saludan, se sientan, conversan—.

Cuando se habla de un combo o una pandilla, lo territorial —como algo objetivo— se conjuga con dinámicas poblacionales —como la socialización— y asuntos de una subjetividad intensa, con algo que conceptualmente hace más difícil lidiar con el crimen: la amistad. La amistad entendida acá no como la simple fiesta o socialización, sino como algo que puede definir el núcleo del grupo y la perspectiva y aparato emocional y moral del jefe.

Hay una intención, un romanticismo y, finalmente, una creencia con respecto a la amistad. Esta no suele estar definida por un actor criminal externo o por un adulto, sino que se da entre ellos mismos, lo que implica no que la pandilla sea necesaria o buena, sino que hay unos propósitos (más culturales que económicos) que son válidos y legítimos y que se podrían canalizar de otra manera si hubiera menos opresión y una seguridad que cobijara también a los jóvenes de periferia, y no solamente actuara contra ellos.

El mafioso tetraquías no tiene amigos, tiene trabajadores. Los combos sí son amigos. Pero cuando “es por sangre”²², por amistad, es más difícil (Eexi19, 2011).

22. Por parentesco.

En medio de las presiones, encontrarse en un grupo y desarrollar la creencia de que este lo mantiene a salvo es definitivo para construir una idea de amistad. Consiste en desarrollar vínculos con otros jóvenes o adolescentes en su misma situación —que igual se hubieran desarrollado afuera del grupo o en otras circunstancias—, pero en medio de unas certidumbres que, en una coyuntura y en una situación de exclusión, sólo eran viables en la pandilla. Dependiendo de las crisis, de la intensidad de la violencia y del estrés que se viva al interior del grupo, el relato puede variar.

Para entrar a un combo, puede ser recomendación, por un amigo, muchos entran por amigos. Y los muchachos del barrio que van escalando posiciones, lavando carros, haciendo de jíbaros, haciendo vueltas. Nunca he visto reclutamiento a la fuerza. Ni en el paramilitarismo. Una cosa es un ejército, que son pagados, y reclutan, pero un combo no se forma así, eso son amigos que se van pegando (Eexi19, 2011).

Espontánea o inconscientemente la red criminal aprende a usar el tejido social porque está en el pequeño espacio donde se desarrolla la cultura. Termina entonces canalizando intereses, deseos o tradiciones que fluyen de forma muy natural y terminan relacionándola con algo que le sirve o le da injerencia sobre un territorio, una población general y una población específica.

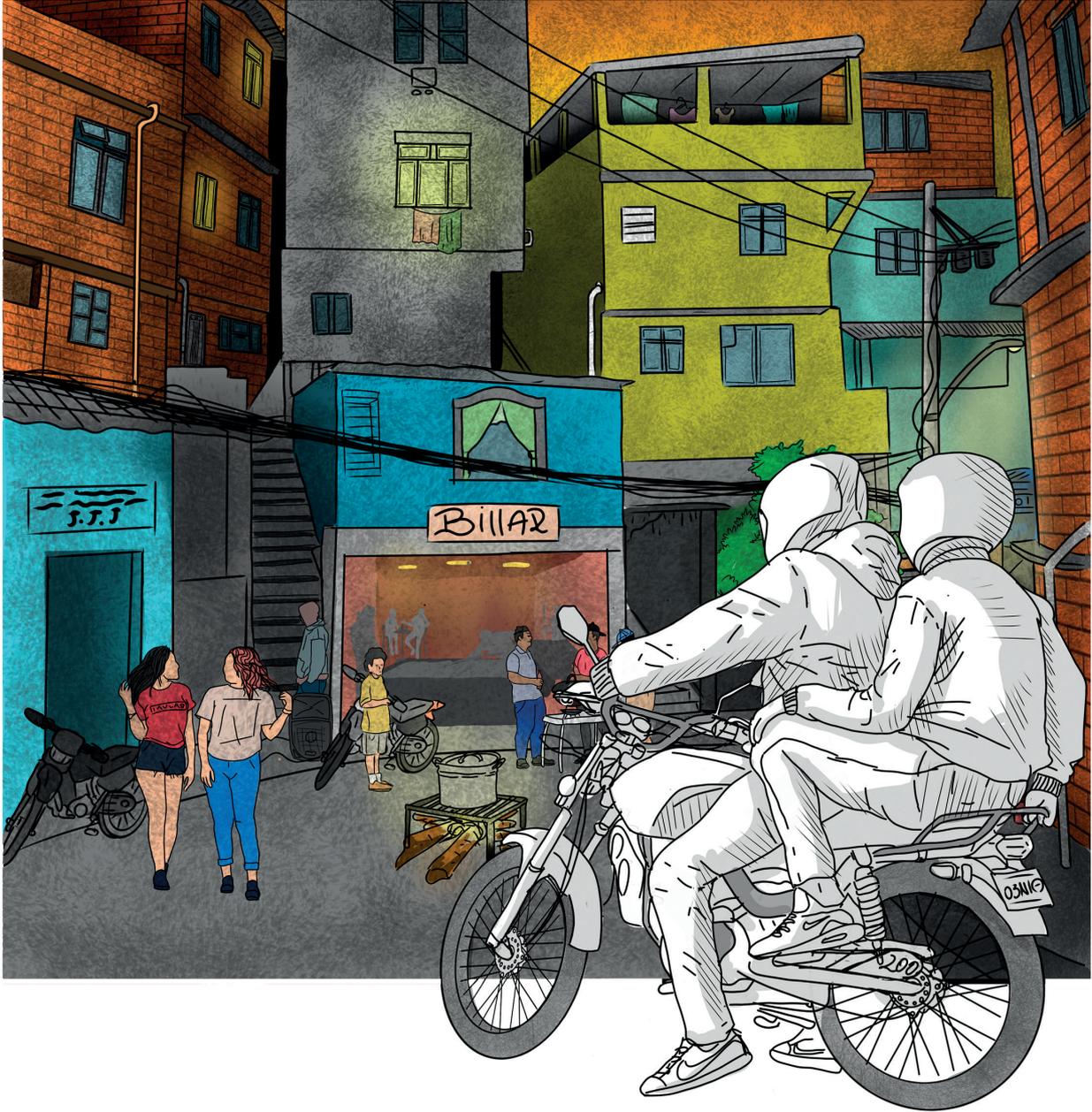
Las distintas formas de agrupaciones entre jóvenes son inevitables y necesarias. Encontrar sentido, trascender la familia, ser alguien por fuera del arbitrio maternal, lidiar con las búsquedas identitarias, desanclarse por fuera de las dinámicas de control institucional, hacerse cargo del presente cuando en todas partes su identidad está proscrita a futuro.

La lógica del adolescente no es absurda, ellos tienen la capacidad de acumular experiencias, información e historias recientes o largas y calcular co-

rectamente, en muchos espacios, que el riesgo de que implique violencia es mucho más bajo que la gratificación inmediata de la socialización. El grupo es necesario para agenciar un presente y este absorbe las condiciones de un campo o se forma con estas condiciones que, para lo que se analiza, es violenta.

El combo es una máquina de socialización y por eso no se puede combatir desde el enfoque de rentas y se regenera, resiste o reaparece, tras una operación policial con múltiples capturas. Después de un operativo donde se realicen capturas, el crimen violento aprovecha el vacío y con muy pocos integrantes, y quizá con una nueva visita de un agente externo, se vuelven a establecer rutinas que le va dando forma y va encapsulando cotidianidades, haciendo que se puedan usar más adolescentes y jóvenes de los que un conflicto criminal o negocio de violencia necesita.

Las autoridades locales o la alcaldía tienen el problema de entrar y salir de los territorios; y así pasen varias jornadas o varias semanas en un barrio, pueden no entender las micro-relaciones y las dinámicas en baja frecuencia. A veces puede costar hacer poco y lo más fácil es no hacer nada; de alguna manera, se trata de concepciones distintas del tiempo. Para el adolescente y el joven de la periferia de Medellín es natural ver pasar el tiempo y estar en un espacio reducido sin que nada cambie y esto constituye una especie de resistencia. En esa especie de letargo ellos son capaces de acostumbrar al barrio a ciertas disposiciones que puede usar luego un pandillero como fuente de impunidad o como lealtad.



No morir y tener sexo

En este punto resultan relevantes unos testimonios (relatos de adolescentes y de expandilleros) para entender la dimensión micro-espacial y liberar la socialización para que el crimen violento no sea intermediario de la amistad y el erotismo. Sin duda, y en una amalgama compleja, tal situación, de forma rudimentaria, encierra aspectos de la vida algo contradictorios: junto a la socialización está la seguridad, junto al deseo está el miedo. En el día a día hay miedo de algunas personas que están en la plaza de vicio y a la vez deseo de estar allá con ellos, entonces con un poco de seguridad (para nuestro análisis proveída por una mafia) puede viabilizarse la socialización.

Los adolescentes sufren atropellos, violencia y amenazas y cargan con la indignación y el dolor, aún mayor, de ver a familiares y amigos asesinados; entonces, analizando al adolescente como tomador de decisiones, hay que poner junto al instinto de supervivencia otra fuerza mayor, de las pérdidas, de los efectos, de los símbolos de la atrocidad: el dolor, la rabia, el rencor y, en algunos casos, el deseo de venganza.

Yo me acuerdo pues que eran puras organizaciones de limpieza. Uno se sentía como cuando uno tiene... como cuando uno está acorralado, como si fuéramos... yo me veía a nosotros como gallinas, de todos nosotros. Una vez a la semana o dos veces a la semana uno oía mataron a... amigos de uno ¿cierto? Entonces uno simplemente uno seguía en la vida de uno como que tan normal, a mí se me estaba volviendo normal [...]. A lo último, uno iba pasando y uno decía: “¡Jueputa! ¿Cuándo va a tocar mi turno? Ahh, mataron a Fulano, mataron a Alexis, mataron al Verrugas, al que me enseñó a mí a lustrar” (Eexi8, 2010).

Si el detonante más intenso y el acelerador de carreras delincuenciales puede ser la búsqueda de protección, el principal factor de prevención tiene que ser dar toda la seguridad a los jóvenes y adolescentes de los guetos criminales o lugares que se convierten en motivo de disputa criminal. Este proceso conlleva a una responsabilidad estratégica: intervenir sin poner en riesgo a un joven y sin atropellarlo. Lo más desafiante de instalar una cultura institucional es reconocer estos territorios, pobladores y jóvenes como objeto destacado de su servicio (rompiendo así cualquier rastro del clientelismo de la seguridad)²³.

La paradoja de la seguridad es común en el homicidio: esa lógica de “¿él o yo?” que hay que sacar de la cultura. Reducir los homicidios es, primero, solucionar los factores objetivos y sustanciales del acceso a la seguridad y la justicia, sin detenernos en justificar nada o en pensar en la legitimidad de las explicaciones de un victimario, y segundo, casi en paralelo y a través del ejemplo, resolver los factores subjetivos (que son emocionales, pero se asientan en la cultura y en una moral).

23. Quizá la cultura y la información tienen un rol tan diferente, y a la vez intenso, que el concepto de clase ya no es tan preciso, pero lo que sí es comprobable es el discurso institucional y político clasista. La Policía, por su parte, sí absorbe una presión de grupos de interés que pertenecen a una élite o tienen especial influencia en los políticos y conjugan esto con las ideas conservadoras de la “gente de bien” (Sirimarco, 2012). Cabe aclarar sobre las “clases sociales” en Medellín, que existe la costumbre de usar el estrato, una ubicación, para definir el nivel de pobreza y que se ha instalado en el lenguaje como exageración y burla, pero cada vez es más posible que una familia de estrato 4 tenga menos ingresos que una familia de estrato 2; sin embargo, por el lugar de ubicación es más factible que el adolescente de estrato 2 sufra la violencia policial.

Lógicamente hermano llegó un momento que tuvimos un enemigo, había alguien cerca de la esquina donde nos manteníamos que en ese entonces el hombre era como un escolta no sé de quién, un día llegó el hombre borracho nos amenazó y nos trató mal, me hizo disparos a mí, pensé, “era él o yo”. Llegó el momento lo cogimos solo y tuvimos una disputa que parecía el oeste y lo correteamos como cinco cuadras hasta que le dimos de baja, eso fue antes de la muerte de mis amigos. Eso no lo justifica a uno volverse matón porque es mi vida o la del otro, uno nunca piensa que si hago esto qué va a pasar después... puedo dejar que los amigos de él vengan y me busquen y más violencia (Eexi16, 2011).

Vea yo le voy a contar por qué fue que me metí y empecé a empuñar un arma y todo: por bajarme a una persona de encima que me la tenía montada, y eso lo toca a uno mucho, ¡me la tenía montada! Me la tenía al rojo vivo. Y uno con miedo a toda hora. ¡Qué pereza! Otro ultrajándolo a uno físicamente, eso no aguanta, y yo era un pelao serio, pero eso me llevó a conseguir un arma e irlo a matar (Eexi17, 2011).

Una mala actuación policial puede acelerar la vinculación de un adolescente a un grupo delincuenciales o inclusive criminaliza a un adolescente al punto de que pasa de ser un consumidor o un infractor leve a estar armado y vincularse a un grupo delincuenciales. El ingreso del adolescente suele ser voluntario, pero no libre, porque siente como única opción la integración en un grupo criminal que le brinda protección, aunque a cambio lo obliga a cumplir funciones de extorsión o de venta de drogas.

Uno de los entrevistados cuenta que en los años 90 entrar y salir de su barrio, o inclusive moverse dentro de él, era tortuoso: su barrio estaba militarizado y él le parecía muy sospechoso a la Policía, razón por la que se lo llevaron dos días para una estación; las requisas eran largas y un par de

veces lo golpearon, una de forma grave, porque se quejó airadamente. Del otro lado, un conocido que había sido su vecino de siempre, le proponía que entrara a una banda y un día se decidió a hacerlo, pero después de padecer muchas situaciones en las que se sintió acosado por los policías, que estaban convencidos de que él era criminal (Efv8, 2015). La lógica acá es muy clara: *Si estoy teniendo todos los costos de estar en una banda criminal, pero no los beneficios, más me vale ser parte.*

Las políticas de “mano dura”²⁴ crean ciclos de violencia y de inseguridad que parecen dar resultados emocionales rápidamente a través de los medios de comunicación, y así generar sensaciones de seguridad muy efímeras y, además, muy costosas de mantener. Como normalmente son reacciones aceleradas, suelen generar equivocaciones graves; y, además, militarizar una zona puede ser inviable durante muchos días y los operativos pueden significar un despilfarro de dinero si las investigaciones no cuentan con el tiempo suficiente.

Este tipo de intervenciones, y la práctica de generar resultados escuetos como incautaciones o capturas (indicadores de gestión o de operatividad sin un fondo), pueden generar una presión sobre los eslabones más débiles de una cadena criminal, como son los jóvenes expendedores de droga, que no tienen mucho conocimiento del negocio y muy poca o ninguna información de la red criminal, pero que sí están mucho más expuestos por las reconfiguraciones claras de un grupo que ocupa el lugar de otro o por disputas al interior de la red criminal por el reemplazo de un jefe.

24. Órdenes dadas por un gobernante que buscan un resultado rápido a partir de la fuerza y que apelan a la emotividad de la rabia —sobre el castigo y un enemigo—.

Generar debilitamientos en las estructuras criminales es siempre deseable, pero lo más importantes es que sean reales, que se proceda con la máxima protección de la población, haciendo las prospectivas sobre reacciones y capacidades violentas de los criminales y, finalmente, que sea sostenible. La represión genera una comodidad en algunas burocracias que ven justificados su centralidad y los recursos humanos y de todo tipo cuando insisten y se conectan con la opinión popular de que la amenaza a resolver requiere de su violencia.

Esos mismos hombres de los que yo le hablo —afectadísimos por lo que estaba pasando— se armaron de armas, de valor, y ellos mismo un día dijeron: “Ah no, no nos podemos dejar tratar así, vamos a darle de baja a toda esa gente”, ¿si me entiende? Ellos mismos tomar la justicia por su propia mano, porque se podía llamar la Policía cien veces, y esa no iba hasta que se les decía que había que recoger un muerto; la Policía no iba cuando estaba la balacera, la Policía ya iba cuando tenía que hacer un levantamiento de cadáver (Eexi8, 2010).

Ya empezaron a tratar con la familia, que nos iban a hacer abrir la familia, entonces ya... no, ¿cómo así? ¿Van a empezar a acosar a la familia nuevamente? Entonces yo dije no, ya me voy a meter ya de lleno a esto... el que se mete con la familia mía, yo también me meto con la familia de él [...] (Eexi18, 2011).

Se observa un tránsito a una justificación ligada a esa situación considerada injusta e inaguantable que se acumula y luego detona de una manera clara: tomar un arma, hablar con el grupo o matar. El sentimiento vuelto honor de proteger a la familia, levantarse para proteger un lugar, empieza con una asociación de dignidad, continúa con sentirse útil para la comunidad y termina en sentirse dueño del territorio. Las prácticas identitarias emergen entre oposiciones y tradiciones —en micro-espacios— deformando lo públi-

co y las maneras o procedimientos de lo privado (de ser dueño o propietario de algo). De ser muy vulnerable, el adolescente puede pasar a sentirse poderoso y, seguidamente, la tentación siempre es legitimar ese poder con una idea más envolvente: ya no sólo se está poniendo a salvo, sino que pone a salvo a un barrio.

Esas son cosas que desde pelado lo enamoran a uno: los medios de comunicación son impactantes uno quiere convertirse en un “superman”. Los mismos medios le muestran que los delincuentes son los que salen vivos en las películas, se quedan con las bonitas, todas las historias de delincuentes en los medios son historias felices (Eexi16, 2011).

Tomando cierta distancia, un postpenado es capaz de mostrar lo infantil de las sensaciones heroicas en el crimen. Se entra jugando con unos repertorios morales de valor, hombría —determinación ligada a la violencia— que hacen que la reflexión no sea larga ni incluya las profundas paradojas que existen en la vida real.

Al poco tiempo, se va creando un código que aparece en el relato del ingreso, pero que muchas veces se ordena y hasta se desarrolla en la relación con otros miembros en el poco pero eficaz material discursivo al que se está expuesto: “Tampoco nos vamos a dejar maltratar”, “No podemos dejar que se nos metan al barrio”. Aunque no sea un concepto demasiado elaborado, el barrio no es una palabra técnica para definir una simple extensión o espacialidad.

Le puedo decir que por allá esa gente no puede volver porque, así como ellos tenían de plata, yo tenía de amigos, ellos podían tener mucha plata, pero yo tenía todo el barrio a mi favor. Carro que entrara raro, carro que devolvían, porque me buscaron mucho (Eexi11, 2010).

En las entrevistas —que se convierten en largos diálogos— se termina hablando de la relación de reciprocidad con un vecino, a veces una relación hipotética, a veces por un acontecimiento puntual o por una petición de alguien; de una creencia, un hecho aislado o las conjeturas por los gestos —o algo que se dice— termina siendo importante la idea de ser útil para la comunidad. El vacío constitucional del Estado permite esto durante unas épocas y lugares concretos. Curiosamente, un mismo entrevistado que dice que era apreciado por la comunidad o que le prestaba un servicio, reconoce que hacía parte de una red de narcotráfico, pero esta no la envuelve en creencias o determinaciones, sino que la considera algo externo, totalmente ajeno a sus orígenes, y que él no puede cambiar, que depende de otra élite.

En la historia de Medellín, los grupos criminales terminan siendo encapsulados o articulados por organizaciones más grandes, que a su vez pueden instalarse en alguna coyuntura histórica del lado de una idea política o simplemente al servicio de un gobierno o algún político, pero lo interesante es notar que antes de que esto ocurriera, y de manera muy auténtica, un pandillero era capaz de desarrollar un discurso y una justificación política con respecto a los delitos que cometía o la violencia que ejercía.

Como es común en los discursos heroicos, aquí vuelve a aparecer el lugar o la concepción de las mujeres y una especie de idea galante de usar la violencia en su defensa; o, en otro sentido, achacar la violencia a un episodio de celos. En ocasiones se entiende la disputa criminal por el territorio como únicamente ligada a las rentas, pero a veces el relato del actor criminal en el territorio se ve más atravesado por lo poblacional y menos relacionado con un interés económico. Esto combina todo tipo de ideas aparentemente sofisticadas, como el servicio a la comunidad y el amor al barrio, y anticuadas y

peligrosas, como que hombres de otro barrio cortejen a las mujeres del barrio propio. El encargado de un programa de resocialización respondía una vez a la pregunta de *Por qué unos pandilleros se mataban por unas escaleras en un barrio periférico*, diciendo que no era por las escaleras sino “por las mujeres que pasaban por esas escaleras”. Esto no es ni cierto ni falso, sino que efectivamente se puede creer desde adentro o desde afuera y existe la emotividad de que tienen un privilegio que pueden nombrar como “derecho” por ser los del barrio (aunque esta también sea una pertenencia armada o violenta) y genera un aliciente para que otra pandilla no socialice en su territorio (y para dificultar que otros jóvenes y adolescentes ingresen al barrio a incumplir con las consideraciones que los ponen por encima de otros jóvenes desarmados).

Uno de los combos de arriba de los Populares nos comienza a hostigar a nosotros, ¿por qué? Porque de pronto si bien robábamos, nosotros no robábamos en el barrio, no nos bandereábamos ¿cierto? Y ante el barrio muchos estudiábamos y muchos trabajábamos. Entonces los pelados que trabajábamos y estudiábamos éramos muy bien vistos por las peladas, en ese tiempo les gustaba... a las peladas, porque no todas eran así, pero pongamos las peladitas que a ellos les gustaban, que eran de por la casa, eran monitas, muy bonitas, pero las peladas eran fascinadas con nosotros. [...]. Por nuestra forma de ser, porque se criaron con nosotros desde pequeñas y porque ellas nos decían: “¡Ay!, ustedes son tan sanos, tan trabajadores, tan juiciosos”. Entonces los manes comenzaron a sentir ese odio hacia nosotros, envidia. Entonces ellos comenzaron también taque taque a matar a los pelaos. Todo iba bien... daban de baja porque el pelado tenía muy buena pinta, porque tenía una moto muy bonita, entonces los atacaban, además que si tenían novias bonitas se las trataban mal... los muchachos, los que yo te hablo, llegó un momento que a alguno le mataron al

hermano, al vecino, a los hijos, a los amigos, lo que fue común... Se convirtió en una cadena grande de tristeza y de dolor; de hacer un acompañamiento a un velorio (Eexi8, 2010).

En el anterior relato se mezclan, de nuevo, la muerte y el erotismo en las dinámicas de pandillas. Habiendo desmentido en un capítulo anterior que a las adolescentes les resulta particularmente atractivo un criminal, vale la pena revisar otra vez la percepción del pandillero.

Yo vivía enamorado de una pelada que trabajaba en un bar, pero se sabía que era enamoramiento solo viéndola tan linda, porque no me iba atrever a decirle algo, porque no era para mí. Todo eso cambió cuando me metí al parche porque ya las mujeres lo miran a uno distinto. La fama mata mucho, a veces para ese tipo de cosas es buena, porque dicen vea ese pelado cuando subió ese carro lo atracó y se ganó como dos millones. Entonces las peladas piensan que es un duro, o porque mató a alguien ya dicen ese es del combo de tales y así. No sé por qué esas cosas malas atraen a las mujeres (Eexi7, 2010).

Aquí hay una idea marcadamente machista que pareciera relacionada a ese discurso de que “a las mujeres no les gusta que las traten bien” o que “se enamoran del hombre que las hace sufrir” o, como mártires, quieren reformar a alguien. En una de las entrevistas a un pandillero surge naturalizado el relato de una violación de la que fue testigo (Eexi22, 2016); puede que no surja más veces por carecer de cualquier discurso que la legitime y no querer el entrevistado poner en entredicho su reputación. El pandillero o expandillero quiere imaginar que enamora a las mujeres del barrio, dentro de su idea de la supervivencia, de la fuerza y del heroísmo.

Las recompensas de pertenecer a una pandilla claramente están asociadas al acceso a las mujeres (Rubio, 2007, 2007a), dando pie a sensaciones de

macho alfa. Pero antes hay que definir que lo importante es la percepción y cierta propaganda: los expandilleros se dan cuenta de que algunas mujeres, sino la mayoría, los evitan, entonces puede ocurrir un autoengaño o también el artificio de que un jefe externo al barrio invita a una fiesta y paga por prostitución.

No obstante, hay que analizar también la importancia y lo sustancial de la frustración al estar por fuera del combo, desempleado y en un barrio aislado. Fuera de que las posibilidades de entablar una relación con alguien por fuera del barrio son nulas, las mujeres del barrio pueden aspirar a hombres de otro barrio, lograr una mayor movilidad y así generar dinámicas donde el adolescente observa que alguien llega en una moto y recoge a la mujer con la que tiene intensas expectativas románticas.

Los adolescentes que ingresan a combos o pandillas quieren ser admirados o deseados como cualquier otro adolescente, pero como ese mecanismo no es claro o sencillo se reduce a algo que distorsiona toda idea romántica: ser respetados. En la cultura política regional o en las tradiciones fuertemente machistas y a veces ligadas a lo rural y a nuevas ideas de una cultura de la militarización, ser respetado es ser temido. El lugar de la estima, del cariño, se confunde con ser temido, convirtiendo la sensación de aceptación en algo mecánico, que es el peligro de no ser tomado en cuenta (donde ya no hay franqueza, pero se confía en el atributo de valentía o temeridad como la reciprocidad para esos tratos cuidadosos o especiales).

Cuando se le pidió a un desmovilizado de las AUC que explicara por qué los homicidios en los barrios no son rentables, dijo que se trataba más de defensa propia, pero también que se estaba luchando por el respeto (Eexi17, 2011).

Es que además uno se quiere ganar el respeto. Más que todo es por el respeto, porque si usted vuela y no lo respetan también le dan, sin el respeto de los demás uno no es capaz de hacer las cosas, hay que tener las güevitas bien puestas (Eexi17, 2011).

En esta cultura política tiene un lugar central “ser respetado”, lo que conlleva un orden, una jerarquía, y, sobre todo, un dominio. A pesar de que algunos entrevistados fueron jefes criminales en su barrio, y de alguna manera fundadores de un grupo ilegal, siempre terminaban por tener a alguien externo superior que asumían como si se tratara de una jerarquía²⁵.

Se sella el compromiso con un hombre mayor vinculado al crimen, diciendo *pa’ las que sea*. Una energía y disposición incondicional, que le da a este jefe la posibilidad de no ser cuestionado, de que el otro acate órdenes sin pensar y sin preguntarse, supeditando cualquier inteligencia o astucia a la manipulación por sus superiores.

Esta etnografía permite rastrear un discurso muy gestual de quedar bien con el patrón, de ser su preferido, de nunca dudar de esa autoridad y nunca negar una jerarquía. Estos se van volviendo los rasgos conservadores y atávicos de criminales jóvenes y adolescentes. Se empieza a reproducir tal conducta para esperar, de otros abajo en la jerarquía, lo mismo. Sólo los que salieron del grupo —y quizá después de que pasa un tiempo y construyen un discurso de alternativas al delito— se preguntan por la injusticia del que manda en cuanto a castigos y privilegios. No es común en los relatos que se comparen ingresos monetarios o privilegios. Más aún, en un discurso plano,

25. Palabra usada como adjetivo para “viejo” o como sustantivo para “papá”, pero que en una jerga criminal puede querer decir “jefe”.

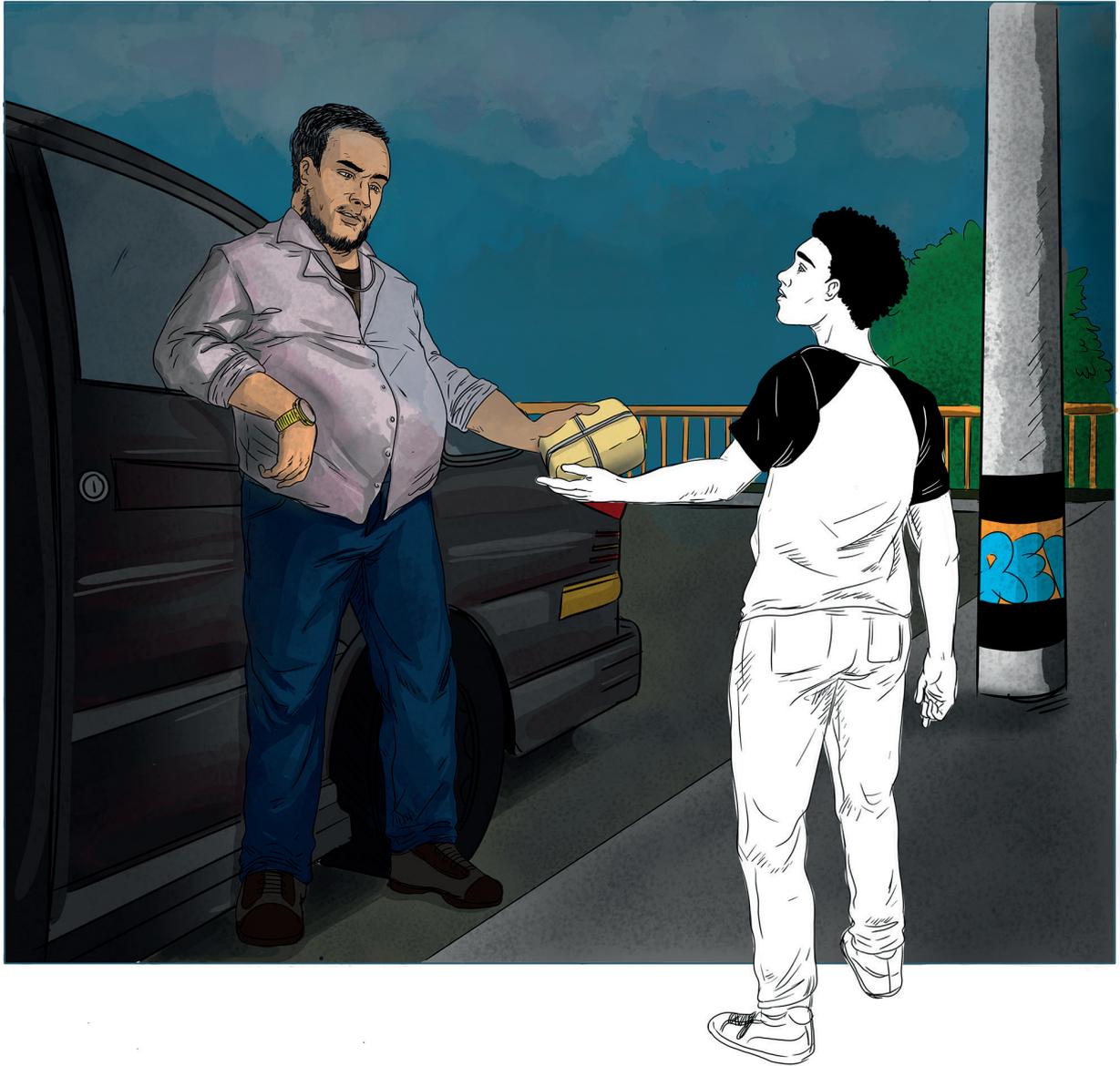
sin asombro o hipérboles, va quedando claro que en el crimen la sanción es la muerte, que la vida de uno le pertenece al jefe.

A mí me iban a matar, me tiraban al suelo y me pusieron una pistola en la cabeza, y el jefe —que en paz descansa— me tenía a mí tanto en la buena que me dijo: “Pipe yo qué hago con vos gonorra, yo qué hago con vos”. Yo: “Dame una oportunidad, yo no sabía que los manes eran así, así”. “Pero cómo van a llegar a mandar en lo mío, si yo soy el que manda, entonces ellos cómo van a llegar a terapiarme los pelados y mandar donde no es, que respeten”. Él no sabía eso, fue donde me dio la otra oportunidad: “Vea yo lo iba a matar —y tun tun— pero yo no sabía que a usted lo mantenían también carrereado”, que esto y lo otro. Bueno, me dio la oportunidad (Eexi9, 2010).

Ese *pa’ las que sea* es morir y matar por alguien, es entregarse a ese vínculo ante la escasez afectiva e identitaria y demostrar un valor después de ser reconocido, notado —por primera y quizá por última vez—.

Hay una especie de tentación argumentativa con respecto a hablar de paternalismo y relacionar la ausencia del padre con la figura del jefe criminal. Lo que se comprueba en el desarrollo de este estudio es que esto sería forzar la evidencia para que quepa en una categoría conceptual. Hay un deseo inmenso —por un adolescente usado en el crimen— de ser descubierto, luego ser útil y, finalmente, ser reconocido. Más que una figura paternal, lo que se quiere es pertenecer a algo.

La obediencia a un jefe criminal ha sido algo inescrutable en las entrevistas: las preguntas no abren análisis o explicaciones; incluso los entrevistados no son conscientes de ese rasgo sumiso en sí mismos.



Hervir un sapo

Las historias de vida aquí registradas permiten comprender que la violencia no es una respuesta a la pobreza, sino a otra violencia, y se vuelve una gran justificación: una violencia instalada o previa es la percepción que más se repite. Esto, en todo caso, es la construcción de un discurso de *por qué fui violento*, y se construye en retrospectiva, por lo cual la causa y efecto de la violencia no es, en la mayoría de los casos, la narrativa de los comienzos delincuenciales; el relato del exacto comienzo puede ser mucho más insipiente.

En un lugar que se torna cerrado y que empieza a estar saturado por la idea de la confrontación violenta, la dinámica del ingreso al grupo no es una acción puntual, sino gradual, y se puede entender más si el grupo entra al propio espacio cotidiano. Se trata, más bien, de un cambio de disposición que lleva a actividades concretas o símbolos claros, como tener un arma. Esto hace que la pregunta por la violencia aparezca después del ingreso al grupo y que una distancia con la misma y una deshumanización del enemigo —en el fragor de la confrontación o en la imaginería del enemigo— haga moralmente llevadera la idea de matar.

Una historia que puede empezar a los diez u once años cuenta la fascinación por un lugar en donde simplemente parqueaba una camioneta, salían de una casa y ponían una olla, ponían música en la camioneta, y de ahí surgían las propinas y los regalos. Pronto el preadolescente siente que surge una estructura (o se hace consciente de ella) donde hay jóvenes de distintas edades a los que entiende que tiene que tratar con cierta consideración, pero el hombre de la camioneta tiene línea directa con todos los que se acercan y

al niño lo manda a comprar algo. Recuerda que la primera vez fue algo de la *revueltería* (pequeño negocio de venta de frutas y verduras), la segunda vez fueron unos cigarrillos y la tercera vez licor. La propina no era muy grande, pero era mucho para un mandado que cualquiera haría solo por respeto o por distraerse (Exi12, 2010).

Se puede estar de acuerdo en que el involucramiento de un niño de diez años, como se narra en esta historia, muestra un fracaso como sociedad, así como las escasas opciones para decidir que tiene en lo que cómodamente se podría llamar comienzos delincuenciales. La imagen del reclutamiento es insuficiente, pero la de la determinación de un niño —en este caso— para entrar, es totalmente incorrecta. Quizá lo principal es que no hay un momento decisivo para entrar, porque tampoco hay un afuera y un adentro, hay vecindarios que están encapsulados en una pandilla o un combo, entonces se nace dentro de su influencia y se requiere de mucho esfuerzo para poderse zafar. El grupo, por supuesto, te puede descartar, pero desde la perspectiva de los diez años se trata más de un azar en el que se siente como predestinado, y la decisión es de otro que tampoco razona mucho cómo usar, seguir usando y articular a un niño. Son básicamente episodios desarticulados donde el niño está fácilmente disponible.

Este mismo joven recuerda cómo se entendía el territorio, la calle, la noche, donde se podía estar disponible para una pequeña tarea, para *un mandado*, o expuesto a ser amenazado o agredido, por la fuerza pública u otro grupo criminal que avanza desde otro territorio. Cuando se le pregunta por qué se quedaba en la calle, lo primero que enuncia es la curiosidad.

Curiosidad simplemente. Me quedaba con los amigos por ahí jodiendo, tranochando, en diciembre nos quedábamos toda la noche decorando la cuadra,

sí hacíamos por ahí una fogatica por las noches. Nos quedábamos era jodiendo. Nunca pensando en lo malo, sino de mera inocencia ahí pasándola bueno (Eexi12, 2010).

Uno o dos años después el mismo señor barrigón de la camioneta le ponía otra tarea simple de llevar un paquete a otro barrio, muy bien envuelto en papel café y con mucha cinta. A la semana siguiente ya uno de los jóvenes más grandes que revoloteaba siempre alrededor de la camioneta le siguió dando el paquete acostumbrado y una propina que nunca se acercaba a un salario, pero significaba una mesada increíble para un niño de doce años. Este seguía yendo al colegio, aunque faltaba mucho, y se entraba para la casa más o menos temprano, pero siempre se hacía atrás de la casa donde llegaba la camioneta; ahí se empezó a oír música en un radio, le ofrecían fumar de lo que ellos fumaban, pero al principio no aceptó y de vez en cuando le daban gaseosas. Después de un año de esa dinámica, el más grande de los jóvenes lo llamó y le preguntó si sabía lo que transportaba; al negar con la cabeza, el hombre sacó una navaja, abrió el paquete y le mostró el contenido: era marihuana.

Empezó a faltar más al colegio y más abajo, por unas escaleras que no daban a ninguna vía, en una casa pequeña al borde de un barranco, sin pasar de una antesala, vendía cigarrillos de marihuana que escondía debajo de un ladrillo en paquetes de diez, y luego iba a recargar a la otra casa, a la casa de siempre. Perdió el año, pero durante dos años más siguió en el colegio, faltando mucho y con muy malas notas, hasta que el joven que ya entendía como jefe del sector, solo de ahí, porque afuera estaba el que venía en la camioneta, le dijo que “se les iban a meter”, que había un grupo que quería lo que era de ellos, y le entregó un arma. Cuando este quinceañero dudó en

tomar el arma, le dijo que igual sino la recibía, “le iban a dar los otros”. Unas semanas después empezó a fumar mariguana con ellos, no tanto con el jefe joven, que empezaba a estar siempre apurado y taciturno. Después de coger el arma no volvió más al colegio (Eexi12, 2010).

Hacer un mandado no es ilegal, pero no hacerlo puede ser inmoral dentro de los valores de un niño servicial y amable con los adultos, especialmente con aquellos que tienen prestigio o son de afuera. La familia está completamente ausente en este relato, no hay nunca una conversación sobre el tema, los regaños son lánguidos sobre las notas en la escuela o por dejar de estudiar; se trata de conversaciones que no concluyen. Quizá la familia tampoco tiene del todo nociones para desnaturalizar lo que pasa con una pandilla y una red de tráfico de drogas en el barrio. Las nociones o los conceptos se hacen también un lujo inútil cuando no hay recursos para ofrecerle otra cosa al hijo adolescente, porque la supervivencia diaria no deja pensar y daña la calidad de las conversaciones. El adolescente entiende, al momento de ver la droga y luego cuando tiene el arma en sus manos, que ya todo es irreversible; no se da cuenta de cuándo sucedió, pero es que nadie le preguntó; no puede saber en qué momento hubiera sido menos riesgoso o costoso decir que no; no tuvo una evidente oportunidad para no estar. Hubiera sido definitivo salir más seguido del barrio, tener una red protectora, confidentes y/o consejeros, y poder encontrar en otros propósitos unas alertas sobre ese lugar del gueto, los personajes que estaban ahí y los que llegaban.

Otros relatos muestran la transición de la niñez a la preadolescencia buscando más la socialización o algún tipo de fiesta; mientras que en la adolescencia el prestigio, o algún tipo de reputación, se vuelve más importante, de ahí que se busque tener mejores ropas y bienes.

Eso fue de niño, ya a los 14 o 15 años me empecé a parchar en la esquina, el combo de los pelados. Ya uno empezaba a ver que aquel viste bien con ropa de marca (Eexi6, 2010).

Nos manteníamos encerrados en una casa escuchando música, y ya empezaron que no, que vamos pa' allí, pa' la esquina. Ahí fue cuando nos empezamos a parchar ahí [...]. Éramos pelados de farrita. Que fulana de tal tenía farrita, vamos pa' allá, que había baile en tal parte, nosotros nos íbamos pa' todos lados, es que donde hubiera bailes nos íbamos, nos íbamos pa' allá (Eexi18, 2011).

Algunos entienden más rápido que otros que por estar en ese lugar específico hay costos y beneficios, riesgos y oportunidades, pero se puede usar la fama y entrar desde la adolescencia en una lógica de optimizar todo lo que ocurre ahí, siendo este un sistema rudimentario. Con más iniciativa, se le puede dar una lógica económica a esas relaciones que se concretan por estar, asistir, mantenerse. Entonces la fama surge como una forma para aprovechar conscientemente todas las ventajas de estar en el crimen. Esa reputación o fama está también ligada a un lugar en un barrio, que suele ser el mismo de la plaza de vicio; pero no toda plaza de vicio un lugar donde se puede encontrar a los pandilleros importantes, ni donde se suele contactar a un jefe; por lo que surgen otros lugares, a la vez famosos y a la vez secretos, porque no se puede hablar de ellos o no todos pueden conocerlos con exactitud.

Puede ser el billar, o donde está el teléfono público, puede ser un callejón, un bar, una tienda, es un lugar que estaba referenciado por la comunidad que es donde están los malosos, los respetan simplemente por eso. Eso es lo que yo quería, estar en esa posición [...]. Empieza a formar la cultura de esquina [...].

Usted empieza a buscar cómo pegarse con tal de llegar al combito de la esquina, que a la esquina es donde llegan todos los trabajos, todas las cosas malas llegan allá lógicamente [...]. El hecho de estar en esa esquina, estar ahí, se compraban todas las broncas que habían pasado por ahí. Empezamos a tener problemas con los de la Piñuela, no nos podíamos ver, porque si no teníamos nada nos atacábamos con las correas, lo que hubiera. [...] Uno tenía fama de ser matón sin haber matado a nadie, simplemente el hecho de estar en esa esquina con esa bandita te daba fama de maloso, a pesar de que yo no había robado, ni había matado a nadie, simplemente me mantenía ahí y hacía mandados (Eexi16, 2011).

Los factores son más claros que los detonantes, por lo que notar el momento exacto en el que ya se es uno de ellos no es fácil. Se puede utilizar la cronología para intentar entender el proceso, unas lógicas sociales donde hay permanentemente jóvenes reunidos, la cronología de los favores o incluso las conductas de riesgos como el consumo de drogas o de alcohol a una edad muy temprana. En Latinoamérica es muy común que la indisciplina en los adolescentes pobres sea interpretada como un riesgo intolerable, y que la misma actitud en adolescentes de clase media y de clase alta sea naturalizada a tal punto de que ni se hable de ella, ni se registre. Cuando los adolescentes de familias de ingresos altos forman grupos, son violentos y cometen infracciones y daños, tendemos a pensar que su comportamiento es mejor que en el mismo grupo etario de ingresos más bajos, pero lo que queda claro es que hay más herramientas para los adolescentes de clase media y alta, algunas positivas, aunque otras que rayan en la impunidad (Rubio, 2007b). Lo principal es que en adolescentes de familias de ingresos mayores la etapa de la adolescencia se puede transitar y concluir (“quemar” o gastar), no así en las familias pobres de las periferias.

Cuando se habla de una cronología en los comienzos delincuenciales, se enfrentan la acumulación y la descomposición, lo que lleva a un nodo cronológico final o definitivo: matar o intentar matar. Ligado a este momento están los pasos de aproximación, de sostener un arma o disparar, y los relatos justificativos que ya hemos repasado, y que permiten hacer separaciones sencillas entre matar a *quien atenta contra mí o nosotros*, y al que *se lo merece, se lo buscó o es malo*. El repertorio homicida de la defensa propia o de una función justiciera en favor de otros y en defensa de un concepto como el barrio.

Volviendo a nuestro relato inicial, el joven, en un programa de resocialización, recuerda, y entiende ahora, que lo dejaron cuidando doce horas un tramo de las escaleras, muy cerca de donde vendía drogas. La ansiedad que sentía era brutal, pues no sabía hasta qué hora se tenía que quedar allí, y a veces nunca nadie llegaba, pues no había ningún orden para los turnos. Un año después disparó por primera vez un arma; luego le cambiaron el arma, ya era una especie de escopeta hecha a mano, y, siendo de noche, mientras los disparos se oían a lo lejos, le dijeron que tenía que disparar hacia un morro cercano.

Un día después, a los 16 años, tuvo que dispararle de nuevo a unas sombras indeterminadas, y esta vez se vieron en la oscuridad los fognazos que se iban acercando. Con él otras tres personas disparaban hacia la oscuridad, mezclada con destellos. Al día siguiente, entre risas, el joven jefe lo felicitó porque había matado a alguien. A partir de ahí, tuvo muchos problemas para dormir, veía el rostro inventado de su víctima y se imaginaba que toda una familia lo buscaba para matarlo. Empezó a tomar drogas más fuertes, especialmente para dormir (Eexi12, 2010).

Los imperdonables y quererse salir

Hay que entender las razones para entrar, las dificultades para salirse y también los factores del deseo y las ansias para querer un cambio de vida, y dejar atrás una trayectoria y unas relaciones criminales. Lo primero, entonces, es hablar de los imperdonables; no es simplemente que las fuerzas criminales choquen sobre el adolescente para que este sienta que no hay vuelta atrás, sino que el adolescente mismo lo siente, se considera imperdonable y señala lo polémico de la venganza.

Cuando tiene más de un muerto encima, pues después de matar el primero, ya tiene “la cola” de la familia. Cuando mata al segundo la otra —cuando mata al tercero la otra— hay es cuando dice, “Pucha, ya no me puedo devolver porque la cola es mucha” (Eexi11, 2010).

En este punto —donde en cada caso la culpabilidad aparece y se reconoce distinto en relación con el tedio y el riesgo inminente— el integrante de este tipo de estructuras criminales llega a ser muchas veces más peligroso y a la vez más descuidado: se quiere morir. Los jóvenes y adolescentes en el grupo delincencial que se sienten imperdonables son un problema para sí mismos y para la sociedad. Sentirse imperdonable siempre está ligado al asesinato de alguien, se expresa con la venganza y conlleva una paranoia. Hay un discurso suicida en criminales (especialmente jóvenes) que está ligado a no tener nada que perder, a estar desesperados y no encontrar ningún sentido en la vida.

Pero yo me fui para allá era porque yo creía que era la manera de morir-me. O sea, yo me voy para allá y allá me matan, porque como pues la gente

combatía y la mataban y muchos de los adolescentes que se iban de ahí al tiempo decían, “Ah, mataron a fulano”, entonces yo decía, no, yo me voy para allá porque allá me muero rápido, o sea, yo me fui allá fue a morirme (Eexi21, 2011).

Él también cansado de tanta cárcel que pagó, él decía, “Yo ya no me vuelvo a dejar coger, ya no me vuelvo a dejar coger, a mí que me maten”, y se hizo matar. Fue a darle bala a unas culebras de nosotros y las culebras estaban con los tombos y le tocó fue enfrentarse a él solo con los tombos. Mató un tomo y él se alcanzó a volar, y en la cuadra que lo mató, llegar aquí y voltear la esquina y encontrarse la otra parca de tombos y se enciende con ellos allá a bala de frente, y ahí lo mataron (Eexi9, 2010).

En la sociedad y en las instituciones es común que se valide el pensamiento de que “es mejor que lo maten”, pero más allá de lo filosófico, estratégicamente este adolescente en medio de su angustiante descuido genera mucha violencia y perdura en el crimen más de lo pensado.

Cuando se le pregunta a un exdelincuente por los incentivos para convencer a un joven o adolescente de salirse de un grupo criminal, resaltó el riesgo del homicidio, “la sentencia de muerte”, “que lo amenacen”, “temor” (EEXI2, 2010). Este es un terreno de mucha complejidad y contradicción, el tormento de una vida intensa, de la amenaza de muerte, porque hay pulsión de vida, pero a la vez se quiere salir de ese estado de pánico permanente.

Cuando uno está delinquiendo no duerme nada, y cuando duerme tiene pesadillas. Salir a la calle es muy difícil. Yo salgo hoy, veo un policía y doy gracias a dios que me está cuidando, antes lo esquivaba, incluso cuando no estaba armado. Todo me daba miedo. El ser humano mientras más miedoso, se hace ensimismado (Eexi1, 2009).

En un grado menos extremo, esto también se presenta en la mayoría de pandilleros como unos límites morales que hace que sientan arrepentimiento y vergüenza y que validen el marco institucional cuando aceptan que tienen o tuvieron “pendientes con la justicia”.

No vive bien, ya no come bien, ya uno no quiere arrimarle a la casa para no llevar los problemas porque simplemente empieza a huirle a la Policía, así uno no tenga nada que deberle a la Policía... no vengan a buscarlo a uno, uno empieza con un azore con la Policía (Eexi16, 2011).

Más allá del miedo, del arrepentimiento y de la incertidumbre, la pandilla puede ser aburrida y lo que se publicita desde afuera o se ve como parte de un idilio, adentro tiene una jerarquía y una arbitrariedad que es fatigante. En un relato anterior, el joven en medio de la resocialización recuerda: “Me pusieron a cuidar unas escaleras veinte horas” (Eexi12, 2010). En el relato el adolescente vive la angustia de no tener claro cuánto tiempo tenía que cumplir esa orden, por qué, y a quién le preguntaba o le entregaba el turno; se enfrenta a una informalidad donde todo pierde sentido y esto se torna en una fracción muy grande de esa identidad, rompiendo toda proporción agradable —con situaciones pasmosamente desesperantes y humillantes, que son más numerosas que aquellas de placer y orgullo—.

La vida en el combo termina por resumirse en lidiar con la inactividad de la vida cotidiana, con la monotonía de un pequeño espacio y, luego, con la presión que implica hacer algo desagradable o riesgoso, hasta que se vuelve una angustia constante por el peligro ligado al territorio, pero también —real y subjetivo— por el nexos con los familiares y los amigos de las personas asesinadas.

Lo paradójico es que antes de entrar al combo, no se imaginan cómo es la vida siendo parte de él. El análisis previo es el estatus que aprendió a recono-

cer en sus miembros y la construcción de la representación del *combo* nunca se somete a ninguna evidencia. Un entrevistado, desmovilizado, declaraba que una forma de prevenir que más jóvenes iniciaran en dinámicas violentas sería mostrándoles todo lo malo que allí ocurría, toda la presión y agresiones que allí se vive (Eexi19, 2011).

No hay que luchar contra grandes mitos, ni con las grandes pulsiones, como la amistad, porque allí sucede y se busca amistad como en cualquier grupo, pero sí ha faltado hablar y representar mejor —sin trucos o alarmismos— la vida y función en la pandilla y en el *combo* de barrio.

Más arriba en la jerarquía, estar *a la cabeza* no es tan emocionante como se lo pinta, siempre existe una impotencia contra el crimen y una derrota anticipada para la prevención y la resocialización con fundamento en la economía, pero a veces la cultura y hasta la logística hace que el idilio económico no sea tal. En un relato un joven contaba que una vez recibieron el equivalente a unos 7.000 dólares estadounidenses, pero que se convirtió en un problema y un motivo de conflicto el dividirlo entre 20 compañeros, y que resolvieron irse todos para un paseo, pero el paseo no resultó bien (Eexi19, 2011). En otro relato, un postpenado cuenta que cuando delinquía —entre los 15 y los 20 años— robaba y se tenía que gastar lo que ganaba muy rápido y que andaba siempre sin dinero (Eexi14, 2011). No es fácil hacer llegar dinero de una estructura del narcotráfico a los jóvenes y adolescentes de una periferia empobrecida, la logística misma de ir y llevar el dinero es riesgosa; por otro lado, se trata de grupos donde repartir un botín es confuso y estresante, y donde guardar dinero acarrea distintos tipos de riesgos. Es común que cuando se cuenta con dinero se le entregue a un pariente, se compre electrodomésticos y ropa y se hagan fiestas. El tipo de vida en la pandilla

hace que pueda haber ausencia de ingresos por meses y que después de comprar una gran moto, pueda haber semanas sin con qué ponerle gasolina, o en los que se pasa hambre.

Registramos narrativas de fiestas donde el jefe adolescente de un combo no se emborracha, está pendiente de una repartición, de que todos tengan lo necesario, se convierte en un benefactor que no puede disfrutar de su propia fiesta; esto agravado por un miedo latente de que se forme una pelea entre los miembros, y la necesidad constante de comprobar su lealtad (Eexi17, 2011). Tanto afuera como adentro puede estar la muerte. Finalmente, los problemas con el placer muestran que en el crimen es común situaciones donde se necesitaba el exceso de drogas o de sexo, pero que nunca se estaba satisfecho, se llegaba rápidamente de un apetito a un hastío, sin pasar por ningún momento de plenitud (Eexi12, 2010; Eexi1, 2009; Eexi20, 2011; Eexi1, 2009).

La resocialización es sincera porque los adolescentes, los jóvenes y los adultos se cansan del crimen, pero también por la premisa de que las personas, y en especial los adolescentes, cambian. Aquel que empezó a asesinar a los 16 años —fuertemente influenciado por un adulto (aunque no por eso irresponsable)— es muy distinto del hombre con hijos a los 30 años: las personas cambian, el placer que genera el mandar y ser respetados se rompe, y se concluyen etapas. Es un desafío inmenso el lugar de las víctimas cuando buscamos resocializar personas que han incurrido en el principal daño —irreversible— del asesinato, pero también estamos haciendo poco por llegar antes y por generar sanciones basadas en los nuevos comienzos para otro tipo de infractores.

Le voy a contar una historia: hace poquito llegó un parcerito que salió de la cárcel conmigo. Él salió por decir hoy y yo salí a los ocho días. Él vive a cinco cuadras de mi casa, yo sé que él es un pillo, ese man mató por la casa gente, él

era pillo respetable, que en paz descanse. [...] Él llegó a la casa hace como veinte días y me comentó: “Alex, hay una vuelta pa’ hacer, pa’ que nos robamos unas maquinitas de esas de tragamonedas. Ya nos las tienen compradas, tenemos el camión, tenemos los fierros, usted es serio, vamos...”. Y yo le dije, “Parcero yo ya no estoy en esas vueltas ahora, yo estoy más bien relajado”. “No seas güevón, vamos”. Yo sé que él se sintió mal, porque a los pillos no les gusta que uno los rechace en esas vueltas, pero yo tomé el valor de decirle que no hermano. Yo antes no era capaz de decir que no sino que de una me apuntaba. Y en estos instantes le dije “No, yo no voy por allá hermano, yo estoy relajado, esto y lo otro... Y sin embargo estoy pelado, pero no quiero” (Eexi5, 2010).

Cuando se habla de resocialización y de prevención, solemos hablar de nuevas oportunidades, y reconocer la carencia de oportunidades como un detonante. Políticos, académicos y cualquier habitante de la ciudad se suelen unir cuando se habla de oportunidades, pero quizá es tan pobre la conceptualización y el discurso en este sentido que lo que terminó siendo costumbre es no ponerle apellido, en vez de nombrarla de una vez como trabajo y estudio o simplemente ingresos. El discurso de las oportunidades lleva al discurso de la inclusión, sin que tampoco se termine de definir casi nunca a qué se quiere incluir a estos jóvenes y si ellos quieren ser incluidos o entienden dicha inclusión. Aunque se entiende que son diferencias menores y pueden ser categorías bien intencionadas (como ocurre con la de marginalidad), estas categorías empiezan a aplanar fenómenos, arrebatan la capacidad de agencia a los adolescentes de periferia y limitan la creatividad institucional.

Si se quiere llegar a tiempo es deseable generar rutas de salida del crimen y del peligro para un joven o adolescente, pues para ellos se convierte una meta hacer parte de una pandilla porque la vida parece ser más grata en

estos grupos; pero la economía es insuficiente y los programas y el mismo sistema de justicia tienen ineficiencias y problemas técnicos en esas categorías de resocialización, reeducación y rehabilitación. Es necesario hablar de riesgo, pero se debe trabajar duro para que la representación de los jóvenes pandilleros o de los adolescentes de periferia no sea la debilidad, porque la vulnerabilidad y el riesgo parece volverse un adjetivo esencial y propio de la persona, y no una situación que habla de las injusticias de un sistema.

Más allá de la representación, se necesita devolverle la capacidad de agencia al adolescente y al joven expandillero o infractor y no crear nuevos sistemas (pequeños sistemas) cerrados donde se obliga a estas personas a que se adapten y participen de una farsa de resocialización. Uno de los errores más comunes en algunos programas de ciertas alcaldías ha sido monetizar la resocialización. Otro problema es que los grandes acuerdos de paz han dado pie a que en la desmovilización se mantengan las jerarquías, lo que burocratiza y deja sin sentido ontológico la rehabilitación de pandillas enteras con sus jefes. A los expandilleros no se les puede convencer de dejar un grupo con dinero, y no puede haber intermediarios (especialmente criminales) para un cambio de vida.

Es necesario, entonces, recordar que el pulso que hay que dar con mafias y narcotraficantes en la resocialización no puede ser de dinero, sino que tiene que ser cultural. El proceso cultural puede ser acompañar y generar unas bases o morada material para reconstruir una vida digna, una vida honorable (o donde el orgullo esté también en ser vecino y amigo) y el disfrute o una vida placentera, logrando resolver, desde la cotidianidad sencilla, las compulsiones del dominio y del consumismo que proponen el narcotráfico y la pandilla.



Hay que corregir injusticias y comprender las amenazas, pero también reconocer la fuerza y la potencia, y así dejar que los jóvenes y adolescentes guíen sus estrategias de cambio de vida. Ellos no están sólo para esperar la oferta institucional, pueden también crear condiciones y procesos. Los tomadores de decisiones en el Estado y los operadores de justicia deben prestarles un servicio, evitando la obsesión del control y repensando la tarea más allá de decirles *qué hacer*, llegando hasta el punto de devolverles la ciudadanía para que inventen ciudades y pueblos.

¿Quién es el homicida en Medellín?

Los homicidios en el combo se pueden clasificar en tres grados o fases: primero, el que siente que tiene que competir con otro grupo y en esa competencia mostrar que es más capaz y tiene menos temor; segundo, el que resuelve disputas administrando, más que justicia, venganza, lo que requiere también de destrezas de relacionamiento para lograr la aprobación de su jefe sobre la determinación de las muertes; tercero, el que ya habiendo conocido el recurso del homicidio abusa de su posición y recursos violentos para conseguir todo tipo de cosas o incluso para resolver el más mínimo disgusto con alguien —más fácil aún si no se trata de otro criminal—.

La gran diferencia, en todo caso, es que el tercero —que tuvo que haber pasado por la posición del primero— termina insensibilizado a tal punto que el homicidio se convierte en el gran atajo que hace innecesaria

rias las alternativas, desarrollar las competencias de concertación y llegar a acuerdos.

No hay ni un solo estudio que pueda concluir que el perfil del asesino en Medellín sea un joven, pero sí muchos discursos donde se hace esa conjetura. Decir que para convertirse en sicario —un miembro encargado de la violencia en una banda o de la seguridad en una red de narcotráfico— se empieza joven —o incluso adolescente— no es decir nada. Para ser un gran pianista a los treinta años, se empezó desde los siete, o menos, y para ser un gran desarrollador de *software* las personas suelen empezar a escribir código desde que entran a la universidad.

Hacer música no es comparable con asesinar. Lo que se quiere resaltar es que el momento en el que se empieza una actividad, a construir una identidad o a participar en un grupo, no señala un rasgo en los jóvenes ni que estos tengan un impacto especial en la violencia de Medellín. Queda claro que las actividades que implican la amenaza y la agresión violenta requieren de control emocional compatibles con algunos rasgos de personalidad, pero, ante todo, conseguidos gracias a una trayectoria (Beltrán y Salcedo, 2007).

No hay que descartar la hipótesis de que un 80 % de los homicidios podría ser responsabilidad de un 20 % de los homicidas. Esto sin duda ocurre en momentos de enfrentamiento entre redes del narcotráfico, pero también enfrenta a la sofisticación del homicidio con la desaparición de cadáveres y en una connotación importante del homicidio potencial como amenaza, creando, entre otros indicadores delincuenciales, impunidad, desplazamientos y monopolios criminales. No es posible, en todo caso, comprender lo más urgente y grave del fenómeno del homicidio a partir de los capturados o pro-

cesados por el delito de homicidio, en contextos donde el crimen organizado es fuerte y la impunidad es alta.

Puede haber un porcentaje pequeño de homicidas en Medellín que tengan la capacidad de alterar el fenómeno, lo que lleva al terreno del homicidio premeditado, que es siempre el que ofrece una dificultad mayor para ser investigado. La pregunta del homicidio como industria es ¿qué tiene que pasar para que una organización criminal no mate?: ¿sometimiento de una población? ¿Monopolio? ¿Impunidad? ¿Parálisis? La amenaza de homicidio lleva a desplazamientos, a perder todo el patrimonio, al acceso carnal violento, a silenciar una denuncia y parar una movilización. El monopolio criminal o la impunidad puede evitar que barrios enteros experimenten los valores de un Estado democrático e impide controlar al que controla.

Conforme el crimen vaya perdiendo espacios, capacidades y transacciones en una ciudad, puede ser mayor el porcentaje de los homicidios que apunten a la relación entre ciudadanos que no están involucrados en actividades criminales. Esto, en todo caso, lleva a una complejidad cultural que implica que el carácter excesivamente homicida del crimen organizado, o de las mafias, parte de una misma matriz de valores y el camino de limitar capacidades o apelar a la lógica de las bandas criminales para replegarse, puede ser necesario, pero no sostenible. No se trata de escoger entre los homicidios cometidos por criminales y los cometidos por habitantes comunes, tampoco de ignorar la actuación mafiosa, sino de comprender cómo intervenir unas costumbres, lógicas y valores desde donde surgen y se regeneran las bandas, pero también desde donde surge el manejo de emociones y la noción de solución de un conflicto mediante la eliminación del otro.

Es posible esbozar una distinción que, aunque no es jurídica, puede ser sensible: cometer un homicidio y ser un homicida son dos cosas distintas. Estratégicamente, para disminuir el homicidio se debe empezar por crear unos límites culturales y morales según los cuales nadie esté dispuesto a ser un homicida. Una vez que se tenga una disposición casi nula para dedicarse al homicidio y hacer parte de un grupo homicida, se podría trabajar en lo impensable del homicidio como reacción. Lo importante es la continuidad y trabajar en la noción del homicidio desde el principio de cualquier estrategia.

El cambio cultural puede, primero, acabar con el homicidio premeditado, sacarlo del repertorio; esto debería hacer que los ciudadanos no quieran ingresar a un grupo que mata y, probablemente, eviten el uso de las armas. Hay un segundo nivel del manejo del miedo y de la ira, en homicidios que no son premeditados. En todo caso, es un avance histórico eliminar el arquetipo del asesino, el homicidio premeditado, sacando del repertorio la eliminación del otro, quitándole todo revestimiento heroico y hasta romántico. A la lógica de “él o yo”, que se rastrea en las entrevistas realizadas, siempre le falta creatividad y recursividad: huir, irse, inmovilizar y acordar. Por supuesto, la desconfianza y la desesperanza, sumadas a una evidente ausencia de justicia, siempre acortan los recursos para protegerse o salvarse. Después de eso, en cualquier sociedad será posible que el miedo y la ira encuentren nuevas vías, mientras que la agresión y la eliminación se topan con barreras resistentes.

El homicidio en las pandillas y en el combo, al tener por lo menos tres tipos de causas o de móviles, muestra una heterogeneidad entre diferentes grupos, pero también en una misma biografía: la justificación de la defensa propia, la economía y los objetivos territoriales que pueden trascender lo económico. Llama la atención cuando un expandillero explica que no se

trata de dinero, sino de poder. ¿Se pueden separar? ¿Alguien puede querer apropiarse de un territorio por un poder que no pase por la economía?

En las plazas de vicio, en los combos, te matan es por poder (Eexi7, 2010).

Más adentro en su relato, se descubre que el excriminal se refiere a estabilidad: habla de asesinar a un integrante de la organización para mantener una funcionalidad que se disfraza de armonía. Sí es económico, pero va más allá de la economía, porque no se explica la mayoría de homicidios como algo que genere dinero, sino como algo que permite mantener una colectividad, un lugar en una jerarquía, y el orden específico que pueda conjugarse y adaptarse a un orden mayor (Eexi7, 2010).

Un expendedor en una plaza de vicio empieza a consumirse la mercancía y primero lo golpean, lo vuelven encontrar frecuentando los mismos espacios ya sin estar trabajando para ellos, entonces deciden hacer cualquier cálculo para cobrarle la mercancía perdida y al no pagar lo obligan a irse del barrio —amenazándolo de muerte—. Después de unos meses vuelve al barrio y lo asesinan (Eexi7, 2010).

Un pequeño expendedor también puede ser capturado y judicializado y, si contribuye con información que permita capturas o incautaciones, asesinan a alguno de sus familiares (Epol1, 2015).

En estos relatos, el dinero se pierde y no se recupera por el homicidio, pero a la larga puede servir para seguir ganando dinero. No basta, entonces, con dañar una reputación laboral, porque en todo caso no todos los negocios ilegales, ni en todos los lugares, son tan violentos. Adicionalmente, muchos pequeños conflictos no pasarían de una simple pelea a puños entre “machitos” sino hubiera tantas armas disponibles (y como parte de hábitos

bastante arraigados). Estados alterados de drogas pesadas no terminarían en una tragedia sino fuera tan fuerte el código de andar armado. El absurdo del homicidio llega hasta ocasiones en las que una persona que no tenía la intención de matar, solo porque pudo hacerlo, disparó. No son escasos los relatos de amigos pandilleros que se matan entre sí en medio de unos *malos tragos* o una *fiesta pesada*. El punto no es tanto la prohibición de las armas sino trabajar sobre la cultura de protección que implica andar armado. Las mismas armas blancas (industria que no se puede controlar o prohibir) pueden causar la absurda tragedia del homicidio.

En la Comuna 5 hubo un pelado que fue muy drogadicto y empezó a dejar las drogas, a trabajar y estaba estudiando, y se fue para una rumba y en una de esas le dio por tomarse una pastilla y se iba colocar a pelear con otro man, llega otro amigo a cogerlo y él le dice, no me cojás, y le metió una puñalada en el corazón y lo mató. Cuando el pelado se despertó de ese viaje estaba ya en cárcel preso, en la Carlos Holguín. El pelado no sabía que lo había matado, le contaron allá, que en medio de una locura mató a un amigo. Imagínese cómo es de bravo una pastilla de esas, el efecto que causa en las personas es muy grande (Eexi15, 2011).

Vea yo tenía quince años, yo tenía quince años cuando eso, fue el 7 de diciembre, mi papá cumpliendo años; me fui yo con mi hermanito, con el difunto que en paz descanse, nos encontramos ese man y nos trató mal en toda la esquina, allá donde charanga, entonces nosotros llegamos cuádramos la moto: el pirobo nos trató mal, “¡Ah! Qué, ¡estos pirobitos qué!”. Yo le dije a mi hermanito, “Pare, pare a ver cuál es la vuelta”, entonces ese man nos dijo: “¡Ah! ¿Cómo es pues la vuelta? A ver que qué tiene pa’ responder, que itin!”. Yo le dije, “No, nada, todo bien, espérenos acá pues”, yo le dije a mi hermanito, “Hágale prenda

la moto y vámonos”. Nos fuimos pa’ mi casa y sacamos el fierro y nos bajamos y ahí sí nos dijo las mismas cosas y yo, “Hágale, hágale que todo bien”. Y lo perseguimos nosotros y por allá abajo como a ocho cuadras lo prendimos a bala (Eexi17, 2011).

“Hágale que todo bien”. La pérdida de un código de honor se justifica en la hombría herida, una hipersensibilidad que se va validando en que el otro puede actuar o dejar la información de que uno puede ser fácilmente maltratado y hasta humillado. No dejarse de nadie, actuar siempre primero y, para eso, con falsedad o mentiras. Los códigos que restan están atravesados por grandes atajos, porque sobrevivir en el crimen o en una cotidianidad social atravesada por criminales no es un asunto de habilidad, ni siquiera de fortaleza: es fluir dentro del azar y encontrar ventajas gracias a acciones muy deshonrosas.

La incertidumbre de no conocer las intenciones del otro o no poder contar con la palabra del otro, no crean la violencia, pero la agravan y generan más ciclos. Violentar primero antes de ser violentado sería uno de los efectos del casi nulo honor criminal.

En la mayoría de los casos, la justificación del asesino se construye sobre la obsesión típicamente masculina de ser respetado —y escarmentar cualquier ofensa— y no ser desautorizado —burlado— si se está ya más inserto en el juego. Esto se va haciendo más brutal en tanto se entiende que el otro, también “herido” en su ego, puede reaccionar con igual violencia.

Mi hermano lo mató porque le pegó a mi hermana, por eso nos tuvimos que ir de ese barrio. La vida ha estado marcada por sucesos tesos. Mi hermana le daba alargue hasta que un día estalló y él le pegó a mi hermana. [...] Mi hermano mantenía unas pistolas de locos, apenas mi hermana gritó, mi hermano

repartió fierros para que todos saliéramos detrás de él, imagínese yo fui el de menos y me llevé un 8, yo tenía por ahí catorce años, fue la primera vez que cogí un arma dispuesta para estallar, no era tanto la rabia sino más por las ganas de sentir la sensación del ipam pam! al estallar. Ahora pienso a ese pobre güevón cómo lo mataron, cada uno se fue por su lado a buscarlo, el destino, muy de malas para él, porque si hubieran sido otros hermanos los que lo hubieran agarrado le habrían de pronto pegado una pela, pero este hermano es el más jodido [...]. Cuando volteó estaba Luis agachado y mi hermano llevaba una 9 y le estalló todo el cartucho a ese man, apenas yo escuché el itan tan tan! se me enfrió todo y me atortolé, por ver a ese man gimiendo y pidiéndome ayuda (Eexi7, 2010).

Lo que pasa es que nosotros tendemos por hábito a buscar una justificación para todo. Obviamente la muerte de un bando contrario tenía una justificación: me las debía o que ese man mató a mi hermano o que atracó a mi tía o que ese man está cobrando aquí en el barrio que no es de acá, vamos a buscar justificaciones (Eexi10, 2010).

El mecanismo de la justificación permite no absolver de responsabilidad a un homicida, sino entender tradiciones colectivas, normalizaciones a partir de un contexto donde la micro-resistencia a la violencia se hizo imposible o poco expresiva y la naturalización se desarrolla por varias generaciones. Se han acumulado factores sociales que profundizan en la cultura, para hacer sentir al homicida como alguien realmente justo, paciente, incluso bondadoso.

Vea yo analizaba todos los casos güevón, vea cuando el chino güevón, todo mundo con ganas de llevarse al chino güevón, y yo no venga yo hablo con el chino porque él tiene una oportunidad de vida, ¿sí o no? ¡Tin! Se le dio la oportunidad de vida, cuando que quebró una matera, y yo parece güevón, imagínese



güevón a nosotros: llegaban los muchachos que había que hablarles y ¿sabe qué? Los manes del otro lado con ganas de volearles y yo sí bregaba a buscarles una oportunidad de vida, parece vea que tin, tin, tin y los chinos güevón, pensaban que uno era charlando güevón (Eexi17, 2011).

El homicida es capaz de creerse su discurso hasta el punto de pensarse bondadoso, no porque dejó de matar a alguien, sino porque retrasó el homicidio algunas semanas. Hay una diferencia muy grande entre la persona que planea un homicidio durante días y la que reacciona en un mal momento ante un dolor o al sentirse amenazado o asustado (y en esas circunstancias comete el asesinato). De la primera categoría —del asesinato como oficio— se desprenden otras dos: el que asesina a alguien que no conoce por dinero (un sicario) y el miembro armado de un grupo con un *modus operandi* completamente dependiente del territorio; el homicida por dinero y el homicida por territorio. Dos cultos fuertes en la anatomía moral en Medellín: “cuidar el barrio” y “conseguir plata” (Eexi11, 2010), y aunque la psiquis del sicario es aún más compleja, las capas culturales y las amalgamas de cuidar un barrio son tanto económicas como emocionales.

Ellos, como te digo, se fueron —se ausentaron de la ciudad— volvieron, volvieron con más platica, con buenas motos, carros, y... me decían “Ave maría negra no la creen cómo se va a voltear esto en Medellín, al que veamos robando pal’ piso, al que veamos fumando pal’ piso, ojo usted, ojo usted. Usted tiene un poco de amigos así, dígalos de una vez que donde los veamos fumando pal’ piso, que si los vemos robando pal’ piso” (Eexi11, 2010).

Cuidar un barrio y asesinar en nombre de la decencia. Asesinos eliminando ladrones o consumidores de droga. Jerarquía de valores y de la sanción moral inversa: sanción ilegal desproporcionada.

El código es a tal punto precario que no respeta personas desarmadas, ni personas sin nexo con el crimen. Mientras más confiamos en esa idea popularizada de que se mata a alguien porque está en el crimen, a “alguien malo”, más se confía en el honor del criminal para hacer esa fina distinción. Los mecanismos tranquilizadores que dan una explicación “lógica” al homicidio, también terminan por validar la causa del asesino.

Uno que me dio mucha lástima, era un pelado joven. Está bien, él cometió un error, pero... él tenía una moto, se emborrachó y se quedó dormido, le quitó las llaves de la moto y se fue a dar una vuelta y resulta que en la vuelta que dio se estrelló con un bus y resulta que la moto quedó en pérdida total. Él perdió un pie y una mano. La mamá fue y le dijo que le dieran el seguro de la moto para que lo atendieran, el dueño de la moto le respondió que él no necesitaba el seguro de la moto porque de igual forma se iba a morir. El accidentado estaba enamorado de una muchacha y le dijeron abrácelo que lo van a matar porque la cagó, él ya se la pronosticó y el man como estaba enamorado no quiso hacer caso por no dejar sola a la peladita, ya tenía como tres meses con el yeso y estaba sentado en la puerta de la casa y llegó un peladito, por ahí doce años, y lo mató de cinco tiros ahí en plena chancha al lado de nosotros. El pelado no era nadie, un pelado del barrio (Eexi6, 2010).

A un parcero lo mataron porque un día pasaron los de un combo y le tocaron la nalga a la novia, y el parcero dijo, “Cuidado que esa es mi novia, respetá”, entonces el man le responde, “¿Vos qué? ¿Qué querés?” y el parcero mío le dijo, “Vea suelte ese fierro y peleamos a los puños si sos tan hombre”. El man le dijo, “Vea yo para ganar con usted no necesito pelear, le pego un tiro y ya”. A los ocho días el parcero apareció muerto. Así de sencillo era allá. Después de eso muchos pelados pensamos que esa era la solución, todo es mientras cogen el poder (Eexi6, 2010).

El homicida que surge de una pandilla o un combo suele tener unas habilidades y unas técnicas que le permiten legitimar la muerte afectando la reputación de la víctima, creando un relato que tranquilice a la población. Esto es tan intenso que a veces logra que la familia comparta el relato del homicida, pero en general este calcula que la red de apoyo, casi siempre por el tamaño e influencia de la familia, no sea de los fundadores del barrio, no sea muy grande —con muchos primos y tíos—, no sea poderosa —en los términos relativos del vecindario— (Eexi22, 2016). Ese es el tipo de homicidios que quedan invisibles en la opinión pública, que no generan movilizaciones sociales y casi ninguna movilización institucional; ya ha quedado narrado por expandilleros cómo se le puede asociar un relato al homicidio que lo justifique y lo normalice *para tranquilidad de todos*.

Si se fumaba un bareto no era que lo robara, ni robaba para comprarlo, era un pelado que estudiaba. Con lo que está pasando en las comunas ahora un pelado de esos es sano, eso no tiene nada de mal un baretico. A ese pelado lo mataron y dijeron, ese fue el que mató al de por la mañana, eso fue lo que le dijeron a la mamá del de por la mañana, ellos lo hicieron para justificar la muerte de Pacho —el jíbaro— porque todo el mundo vio que lo mataron, por demostrar poder. Lo mataron y se armó la bola, lo mataron para quedar en limpio ellos, porque la gente del CTI fue, y desplazaron a dos (Eexi7, 2010).

Estamos frente a un homicida con mucho arraigo territorial y acostumbrado a un trabajo sin tiempo —ligado a una cotidianidad donde el arreglo moral consiste en proteger un lugar y violentar a “los de allá”, “los de arriba” o los del “otro lado”—, pero, finalmente, matar como tal no tiene una noción metódica como en el sicariato y no se ejecuta como un oficio, sino como un

episodio, espontáneo o un poco calculado, pero siempre emotivo o para el que hay que buscar la emotividad.

Uno cuando va en sano juicio uno está en un grado de conciencia donde la mente te va a decir “Ah, si lo cogen, qué peligro, si no sos capaz te van a matar a vos”. No, nada, una rueda te quita todo eso, o sea el auto-pensamiento, “Ah vamos pa’ adelante, que todo bien”. Eso no te deja dar miedo de nada, vos sos el más berraco de este mundo y al que sea te le parás. Puede ser bien haragán, bien grandotote, uno en esa edad no le copia de nada a nadie. Sino que eso es eso, le quita a uno la auto-dependencia y uno ya no piensa en las consecuencias, sino que “Ah vamos es pa’ adelante que adelante es pa’ allá” (Eexi12, 2010).

Ya desde una jerarquía mayor en la red de narcotráfico, el entrevistado también hace el paralelo y una apología del sicario, diferenciándolo del pandillero no sólo como alguien que tiene que manejar tiempos estrictos, que tiene una relación delicada con los espacios (a veces nuevos), y que debe implementar una logística, sino también como alguien disciplinado en su vida privada.

El sicario en sí es una persona que no bebe, que no fuma, no consume drogas, es un tipo sano, sano en cuestiones físicas. Hace deporte. Le gusta es matar, es algo que se lleva adentro, sea porque abusaron o por equis o lo otro. [...] Son manes que nunca los ve tomando un trago, la adicción es como matar (Eexi16, 2011).

Eso se aprende de nadie, no se planea, se aprende en la marcha: primero empezamos en el barrio por cuadradas que se mataba por protegerlo, ya cuando llegamos allá nos dimos cuenta que había una rentabilidad. Si hemos matado a unos hijueputas que estaban dando unos milloncitos por tal, no se pregunta ni quién, ni nada, sólo se pedía una foto, y es fulano a tal hora, está en tal lado; allá le llegamos (Eexi,13 2011).

El testimonio anterior sirve para mostrar una clara transición entre el combo²⁶ —arraigado en un territorio— y el sicariato que implica el pragmatismo del dinero. Se trata, quizá, de acceder a otra estructura u otra parte de la red delincencial, aunque las historias varían mucho según el tipo de territorio y el tipo de delito con el que se dan los comienzos delincuenciales. El sicariato, como la expresión más clara de una industrialización del homicidio, en el caso de Medellín no escapa al territorio, ya no hay apropiación territorial, pero sí una geoestrategia que se expresa en precios.

Depende de la comuna: si es en la 1 o en la 2, 500²⁷ o 400 hasta por 200, pero corrés un riesgo, porque ese paquete te puede entregar, en cambio el de 600 o 500 es un man de rango alto que sabe cómo hacer o manda hacer o le da la orden y vos quedás que no te pasa nada, porque cuando lo engañan lo cobra todo, estos manes lo hacen en la misma comuna, es para ya. Pero si lo haces por el lado de la comuna cuatro o tres, vuelvo a lo mismo, tienen motos buenas y fierros amparados, estos manes te lo ubican, lo hacen fuera del barrio, en la tres o cuatro te puede valer millón o millón quinientos, si muy parcero por ahí 800 (Eexi7, 2010).

En el relato anterior se lee la experiencia acumulada de haber sido sicario, pero también de contratar sicarios y una lógica de experiencia y de reputación en ese oficio macabro para que no sea fácil dejarse capturar o, si se es capturado, no delatar al autor intelectual. También hay una sofisticación del horror que en Colombia está muy asociada con el paramilitarismo y consiste en desaparecer un cadáver, para lo cual hay que tener una mayor logística y

26. Grupo delincencial (en este contexto).

27. 160 o 170 dólares estadounidenses.

la frialdad del asesinato. Ahí la justificación tiende a eliminarse del discurso y el relato se centra en la técnica.

Lo de las bolsas y todo cuando uno lo sacaba de la casa, o cuando se iba a desaparecer. Se metían en bolsas, y cuando llegábamos ya estaban ahogados. Antes de cometer un homicidio miraba cuándo pasaban los tombos, los horarios, analizar mucho eso. Para matar cualquiera mata, pero matar y salir libre es más tesó (Eexi4, 2010).

En una historia reciente de finales del siglo xx y principios del siglo xxi, pareciera que hay prácticas que tienen que ver con un flujo del campo a la ciudad y con grupos o estructuras donde los miembros llegan a la ciudad después de una experiencia de violencia y criminalidad rural (Duncan, 2005), pero puede ser más importante el entrenamiento emocional que toda la comprensión de campamentos y entrenamientos, o disciplinas cercanas a los ejércitos para lo atroz (Beltrán y Salcedo, 2007).

La parte psicológica es usted preparar su consciencia, por decir algo si usted cree en Dios y usted psicológicamente decir: “Sabe que Dios, voy a quebrantar los mandamientos, tengo ganas de cuñuñuñu”. Parce y a usted, si usted tiene fe en Dios usted la piensa y decir voy a actuar en contra de Dios y ya usted psicológicamente: “¡Listo, se fue!”. Que le dio candela, que le dio chuzo si usted se abrió y usted ya está listo, de pronto más allacito... tres dobles (Eexi17, 2011).

Pudo haber un aprendizaje intensivo en la época del cartel de Medellín, pero también en la violencia de los años 50 en Antioquia y en toda Colombia, aunque en ese momento no existiera el fenómeno del narcotráfico ligado a esos grupos o territorios. Aún no se comprende la tradición tan profunda que se instaló en una capa de la población o unos espacios determinados, pero es seguro que el narcotráfico no es la única explicación para que sea tan homi-

cida la competencia, la solución de sus conflictos y la búsqueda por resolver los desagavios.

Alguna vez a un tendero le robaron, el man dijo yo no me ofendo por lo que se me llevaron, sino por lo que el man hizo porque me robó, eso no es ético para la convivencia... “Además el man intentó abusar de mi hija, yo porque me paré y me hice cascar, si la quiere tocar me tiene que matar”. Primero que todo, se necesita rencor, segundo, plata para pagar la vuelta. A partir de ahí yo por ejemplo le ofrecería: “Quiere verlo sufrir en una silla de ruedas, o verlo mocho o quiere que lo mate y ya”. Hay formas y opciones. Algunas personas son felices, pegale un tiro en una pata para que aprenda, yo lo quiero es ver sufrir, otro quiere es que lo mate. La mayoría es que lo maten... alguna vez se vio la tortura (Eexi7, 2010).

En estos testimonios se evidencia el conocimiento, desde adentro, de una oficina de sicariato²⁸. Esto es más grave que un laboratorio de cocaína, se trata de una agencia para el homicidio. Aquí se releva una faceta criminal mucho más grave que el expendio de droga, además que la clientela demuestra que el homicidio puede llegar a involucrar a personas que no hacen parte de la clandestinidad.

Cada vez que hubiera un problema, eso no tenía relatividad, en una semana podían haber cuatro o cinco o seis, en dos meses que no hubiese ninguno, no se trabajaba con las llamadas. Había un lugar donde llegaba un cliente que ya sabía, necesito esta vuelta y le decían vaya donde tal persona, había una especie

28. De hecho, los orígenes de la Oficina de Envigado, que luego sería un cartel de narcotraficantes, se remontan a una oficina de cobro en Envigado con conexiones con el Cartel de Medellín liderado por Pablo Escobar (Serrano, 2010).

de oficina, un taller de mecánica, que servía para encontrar un señor para hacer tal cosa, donde le decían hay que hacer aquello. En un día pueden haber dos o tres, o como otros nada y así, eso no tenía relatividad, las circunstancias porque usted sabe que en Colombia se muere más gente por envidia. [...] Desde que tenga plata, si alguien no piensa igual que yo... como vamos hacer una casa aquí, él dice que no, matémoslo porque él no quiere, simplemente por no pensar igual (Eexi,13 2011).

Yendo más a fondo —sobre el recurso de la eliminación de otro— se pregunta por una oficina sicarial en los años 80. Empieza a ser esclarecedor que el homicidio siempre ha sido, por sí mismo, una industria, simplemente el narcotráfico se convirtió en una inyección de recursos para que creciera y alcanzara otra escala.

Por narcotráfico no se veía mucho en ese tiempo que estábamos tan jóvenes, eso era más que todo era por vueltas pasionales. Más que todo por deudas: Fulanito debe tanto, aunque a vos no te decían por qué ni qué debía, es este man y esta plata, usted no preguntaba nada más, sólo dónde lo encuentro y muchas veces no sabíamos por qué era, de pronto con el tiempo te dabas cuenta que era por esa muchacha que se la hizo al marido y él lo mandó a matar. La mandaron a matar porque mi papá se casó con la mamá de él y él tiene unas casas y entonces matémosla para que no se quede con las casas. Así muchas situaciones que no tienen relevancia, por lo que usted menos se imagine, cosas incoherentes: por un alegato que una vecina le tiró agua a la otra, ay esta vieja hijueputa la voy mandar a matar, “Cuánto vale eso, tanto”. Gente muchas veces sin plata buscaba la forma incluso empeñando y mandaban hacer eso (Eexi,13 2011).

El narcotráfico no inventó nada. Más bien unas redes criminales muy homicidas le dieron contornos y hasta personalidad al negocio del narcotrá-

fico. El narcotráfico se pobló de asesinos y usó el modelo del sicariato para la solución de sus conflictos y como fórmula de competencia.

“A uno lo matan por cualquier cosa en Medellín” es una expresión popular que tiene modificaciones como “Ahora lo matan por cualquier cosa” o “Por acá lo matan a uno por cualquier cosa”. Pero como es lógico, la mayoría de las personas en Medellín no están en ninguna actividad criminal y, aún más, la mayoría de los delincuentes en Medellín no están dispuestos a asesinar, y dentro de los que sí están dispuestos a asesinar hay diferencias: matar en defensa propia, sólo a “alguien que le haya hecho algo a uno” o “que esté en su contra”. Sin duda, se trata de números pequeños con los cuales, sin embargo, no debemos conformarnos; si fuera solo del 1 %, sería mucho más de lo que se puede aceptar como sociedad y distaría mucho de ser una desviación. Es necesario cambiar, y es algo deseable desde la mayoría de los habitantes de la ciudad, aun si se trata del barrio con más influencia mafiosa de Medellín. La gravedad y recurrencia del fenómeno, como una tradición fuerte, no nos puede llevar a la estigmatización (precisamente esa tradición dista mucho de ser la cultura).

Si uno se adentra en la historia del homicidio en Medellín, encuentra que entre los siglos XIX y XX el homicida y su víctima tenían siempre una relación o se conocían de alguna forma, y los móviles siempre giraban en torno a algún conflicto al que no le encontraban solución, o, como se intuía en esa época, a un consumo excesivo de alcohol entre conocidos (Alzate, 2012). El fenómeno del sicariato agrega un tercer sujeto en estos conflictos, es decir, saca rentabilidad de esa incapacidad para resolver los conflictos, tomando el atajo más atroz.

El absurdo del homicidio lo hace multicausal y confuso, por lo que hay que trabajar en construir ciertas condiciones, capacidades y, finalmente, una

cultura que lo contrarresten. Profundizando en el cómo, se comprende un poco más lo circunstancial del homicidio y la fuerza explicativa del espacio social.

Por peleas pasionales, por casas, carros, porque le miró la novia, porque le tenía la mala; porque ese señor no le caí bien, o sea porque era muy antipático: “Aquel muchacho como es de creído me cae mal mandémoslo a matar”, por cualquier cosa, así de sencillo (Eexi13, 2011).

El homicidio está tan ligado a un absurdo, que en ciertos periodos y en ciertos contextos o territorios lo fenomenológico es que el móvil y la biografía o calidades morales de la víctima deje de ser importante. La principal conclusión es que los costos para el homicidio son nulos o muy bajos, y que implica un esfuerzo menor justificarlo frente a actores claves del entorno y de la propia vida afectiva del homicida, antes que llegar a acuerdos, controlarse o buscar otro tipo de sanciones. En ciertos momentos y contextos es fácil asesinar a la víctima y desplazar a todos sus familiares del barrio. Por lo tanto, hablar de culpabilidades o responsabilidades de la víctima no sirve para resolver el fenómeno, sino, más bien, de lo que se trata es de comprender para resolver la mirada desde las mafias y pandillas sobre la debilidad de sus víctimas, relacionado a la capacidad para legitimar el haberlas violentado. Clasificar los homicidios por los móviles desde el Estado es complejo porque, a tal nivel de penetración del crimen que se vive —y ante las raíces profundas de lo mafioso en los espacios barriales— no se puede resumir lo que pasa en un barrio simplemente como un enfrentamiento. Más allá de la clasificación social, debe preocupar la clasificación técnica estatal, porque esta verdad para los medios de comunicación y para la política pública puede basarse en categorías que definen

muy temprano el fenómeno por una reducción de la víctima a estereotipos y prejuicios; por ejemplo, si se trata de un joven que estaba en un barrio de pandillas, entonces es un pandillero que murió en un enfrentamiento entre bandas rivales.

Los homicidios cometidos por un integrante de una pandilla se clasifican como *enfrentamiento* o *ajuste de cuentas*, pero cuando se pasa el relato por una etnografía de más horas que la que hace la Policía, se encuentra que un móvil pueden ser los celos. La forma como se contabiliza el fenómeno hace que se minimice la condición de víctima de algunas personas y que se deje de comprender el fenómeno o las otras violencias que vive un barrio con una intensa influencia de una pandilla.

A la familia de ella yo le cobraba extorsión en Aranjuez, del grupo le mataron a un familiar. Era una familia muy próspera que venía de Caldas, y en Aranjuez nos aprovechamos de eso. Y yo era el posible autor material de un homicidio de un familiar (Eexi1, 2009).

Aunque en contextos diferentes, es importante resaltar que en muchos escenarios el homicidio y la muerte han estado ligados a diferentes concepciones sobre lo “bueno” y lo “malo”. Sin ir muy lejos, las “víctimas inocentes”, expresión usada en diferentes medios y, específicamente, en la recolección de información sobre dictaduras militares en Latinoamérica, implicaba que había otras “víctimas culpables”, lo cual, leído contextualmente, correspondía a aquellas personas que estaban en contra de la dictadura dominante (Naftal y Carnovale, 2004). Es por ello que lo de “merecer” la muerte siempre estará ligado a un contexto específico sobre nociones de lo “normal”, lo “aceptable”, que tiene que ver con ideas hegemónicas de control y sentido. En últimas, estas nociones son las que proveen un campo de significados e

imágenes para que en uno u otro contexto sea aceptado y/o justificado, moralmente, el homicidio.

El espacio de relaciones y moral del conflicto y la densificación y exposición del crimen en lo cotidiano —gracias a un fenómeno mafioso— hace que algunos sujetos con rasgos atípicos, y rechazados por cualquier moral pública saludable, encuentren un lugar para desarrollar y exponer su conducta violenta. Lo que es más grave es que este entorno puede relajar la moral y la ética de una persona completamente sana para validar el asesinato por alguna idea de la racionalidad o legitimidad del grupo violento. El ejemplo y la experiencia de lo cotidiano hace que la idea misma del homicidio quepa en personas promedio y facilita que los integrantes de un grupo sean homicidas. Sin duda, el grupo por sí mismo no es tan fuerte culturalmente como para tener una validación autocontenida de la eliminación de otro ser humano, sino que necesita, por lo menos, de la indiferencia externa. Sumado a una indiferencia generalizada, basta con que en el contexto inmediato de un barrio medianamente aislado se construya un relato de normalidad sobre el homicidio.

La insensibilización para algunos pandilleros se da rápido y para otros nunca termina. La insensibilidad es funcional porque sirve a un patrón, permite ganarse un lugar en la organización, ser respetado y temido por otros compañeros. Tiene que demostrar que sirve para eso, ocultar las emociones, ser funcional, demostrar que es útil; entonces debe despedirse de cierta expresividad, y al negar la expresión, el *enfriamiento* también va llegando.

Cuando me tocó matar a alguien uno ese día no duerme, uno piensa que se le va a aparecer el muerto a uno, un muerto, uno queda como asustado, por ahí a los dos o tres días ya uno queda con ganas de otro. Es como la sensación de uno sentir ese miedo, ese sustico que le da uno. Ya cuando sale otro man para

matar, ya uno dice hágale que yo voy y lo mato, cuando son así miedositos, se hacen los güevones y se esconden (Eexi4, 2010).

Como nosotros vivimos en un ambiente de malandrería, donde si vos decías “Ah, que pecado”, ya te van a ver como “Uh, este man no sirve pa’ eso, ¿cuál que pecado de qué?”. Entonces uno los sentimientos no los puede expresar, por decirlo así. Ah que lo maté y quedé con nervios, eso nada, guárdelo usted, porque entonces no le vas a servir al patrón, por decirlo así (Eexi12, 2010).

A uno le van metiendo la malicia digamos, un ejemplo de aquellos que sucedió, un pelado de trece, doce años, estaba en el grupo. Entonces resultó un violador, lo cogimos entre todos, entonces ya el viejo dijo, “Vea a ese hay que matarlo, manden la chinga”. Ahí ya lo están haciendo sicario, lo están entrenando para ser sicario, le dan esa oportunidad. ¿Que ya mató? le van a quitar esa presión de haber matado y ya vas a hacer un trabajo normal (Eexi12, 2010).

Un joven por el hecho de querer que lo tengan en cuenta o sobresalir hace lo que le digan por probarle al cucho o algo y hace cualquier cosa. Ahora se ve más que todo que los sicarios son puros pelados jóvenes, los ponen es a probar en cosas a ver si sirven para algo. Empiezan a delinquir por quererse mostrar que son capaz de hacer algo (Eexi15, 2011).

Más allá de la frialdad y el enfriamiento en las carreras delincuenciales, el narcotráfico y la guerra también atraen a algunos tipos de psicópata que se esconden y encuentran un tipo de adaptación en el negocio de matar. El discurso de sacralización de la vida y la radicalidad de que nada justifica el homicidio, antropológicamente debe comprender por qué es deseable matar y cómo o cuándo aparece como una solución a un problema.

Cuando maté a la persona. Me sentí como libre, como... Libre. ¡Fuerte! No me dio ni miedo (Eexi17, 2011).

Cuando alguien descubre que soluciona cosas matando, ya lo hace para todo, mandar a matar por todo (Eexi1, 2009).

Fue muy pequeño cuando me robó —yo tenía trece años— pero a mí me dolía mucho eso, yo siempre me preguntaba por qué mis papás tenían que salir todos los días a trabajar y llegar quemados y no poder tener la facilidad que tenían mis primos aquí en Malibú que todos los días tenían carne. A nosotros todo era hueso y eso me parecía muy berraco, el dolor que me causó a mí que me robaran esa plata, la leche y carne fue mucho. A partir de ese momento, yo empecé a mirar a ese muchacho todos los días, observaba, y él empezó a coger el vicio de la bazuca y lo empecé observar cuando se quedaba solo y eso. Me acuerdo que estábamos en exámenes finales de octavo y tenía que madrugar a un examen al otro día. El día del examen lo primero que hicimos: ellos por allá tienen un tronco de madera donde machucan el hueso, lo primero que nosotros hicimos fue robarnos esa hacha, arribita de donde cogimos a este muchacho nosotros lo encostamos, lo subimos hasta una parte que se llamaba La Toma y allá picamos a este muchacho. Con mucha alegría lo hicimos (Eexi20, 2011).

Aunque una tradición violenta conduce a una descomposición, y así a encontrar relatos que producen asco y personajes aberrantes, lo importante es ir cerrando espacios y recuperar el terreno desde donde ir generando la recomposición: aun en el peor contexto el homicida es una ínfima minoría y, dentro de los homicidas, el que mata más de un par de veces es todavía más escaso. Interrumpir los ciclos de violencia generará un impacto cultural que siempre producirá una influencia en la psiquis colectiva y, a la larga, en las psiquis individuales más complejas.

A él le decían el Tortuga y el hombre había robado a todo el barrio; nadie podía salir con nada. Cuando llegaba el niño dios con los triciclos no los po-

dían sacar porque si él estaba por ahí los robaba. Yo cogí eso muy personal y los otros dos amigos también hasta que llegó el día y lo hicimos. Los otros dos amigos en este momento no siguieron por el lado que yo seguí, terminaron sus estudios, están casados, tienen sus hijos viven una vida relativamente tranquila y normal. Yo no seguí esa vida sino con mi proceso. Cuando subía hacia mi casa me cogió, mayor que yo, me robó la carne, leche y devueltas... Desde ese día que yo tenía trece años empecé asomarme todos los días al balcón a mirar ese combito y hacerme allá, a mirar qué hacía y cuándo quedaba el hombre solo, cómo se movía y todo, hasta que a los 16 años estaba en noveno cuando con otros dos amigos estudiantes —sanos— fuimos y nos lo robamos y lo matamos, ahí fue donde me cambió la vida, ese fue el hecho primordial del cambio mío (Eexi20, 2011).

Yo con la gente que estuve nos gustaba echarlos al río, aunque yo he sido... a pesar de que en mi casa hubo violencia, me enseñaron a no robar, a no matar, conseguir las cosas bien habidas y así. A pesar de que hubo tan poca escuela, nos enseñaron eso. Por ejemplo, yo prefiero: “Váyase para no matarlo”. Primero porque un homicidio cuánto está dando, segundo matar a alguien y ver boqueando eso a mí me impacta y me atortola. El que diga que es mamado, fácil, que no hay que pensarlo, es una persona que está errada, que es ignorante. Una persona que no tenga el valor por la vida no merece vivir, primero mataría yo a ese. A mí los únicos que yo de pronto los haría, más por el problema que les conté, a un violador. Yo les decía, “Cuando tengan un violador en el sector me llaman así esté acostado, me llaman que yo atiendo ese caso” (Eexi7, 2010).

Aquí aparece el código de alguien que puede avanzar mucho en una carrera delincencial —porque controla todas las emociones, incluso la per-

versidad y la crueldad—. Un código confuso como el de matar sicarios y violadores hace parte de las sutilezas del crimen que genera un espacio moral para sus bases sociales. Complejidades y contradicciones que, por la fuerza de las tradiciones dispersas que ocupan un eje cultural, se van normalizando: algo así como disfrutar asesinando al que disfruta asesinar.

Al sicario hay que cazarlo, hay que cazarlo, lo están pagando y todo, entonces los muchachos siempre me dijeron, a todos los sicarios hay que matarlos, porque el que mata por plata es un hijueputa; usted defiéndase, defienda su familia y defienda su entorno. [...] ¿Cómo le van a poner precio a alguien? (Eexi20, 2011).

Lo que es funcional para las redes criminales no son solamente el arrojo y los jóvenes violentos, este trabajo etnográfico ha señalado historias detalladas de alguien fuera de control, asesinando a treinta o cuarenta personas, que finalmente el grupo criminal termina depurando (Eexi15, 2011). El crimen en Medellín es altamente homicida, pero no debemos caer en la caricatura de que no hay ningún control, o que se están cometiendo todos los homicidios posibles. Las redes y grupos criminales han contado con jefaturas que asesinan a los miembros fuera de control o se los entregan a las autoridades: muchas veces basta con retirarles el apoyo para que alguna de las dos cosas suceda más pronto que tarde.

Eso fue cualquier día por la noche, cogieron dos personas robando y les tocó a dos manes cogerlos y los llevaron a una quebrada y los mataron, el pelado se volvió adicto a eso, él tenía mucho más mando que yo, resultaba, “Hay que matar a alguien”, él decía, “Venga yo voy, déjemelo matar a mí”, cuando no es... psicológicamente estaba mal, una vez cogió un amigo y lo encendió a bala porque le dijo algo que no le gustaba, hasta que a él lo mataron por eso. Al amigo que

cogió a bala no lo mató, pero sí varias veces pasaron esos incidentes con él hasta que un día lo desaparecieron porque ya no lo controlaban, era muy peligroso para todos, hasta para los que mandaban eso se le salía de las manos [...]. Ese muchacho tenía cuando lo mataron por ahí 18 años. La adicción a matar empezó muy joven: él venía de un pueblo y a él le tocó ver matar al hermano, mataron a un hermano al lado de él y debió generar algo en el pelado y eso lo volvió adicto. Él duró cuatro años después de que se fue a vivir al barrio, él se metió como a los trece años, como a los catorce años empezó a matar gente. La carrera de ese pelado fue muy jodida porque era demasiado adicto a eso (Eexi15, 2011).

Un postpenado por hurto cuenta que tenía discusiones con sicarios, donde los criticaba por asesinos y además opina que matar es muy fácil, sobre todo matar por fuera de un combate, a un indefenso, a alguien desarmado (Eexi5, 2010). Una reflexión de un antiguo delincuente —que no estuvo dispuesto a matar— sobre la falta de honor en los asesinatos, ayuda a derribar mitos y desacostumbrar la mirada.

Es esperanzador, en todo caso, que los criminales que no aceptan el homicidio se las ingenien para nunca tener que matar a alguien. Por otro lado, la primera vez de muchos asesinos es traumática y, en algunos casos, se configura como un impedimento para continuar en una carrera criminal o buscar durante meses una salida.

Sin duda, hay aspectos psiquiátricos complicados en las personas que ejercen sistemáticamente actos crueles, pero los giros psicológicos son muy sensibles y tienen mucho que ver con la representación de sí mismo que se tenga. La imagen se construye dependiendo del momento de la historia o la desembocadura de la misma, y en la justificación puede estar la clave del arrepentimiento y un afán por dejar de ser imperdonable.



V. El que nos cuida

Policía: recuperar territorio y evitar homicidios

Al preguntarles a 152 adolescentes de Medellín su opinión sobre la Policía (Encpj, 2016)²⁹, pudimos ver que la distancia que separa a los adolescentes populares de esa institución es enorme. Este punto permite entender por qué resulta tan difícil que esta población busque la protección de la Policía.

La encuesta realizada a los grupos focales con adolescentes de periferia que cursan bachillerato permite comprender, a la luz de muchas noticias preocupantes (Doria y Galvis, 2020), que la Policía suele ser un factor de miedo y de angustia para los jóvenes populares en Medellín, en el año 2016.

Cuando se le pregunta a la Policía sobre los jóvenes de periferia, estos empezaron a enumerar problemas estatales, sociales y morales, como la crisis de la familia y los cambios generacionales de valores (Gfpol, 2016)³⁰.

Hay sensatez y capacidades intelectuales y comunicativas destacadas incluso en los más jóvenes y menos preparados miembros de la Policía,

29. La sigla corresponde a la fuente etnográfica Encuesta a policías sobre jóvenes, que se puede consultar en las referencias al final del libro.

30. La sigla corresponde a la fuente etnográfica Grupos focales con policías, que se puede consultar en las referencias al final del libro.

siendo capaces de formular críticas a la sociedad, al Estado, a la propia institución y a su propio trabajo. Sin embargo, es muy clara la forma como jerarquizan los problemas y las responsabilidades, sin dejar de ser diplomáticos, argumentando que la principal falencia recae, primero, en los padres de familia, segundo, en el Estado, donde hay funcionarios y servidores que no le siguen el ritmo a la Policía y que pueden tener un menor compromiso, tercero, la institución policial y, por último, ellos mismos (Gfpol, 2016).

La mayoría de los participantes de la Policía en grupos focales se ponen de acuerdo sobre una tesis con respecto a la utilización del tiempo libre de los niños y adolescentes, y la supervisión que debe estar a cargo, especialmente, de la familia, y en menor medida de la escuela. Lo que se podría resaltar de esta tesis es que hay una concepción de que los jóvenes no tienen por qué estar en el espacio público, mucho menos en la noche, y esto conlleva igualar el ocio con el consumo de drogas, el consumo de drogas con la adicción, y la adicción con el delito. Esto trae consigo una lógica de opiniones negativas con respecto a los tatuajes, el pelo largo, las aretas y otras formas de vestir, que casi siempre lleva a asociaciones prejuiciosas (Gfpol, 2016).

Un joven debe estar en el hogar o en la escuela (Gfpol10, 2016).

Se puede decir que la mayoría de los policías son conservadores, pero eso no necesariamente es el problema, porque dentro de ese grupo de conservadores puede haber vocación y ética. Esta indagación arroja una mayoría de Policías con una clara vocación de servicio sobre el cuidado y la protección, incluso de los jóvenes y adolescentes para los que tienen, a priori, fuertes críticas.

A la luz de las noticias en Colombia en los años 2019 y 2020³¹, lo que sucede es que un porcentaje bajo de integrantes de esta institución sin vocación de servicio definen la experiencia negativa que tienen de ella los jóvenes de periferia o los manifestantes. Tampoco se trata de casos aislados, pero se requiere empezar a comprender los fenómenos de descomposición donde integrantes nocivos pueden arrastrar o definir la dinámica en casi la mitad de sus miembros, que se muestran desmotivados o sin criterio.

Los policías piden ser respetados por los jóvenes, pero aunque esta idea central puede generar predisposición, hay un terreno con el cual trabajar cuando es común en las conversaciones que se aclare que se trata de un respeto sin temor, o sea un respeto que implica confianza.

Lo ideal es que sientan confianza (Gfp20, 2016).

Llama mucho la atención que de 149 policías sólo uno mostró que no le importaba lo que sintiera un joven de él o de sus compañeros; los demás se mostraron ampliamente interesados en esa sensación de los jóvenes sobre ellos.

El deseo de ser respetado se puede canalizar hacia una utilidad o servicio, luego hacia ser comprendido y, finalmente, ser ejemplar. La ruta donde coincide la gran mayoría de los policías entrevistados podría ser muy positiva: alguien que quiere ser ejemplar cuida mucho su comportamiento y luego la mayoría de sus vínculos. Las crisis temporales y estructurales de una institu-

31. Remitimos a dos noticias que son ejemplos de agresiones de la Policía, específicamente a ciudadanas jóvenes, y que generan una movilización y una expresión muy fuerte en contra de la institución: <https://www.youtube.com/watch?v=UrEILoztSJE>, y <https://www.bluradio.com/sociedad/mujer-que-no-participo-en-marchas-denuncia-agresion-del-es-mad-en-medellin>

ción como la Policía tienen un aspecto psicológico clave en el intenso estrés de un trabajo de alto riesgo, frecuente maltrato por parte de los superiores y una impotencia ante las exigencias de la comunidad.

Lo ideal es que sientan confianza (Gfpol20, 2016).

Nosotros nos concentramos en cumplir el horario, no nos damos cuenta del potencial que tenemos en el uniforme para mejorar la comunidad (Gfpol8, 2016).

Es preocupante, sí, que los policías que no están de acuerdo en proteger a este tipo de jóvenes y adolescentes (propensos, según ellos, al delito) son muy numerosos (aunque no sean la mayoría). Dentro de estos hay un subgrupo que expresa opiniones como *No me importa que los maten* y que, a su vez, muestran una gran fatiga o decepción en su trabajo, lo que manifiesta una falta total de vocación (Gfpol, 2016).

Sin ir más lejos, hay que detallar que los policías entrevistados son conscientes de que la Policía termina siendo una institución comodina, que absorbe el trabajo que no hacen otras y los vacíos acumulados que estas han generado. Se enfrentan a problemas acumulados y a las metas que les son impuestas por algunos políticos y por la opinión pública, lo que los hace pensar que tienen tareas infinitas.

La Alcaldía debería estar con todas sus instituciones en el territorio (Gfpol3, 2016).

En aras de no entrar en generalizaciones que sean caricaturescas, hay un grupo de policías, cerca de la mitad de los entrevistados, que también sostienen la tesis de que la inseguridad es un problema de inequidad que implica la superación de la pobreza extrema. En este sentido, explican que ellos, también se ven abocados a enfrentar un problema cuyas causas deben

enfrentar otras instituciones (Gfpol, 2016). Estas consideraciones muestran cómo los policías tienen una mirada poblacional, una capacidad de análisis y ejercen un debate sobresaliente, pero también se trata de un obstáculo para resolver los problemas y generar mejorías de forma creativa. El problema del maximalismo y de buscar culpables es que termina siendo intelectualmente perezoso.

Quizá todos los problemas de la Policía para relacionarse con los jóvenes de periferia, y que impiden la llegada de otros servicios o programas de protección, parten del tratamiento que se les da a los criminales y de la distinción entre conductas de riesgo y clasificar a todos los jóvenes como delincuentes. Lo primero no está relacionado con un llamado al debilitamiento de la institución, ni una aquiescencia con la criminalidad, sino a criterios tan sencillos y tan formales como capturar antes que herir o matar y a proteger la vida de un delincuente frente a una amenaza o la agresión espontánea de otro.

Hay que reconocer que hay una historia de décadas donde las muertes causadas por la Policía colombiana han sido bajas en comparación con otras Policías en contextos igual de problemáticos. Esto no es para conformarse, pero sí para tratar de recuperar lo que puede ser fácil de recuperar y para empezar a resolver esta descomposición mayor. Por otro lado, no suele haber ningún procedimiento para evitar un homicidio de alguien que genera muchas sospechas o que claramente es un delincuente —sin importar que sea incluso un adolescente—. De esta forma, la Policía se desaprovecha como una institución clave para interrumpir las carreras delincuenciales tempranamente y quitarle base social al crimen.

Es posible que las y los policías observen y comprendan, en lo básico, a un adolescente de periferia sin estereotiparlo. En uno de los grupos focales se

impuso una mirada óptima y clara que no estigmatiza, aunque los estigmas fueron más comunes que una mirada libre y analítica; pero lo que apareció en más conversaciones con la Policía fue la diferenciación del adolescente pandillero por su actitud, los comportamientos, los gestos y los modales.

A una persona se le ve por encima la falta de valores, su educación, su agresividad [...] (Gfpol4, 2016).

Agrandado, pierde la pena, pierde todo (Gfpol4, 2016).

Esta apreciación tiene el problema filosófico de que una actitud, gestos y modales no pueden ser sancionados penalmente. Pero alejémonos por un momento de lo filosófico, porque la inteligencia criminológica no puede esperar a que el crimen se cometa, técnicamente en estos grupos los integrantes de la Policía de mayor edad discutían y muchas veces convencían a sus compañeros más jóvenes de que los adolescentes y jóvenes realmente vinculados al crimen saben tratar mejor a los Policías, son más amables (Gfpol, 2016).

En la historia de Medellín, pese a la estafalaria historia de Pablo Escobar, lo normal no es que los criminales agredan a la Policía; esto se puede rastrear en la cifra de policías víctimas de homicidios que, aunque se desearía que fuera más baja como con todos los crímenes de este tipo, comparativamente es baja y, especialmente, poco representativa. Así mismo, un grupo menos sofisticado, más espontáneo y con menos experiencia puede agredir más fácilmente a un policía.

Muchos policías saben usar este aprendizaje bien y saben relacionarse poniendo límites, evitando el uso de la violencia y, por su puesto, investigando o estudiando un territorio y su contexto. El problema de percepción es gigante y a veces un policía no puede saber exactamente qué se espera

de él en un contexto difícil: por un lado, no debe ser violento, para investigar tiene que hablar y socializar un poco con la comunidad, pero como también hay corrupción, acercarse y hablar con pandilleros puede ser visto como un acto de ineficacia y de corrupción. El problema es muy complejo porque suele tener unos acumulados de décadas, pero hay que empezar a resolverlo con el acompañamiento de la alcaldía en el territorio periférico específico, y con una comunicación que involucre el diálogo con la ciudadanía.

A mí me tocó desarticular una banda de 30 personas. Yo me acercaba a ellos y les decía: cuando se caigan, ustedes saben lo que les va tocar enfrentar conmigo. Yo empecé a buscar la manera de desarticular a ese combo, pero también buscar la manera de ayudarles con particulares (Gfpol8, 2016).

Por otro lado, cuando el policía no comprende el territorio, que es tan familiar para un pandillero, empieza a chocar con los jóvenes y adolescentes que construyen el concepto de que deberían estar persiguiendo a otros. Esto no sólo se agrava por la disposición y funcionamiento operativo de la Policía, sino que pasa por un marco cultural, de políticas, de parámetros de la institución, y su propia cultura. Uno de los factores de choque más grave son los de la censura moral con respecto al consumo de drogas (Gfpol, 2016).

Los integrantes de la Policía que están en el territorio cotidiano y que podrían usar el tejido social, normalmente son muy jóvenes y se quedan poco tiempo en un mismo territorio. Los policías se están jubilando muy jóvenes y los ascensos suelen implicar sacarlos del patrullaje. No se le está dando la importancia al patrullaje y al patrullero como etnógrafo y mediador. La rotación sobre los territorios, y el hecho de no ponerlos a trabajar

en los lugares donde nacieron, crecieron o tienen a su familia, son medidas anticorrupción y de contrainteligencia, pero sería importante que las capacidades técnicas y de supervisión, o una gran veeduría, disminuyeran este riesgo de otra forma. En todo caso, la inexperiencia de los policías en territorios cotidianos hace que no se termine de tener un concepto que diferencie los fenómenos mafiosos de otras identidades, incluso de movimientos sociales como el anarquismo, los grafitis, el *hip-hop*, el punk, el metal y los *skaters*. Aquí también entran en juego las emociones para no darle demasiada importancia a un gesto cualquiera, o a la ausencia de este, y desde ese aparato emocional permitirse comprender que la rebeldía juvenil no es un riesgo para una institución como la Policía en una democracia³².

El currículo de los policías destinados al patrullaje (patrulleros) es algo que hay que diagnosticar para darle una mejora radical; también puede haber un enfoque de una oficialidad y suboficialidad excesivamente enfocada en el trabajo de oficina, lo que genera una elevada burocracia. En muchos casos, la instrucción en la cadena de mando puede ser muy educadora y generar cambios buenos y malos en la cultura de la institución, pero aún en los casos positivos, esto se puede profundizar con distintos tipos de experiencias pedagógicas que pueden ser prácticas y funcionales para los uniformados y versar sobre asuntos tan simples como el conocimiento cultural y social de un territorio mediante un guía improbable para ellos —como una mujer

32. Muchos jóvenes o ciudadanos y ciudadanas críticos y rebeldes suelen desestabilizar un gobierno, pero no al Estado y, por lo tanto, a las instituciones, y la carrera policial no puede depender del nivel de popularidad de un gobierno.

transexual en el centro o un rapero en una periferia—. Más aún, se puede revisar la normatividad y las políticas que llevan a no aprovechar más a los policías veteranos en el terreno.

Se encontró un factor subyacente para el retroceso y estancamiento de la Policía: la sobrecarga y la motivación; entonces, es importante la selección y los filtros psicológicos donde juegan un papel importante los instrumentos³³, pero también las calidades de los seleccionadores y los instructores. Personas manipulables, individualistas, agresivas y obsesionadas con mandar no sirven para esta institución, y quizá para ninguna, pero esta es especialmente sensible, ya que cualquiera de sus integrantes puede ser objetivo de la corrupción y las faltas en el servicio pueden significar pérdidas humanas en segundos.

Un policía con vocación en un barrio puede cambiar una situación, resolver un conflicto o incluso salvar una vida. Hubo una historia detallada de un policía que se dio cuenta de que un joven iba a ser asesinado y lo montó en su moto y estuvo veinte horas con él, en un auténtico *tour* institucional, para que alguien le diera albergue y lo pusiera a salvo. Se sentía caminando en círculos. Finalmente, el policía fue sancionado porque no se supone que esas fueran sus funciones, pero el joven sigue vivo varios años después y el policía tiene la certeza de que si no se hubiera hecho eso, lo hubieran asesinado (Gfpol19, 2016).

A mí me tocó en la costa con pelados de Manrique. Querían que los capturaran porque los iban a matar los urabeños. Yo digo que les salvamos la vida (Gfpol8, 2016).

33. Encuestas y requisitos formales.

Le ayudé a un pelado a que entrara al SENA y está muy agradecido porque le trabajaba era a los pillos y ya no vive en Manrique por miedo, pero se cerró el ciclo (Gfpol3, 2016).

A mí me ha tocado ayudar a la protección de adolescentes, tanto que pertenecían como que no pertenecían a combos. Lo que hice fue buscar la forma de sacarlo del barrio y tratar de mediar (Gfpol15, 2016).

Un pelado que ya sabía que lo iban a matar y llegó llorando y dijo que lo llevaran a un centro de retención, de resocialización. Le empecé a hablar sobre las cosas en las que más estaba metido. Y él se comprometió a cambiar si lo llevaban a ese lugar, pero siempre volvía y delinquía y hasta que lo mataron. Uno queda con la satisfacción de que se le brindó la ayuda, se agotaron los recursos. También falta la presencia y ayuda de las otras instituciones, se necesita un engranaje entre todos y más cuando ellos no tienen voluntad, se arrepienten pero cuando pasa la zozobra vuelven y caen... (Gfpol5, 2016).

Hay casos donde el policía enfrenta directamente la amenaza y, sin que la prioridad sea el intercambio de información para investigaciones y procesos judiciales, logra disuadir a los potenciales asesinos. El diálogo es importante, pero quizá lo poderosamente simple es sacar al joven del entorno de riesgo. Aunque puede haber asesinatos muy complicados y en los que se ha dispuesto muchos recursos (lo que pondría en riesgo a una persona en toda la ciudad), en contextos de pandillas hay homicidios en los que no se persevera por mucho tiempo y que los recursos disponibles o autorizados para este no sobrepasan un par de barrios contiguos.

Sí se puede decir que ahí uno que tímidamente piensa en protección, pero el sistema no lo deja hacer mucho (Gfpol16, 2016).

Uno a veces pone en conocimiento ese caso con un superior, pero no le hacen caso. ¿Entonces qué puede hacer uno? Eso también hace que los niños no se acerquen porque creen que uno no sirve para nada (Gfpol10,2016).

Cuando le llega a uno un pelado que lo van a matar, uno le dice que ponga el denuncia, y él dice que mientras hace eso lo matan (Gfpol16, 2016).

Lo más importante en un programa o política pública que concentre a los policías en la protección y el socorro de víctimas potenciales de homicidio, es el mensaje, la pedagogía y el reconocimiento por esto. No hay que olvidar que la Policía termina compartiendo la cultura de todos y las mismas lógicas o mecanismos para comprender la violencia.

Por ejemplo, una señora que era drogadicta y robaba por acá y era muy problemática. Se la llevaban para el apoyo de la Alcaldía, pero después volvía. Los del combo le quitaron ese problema a la comunidad (Gfpol17, 2016).

El policía es malo hasta que el joven quiera cambiar (Gfpol20, 2016).

Se puede generar los protocolos y procedimientos necesarios, institucionalizando dentro de las funciones de la Policía salvar vidas y generar herramientas como albergues para esto, pero hay que trabajar bastante sobre el talento humano para que no se quede en letra muerta, sino que se construya una cultura institucional.

Lo primero que buscan es irse del lugar si cuentan con el apoyo de alguien más en la familia. Uno busca el apoyo institucional pero se encuentra las puertas cerradas, si uno no encuentra apoyo en la institucionalidad lo que hace es decirle para dónde se quiere ir y montarlo en un carro (Gfpol10, 2016).

En todo caso, habría que enfrentar un proceso que se tiene que dar en paralelo para generar círculos virtuosos: el policía debe encontrar la ruta institucional para no tener que actuar como un héroe que socorre a una víctima

potencial de homicidio, luego debe ser reconocido y que esas conductas positivas le sumen con claridad en sus indicadores. Desde el ingreso a la Policía, la formación y la pedagogía permanente deben de coincidir filosóficamente con el auxilio y la protección.

Yo les digo cuando se me acercan es que se vayan para donde un familiar o a otra parte. Me dicen que por lo menos los acompañe a la casa y yo los acompaño, pero no tengo nada más que hacer (Gfpol16, 2016).

A mí me llegó un pelado a la estación que lo iban a matar porque se había robado una alcancía. Yo le pregunté por qué había cogido algo que no era de él (Gfpol6, 2016).

El policía comparte el rasgo cultural común y bastante inconsciente de desplazar la responsabilidad o la culpa hacia la víctima, causando una desproporción que hace más grave el robo que el asesinato o que pone en igualdad de condiciones, o en consecuencia lógica, el consumo de drogas y el asesinato. Una minoría importante de policías no está dispuesta a socorrer a un ladrón, drogadicto o pandillero, pero la gran mayoría tienen la capacidad de entender que no existe un patrón que indique que todas las víctimas son delincuentes y menos una filosofía que afirme que merecen ser asesinados.

También ocurre mucho que son muchachos que son sanos y no quieren estar en el combo o volver al combo, entonces los amenazan. A mí me tocó mucho en La Loma. Uno les presta la ayuda con el protocolo que tenemos, los trasladamos (Gfpol18, 2016).

Justificar un homicidio implica, directa o indirectamente, darle legitimidad a una mafia; por el contrario, impedir un homicidio no sólo afecta su legitimidad, sino también su reputación y el poder que se emana de esta. El principal servicio de una mafia con el que busca legitimarse es la seguridad.

Por más que sea aterrador, la forma en la que crean inseguridad, amenazan y agreden a la población, que termina por convertirse en su clientela, hay que comprender esa costumbre que genera una pandilla, y lo relevante de prestar un servicio de seguridad efectiva allí en la periferia y a los más excluidos. Arrebatárles esa función puede ser el eje principal para quitarles el territorio a las mafias y al crimen.

El principal servicio de seguridad es proteger la vida, lo que se enfrenta con una dificultad: el perfil de la víctima de homicidio a veces no parece el tipo de persona que la Policía se imagina cuidando. Cuando se repasa con algunos policías la posibilidad de evitar los homicidios, ellos hablan de la impotencia por sentir que en ciertos territorios la mafia define con mucha intensidad la vida de alguien, pero al mismo tiempo considera, con igual fuerza, que los jóvenes que no recurren a ellos son criminales. Explican, entonces, que además de enfrentarse a mucha tramitología para ayudar a alguien en riesgo, no es muy común que la víctima potencial de homicidios, el joven amenazado, recurra a ellos, y explican esto argumentando que existe un mecanismo o una descomposición que los deja por fuera o los supera.

desconfianza
no se dejan ayudar
tramitología
directrices amenaza
criminal Policía
impotencia familia
insuficiencia carga
institucional
no quieren cambiar
institucionalidad
problemas

Sistematización de las respuestas de grupos focales a policías a la pregunta de por qué un joven no recurriría a la Policía (Gfpol, 2016).

Lo otro que hace es buscar otro grupo delincencial a que lo ayude. Si no pertenece a un grupo, busca uno. O busca armas y formas de defenderse (Gfpol15, 2016).

NO. Casi nunca recurren a uno. Más bien recurren a los del combo para que arreglen la vuelta (Gfpol16, 2016).

Aún en contextos complicados como Medellín, un número pequeño de policías pueden ser una presencia estabilizadora, y lograr más que cuando se precipitan de forma agresiva. La policía o el policía experimentado sabe que para desmantelar una pandilla de nada sirve la agresividad o la violencia y que eso no le hace perder autoridad. Hay que poder recuperar también las reflexiones de lo que significa prevenir un homicidio, además de las capturas y las incautaciones.

Un pelado que no les quiso prestar la moto o trabajarle a los del combo y lo golpearon. Yo fui a buscar a los que le hicieron eso y los traje a la Estación y hablé con ellos y ahí terminó el problema, no volvió a pasar (Gfpol17, 2016).

Hay que ser comunitario. Muchas veces sabemos que allí hay un adolescente que necesita ayuda y no hacemos nada. Podríamos salvar una vida. Tenemos muchas herramientas para ayudar a un adolescente (Gfpol8, 2016).

En las Policías se pudo instalar un prestigio y una jerarquía de la lucha criminal, haciendo sólo valerosos a los policías que luchan contra estructuras criminales y están frente a grandes rentas ilegales; en ese contexto, incluso temas como la investigación de un homicidio pierden relevancia, y mantener a salvo a una comunidad o quitarle territorio a una mafia no parece estar en el centro del intercambio de logros por prestigio.

Puede que esto muestre, también, una incompreensión de lo que es una geoestrategia anticrimen, vaciando o simplificando las dinámicas sociales y, por tanto, las de confianza, pero todo esto parte de una concepción de la fuerza clásicamente militarista.

Algunos autores plantean que la reproducción de ambientes militarizados en la policía y el mantenimiento de la subcultura policial tradicional basada en la fuerza afecta todo el proceso de aprendizaje formal en la academia, debido

al énfasis en la obediencia y la confrontación, en vez de la deliberación, la reflexión, el análisis de problemas y la resolución de conflictos. (Chappell y Lanza-Kaduce, 2010; Hodgson, 2001 en Bulla y Guarín, 2015, p. 14)

“Hay una sobrevaloración del guerrero y sus historias de guerra, sobrevalorando un aspecto del ejercicio y eclipsando las competencias ciudadanas” (Bulla y Guarín, 2015, p. 14).

El policía se siente extraño o incómodo en los territorios con baja estatalidad, y en riesgo en los que son guetos criminales, pero allí es donde es clave la protección del adolescente popular. El uniformado tiene que lidiar con las creencias y con una apología al crimen que puede compartir y lo hace sentir dilemas de legitimidad y hasta impotencia. Está enfrentando problemas acumulados frente a los que no se le puede dejar solo, y que requieren de procesos sociales, republicanos y de ciudad. El policía suele ser crítico con la desconfianza de la población, pero no es capaz de notar la propia desconfianza que él siente con respecto a la población.

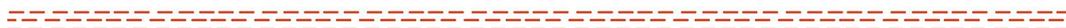
Un punto de partida para la Policía y la alcaldía puede ser el ejemplo que parte del servidor público, y con este lograr la confianza de la ciudadanía. Si en un barrio desconfían de la institucionalidad, más vale que el primer paso sea que los servidores públicos confíen en el ciudadano, acotando una presencia y una función cotidiana. El problema ha sido muchas veces que el cortoplacismo de los resultados mediáticos y la espectacularidad de la política de seguridad hacen que la población se use y se exponga. Esto genera ciclos interminables y un aprendizaje de décadas que genera lealtad a aquel actor que permanece en el territorio: la mafia. Una tarea concreta es rodear a la Policía para que llegue a ciertos vecindarios y no se vuelva a ir.

PRINCIPIOS DE LA SEGURIDAD CIUDADANA

AUTORIDAD

CIUDADO

REPARACIÓN



Controlar y
tramitar equivocados

Proteger
aterrorizados

Descorazonados

Autoridad es no
tener que usar la
fuerza y fuerza es
no usar la violencia

Confiar en el
ciudadano

Empatía en la
reconstrucción



Luego de trabajar el currículo, el ingreso, la medición y la veeduría de la Policía, hasta donde permita en cada legislación un convenio y una discusión nacional desde lo local, se debería propugnar por tener policías especializados para el tejido social y para quedarse en el territorio y desarrollar servicios, que no supediten toda la relación con la comunidad a la inteligencia para realizar capturas. Se ha recomendado una polivalencia en la Policía (Llorente, Ortiz y Urrutia, 2008), y puede que este sea un punto de llegada, administrativamente correcto, para lograr enfrentar distintos momentos y tener flexibilidad en el talento humano, pero dado los acumulados de cultura institucional, los problemas latinoamericanos de violencia y la emotividad de la opinión pública, se necesita dividir las funciones de la Policía entre protección e investigación (ojalá esta última más especializada en resolver todos los homicidios y no sólo en realizar organigramas criminales).

En territorios complejos puede ser necesario que una gendarmería o una Policía con labores sociales y comunitarias no tenga por qué prestar ninguna ayuda a una Policía dedicada a las grandes capturas o al desmantelamiento de las organizaciones criminales. Tener estas dos modalidades de Policía fuertes y sin subordinar una a la otra, puede ser la forma en que el tejido social adquiera un valor estratégico similar (su confianza y cooperación) a las capturas de valor³⁴. La meta acá es quitarle espacios, transacciones y toda la legitimidad a la mafia de una forma no violenta, sino con autoridad, en una acumulación que requiere constancia, pero que puede mostrar impactos en un vecindario luego de dos o tres años.

34. Como jefes del narcotráfico o jefes de bandas.

La no subordinación de una Policía de cuidado a otra especializada en grandes operativos o capturas, evita que la primera sea usada y así se rompa la confianza que se puede construir durante años. Esta Policía tiene que ganarse la confianza y no la puede traicionar por un resultado mediático que sea insostenible o ponga a un poblador o a toda la población en riesgo. Afianzar un territorio, con confianza y dejando al crimen sin base social, es igual de importante que la captura de cabecillas. Una cosa no quita la otra: las capturas vendrán después y ojalá cuando las organizaciones criminales estén replegadas y ya no tengan influencia sobre una población.

En el territorio cotidiano que hay que recuperar es donde se debe poner a prueba o pilotear otro esquema en la Policía de turnos, servicios e indicadores, siempre en línea y reforzado por símbolos de servicio público que aparezcan desde la selección y creen una ritualidad del patrullaje.

Tal vez hay una ausencia de tesis más profundas en el Estado sobre el impacto social de las relaciones con la comunidad periférica y la profundidad metodológica de la prevención. La prevención tiene que darse desde el servicio mismo de la justicia, y la justicia nace de la necesidad de protección.



Tierra no hacen más

En una ciudad como Medellín se captura muchas más personas en el acto delictivo (flagrancia), que por investigaciones (por orden judicial); por tanto, el sistema carcelario a veces colapsa y la operatividad de la Policía se desgasta en un tipo delictivo de drogas (50,4 %) (SISC, 2020) que tiene el problema de confundir a los expendedores con los consumidores.

Entre los años 2008 y 2019, en Medellín el 23,4 % de la población tiene entre 14 y 28 años, el 51,3 % de las víctimas de homicidio tienen esa misma edad y el 60,8 % de los capturados están en ese grupo etario (SISC, 2020). Esto significa que el riesgo puede aumentar por lo menos dos veces en esa edad, y que los objetivos de las capturas son jóvenes; más allá de lo normal de las transiciones, la imputabilidad y la movilidad y actividad en el espacio público, las capturas tan altas en este grupo etario podrían estar mostrando una capacidad de la Policía de descubrir que la mayoría de delincuentes pertenecen a este grupo etario, un error técnico de capturar a las partes poco experimentadas y poco estratégicas en el organigrama criminal o un error filosófico en capturar ilegalmente por cuenta de un prejuicio.

También es natural que el centro de la ciudad concentre muchos de los fenómenos delictivos, así como transacciones, flujos y operatividad policial. Sin los delitos menores, el centro deja de esconder o disimular las otras comunes y deja de ser el eje de las definiciones de las necesidades de la operatividad policial (sigue siendo la principal, pero ya no está sola).

La capacidad violenta en una ciudad como Medellín, mucho mayor a la necesaria para crear una violencia inaceptable y una crisis de seguridad,

hace que la principal solución al problema no sean las capturas. Así capturen a la mitad de los criminales de poca monta, la ciudad seguirá teniendo la misma capacidad violenta o criminal. Cuando se aplican varios análisis cuantitativos, no se ve que el fenómeno del homicidio se altere por las capturas graves o las capturas por homicidios. La correlación entre el fenómeno del homicidio y las capturas por homicidio y por concierto para delinquir (el principal tipo penal para capturar a un jefe de combo, pandilla o banda) no es superior al 0,13, ni meses, ni semanas después (SISC, 2020).

La geoestrategia de capturas no parece ser el problema: se están concentrando las operaciones en los territorios donde hay un patrón de homicidios atribuible a la presencia permanente de actores armados. En todo el periodo de tiempo que se estudia (2008-2019) la probabilidad de que una captura por delitos graves se dé en la misma comuna donde hay homicidios fue de 85,1 %, y en el 2019 fue de 85,3 % (SISC, 2020). Es entonces probable que se esté capturando a miembros de grupos defintorios para el homicidio.

Aunque es deseable que se resuelvan más rápido los homicidios y haya más capturas de autores intelectuales y materiales, los resultados de una política de seguridad que se centra en capturas o judicialización son muy pobres y poco sostenibles. Quizá el principal problema es que, aunque a una política de sólo capturas le faltaría integralidad, esta ni siquiera logra profundizar lo suficiente haciendo que la cárcel no aisle al criminal con mucho poder, no resocialice al criminal con poco poder, que no se termine por judicializar (o tener pruebas suficientes) a los capturados, y que no se capture o se tenga una orden de captura para suficientes criminales y de suficiente nivel.

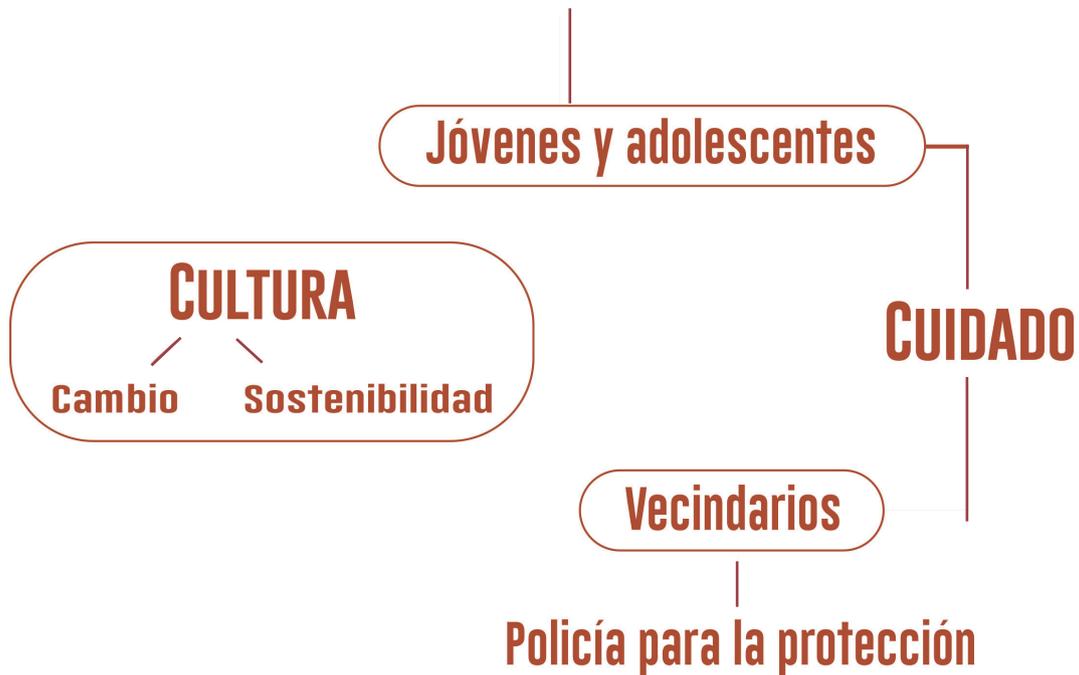
Inicialmente, la investigación y la inteligencia están fallando para identificar las capacidades violentas del crimen que generan un control mafioso

de un territorio y ocuparse de este sólo cuando hay homicidios o estos se vuelven muchos o demasiado evidentes. Más allá, la falta de procesos y de técnicas hace que sólo con capturas u operativos las bandas se reemplacen unas a otras y el crimen se recicle. Este punto de la regeneración de grupos como los combos muestra problemas sociales y culturales de la naturalización de los adolescentes y preadolescentes dispuestos a ingresar a grupos que matan o a cumplir funciones criminales. La sanción de la captura, la correccional (para menores), la cárcel o incluso la muerte, no es suficientemente disuasiva. Falta conectar toda la sanción jurídica o policial con el desprestigio (rechazos generales y sobre todo específicos, como lo son los afectivos) y generar contextos donde no sólo haya más qué perder por entrar a un grupo que asesina, sino también la suficiente dignidad para decirse a no entrar en él.

El cuestionamiento frente a una política de seguridad de “mano dura” es que generalmente no es una estrategia. En esto suele haber precipitación, ausencia de medición y falta de sinceridad sobre las reales capacidades y su viabilidad. La toma de decisiones de los gobernantes locales sobre un operativo o una militarización en el lugar donde hubo un homicidio, presionar para que haya capturas y luego para dismantelar al grupo del que hace parte, tienen una clara función mediática. Esto se une al llamado popular sobre sentencias largas, la laxitud con las pruebas para poder encarcelar a cualquier sospechoso (indiciado) y a la eliminación de los criminales.

POLÍTICA DE SEGURIDAD CIUDADANA

SACAR DEL TERRITORIO Y SOCORRER



Como este tipo de decisiones no tienen la previsión de una estrategia, los resultados son inciertos e inestables: los capturados no suelen tener información o conocimiento definitivos para disminuir el crimen o la violencia, se pueden generar desacordos en la competencia entre grupos o en la propia jerarquía, o relevos entre organizaciones y crear situaciones de denuncias, manejo de testigos y simples confusiones sobre colaboraciones de pobladores. Todo lo anterior genera nuevos homicidios, especialmente lamentables.

Hay que evitar caer en el espectáculo de la seguridad. La seguridad sostenible y que vale la pena —porque no produce miedo y desarrolla libertades— es insonora, casi invisible, o, por lo menos, no es grandilocuente. Puede haber una filosofía de la política pública que no sea por demanda, sino que se oferte para ir mejorando las emociones y los anhelos de poblaciones que han sufrido angustias, carencias y miedo. Esto, además de filosófico, puede ser estratégico porque las sociedades se están volviendo más estrictas para analizar los resultados de las políticas públicas y puede que, a la larga, la reputación de un tomador de decisiones que usó atajos no sea sostenible.

Ningún tomador de decisiones en el Estado debería impedir capturas u obstruir una investigación criminal; pero, especialmente, un alcalde no se debería de concentrar en organigramas criminales, sino en recuperar, proteger y asegurar las libertades (económicas, culturales y ciudadanas) en su territorio. Se trata más que de extremismos, de optimizar tiempos, recursos y la misma injerencia o autoridad.

Esto no quiere decir que se recomiende la aquiescencia o laxitud con los criminales. La estrategia sigue siendo contra el crimen, tratando de que el

criminal, al quedarse sin lugar, pierda el poder y sea más fácil de judicializar. No importa si se hacen operativos o grandes capturas, si se siguen buscando a jefes delincuenciales o empresarios criminales, lo importante es que al territorio al que llega un operativo tenga institucionalidad y servidores públicos que no se van a ir y van a prestar servicios y cuidados que reduzcan al máximo el riesgo y generen tranquilidad (la ausencia de miedo).

Por supuesto que hay que evitar cualquier ingenuidad con la línea de base³⁵, inventariar con qué instituciones y recursos se cuenta, tener en cuenta que hay barrios en los que se perdió la legitimidad estatal, y también que hay instituciones que requieren un trabajo largo y constante para recuperar la confianza de la ciudadanía. Sin embargo, hay que trabajar desde lo que se puede controlar y desde ahí dejar legados, resultados históricos y una seguridad sostenible.

La concentración espacial del homicidio es común mundialmente en la violencia ocasionada por el crimen (Muggah, 2012). Como se mostraba en el primer capítulo, es claro que el homicidio en Medellín tiene unas concentraciones específicas y unas dinámicas que suelen ser estáticas entre pequeños sectores.

La lógica puede ser más compleja de lo que muestra una simple estadística, ya que muchas veces se trata de retaguardias, y la disputa por las rentas no se da necesariamente en los espacios más deprimidos. Sin embargo, es fácil que un análisis cualitativo —producto de la etnografía— arroje claridades espaciales sobre tradiciones delincuenciales y haga comprensibles patrones espaciales y los mapas del miedo.

35. De dónde se parte y cuáles son las carencias o los problemas iniciales.

Se necesita hacer un inventario de guetos criminales y tener una ruta de largo aliento como ciudad sobre todos los lugares a recuperar, empezando por los más obvios, pero también con los que se tiene suficientes herramientas institucionales para recuperar. Lo que sucede en estos espacios es que los criminales se convierten en mafia cuando intervienen decisivamente o definen economías informales, luego economías legales y, finalmente, dinámicas sociales desde la movilidad y la vivienda, llegando a intervenir la sexualidad y las relaciones afectivas de los habitantes del barrio o sector.

Poner el acento en la recuperación espacial con tácticas microespaciales para que realmente se interrumpan las dinámicas mafiosas, es poner en el centro a la ciudadanía, su protección, y no enfocarse en el criminal (que a veces termina en el centro estratégico por buenas intenciones o por las tesis que se tengan sobre la superación de la inseguridad). Esto resuelve el problema que puede ser percibido como capacidades regenerativas de los grupos, pero que, en síntesis, es volver a capturar a un cargo o función en un organigrama criminal (primero al mando, segundo al mando, jefe de finanzas) y que hace del desmantelamiento de bandas un logro poco duradero.

Con respecto a la seguridad ciudadana, el orden de los factores sí altera el producto, para no exponer a la población, no generar vacíos y no traicionar la confianza de la ciudadanía —que es muy difícil de reconstruir—. La estrategia acá es preparar terrenos y contener la violencia, o aplazarla lo suficiente para que la relación entre el tejido social y la institucionalidad disminuya al máximo el riesgo de la población, quedando prácticamente cauterizada y sin el espacio para convertirse en víctima.

Un problema definitivo que un alcalde puede ayudar a resolver es la incapacidad y la falta de intención de las fuerzas del Estado para ocupar un terri-

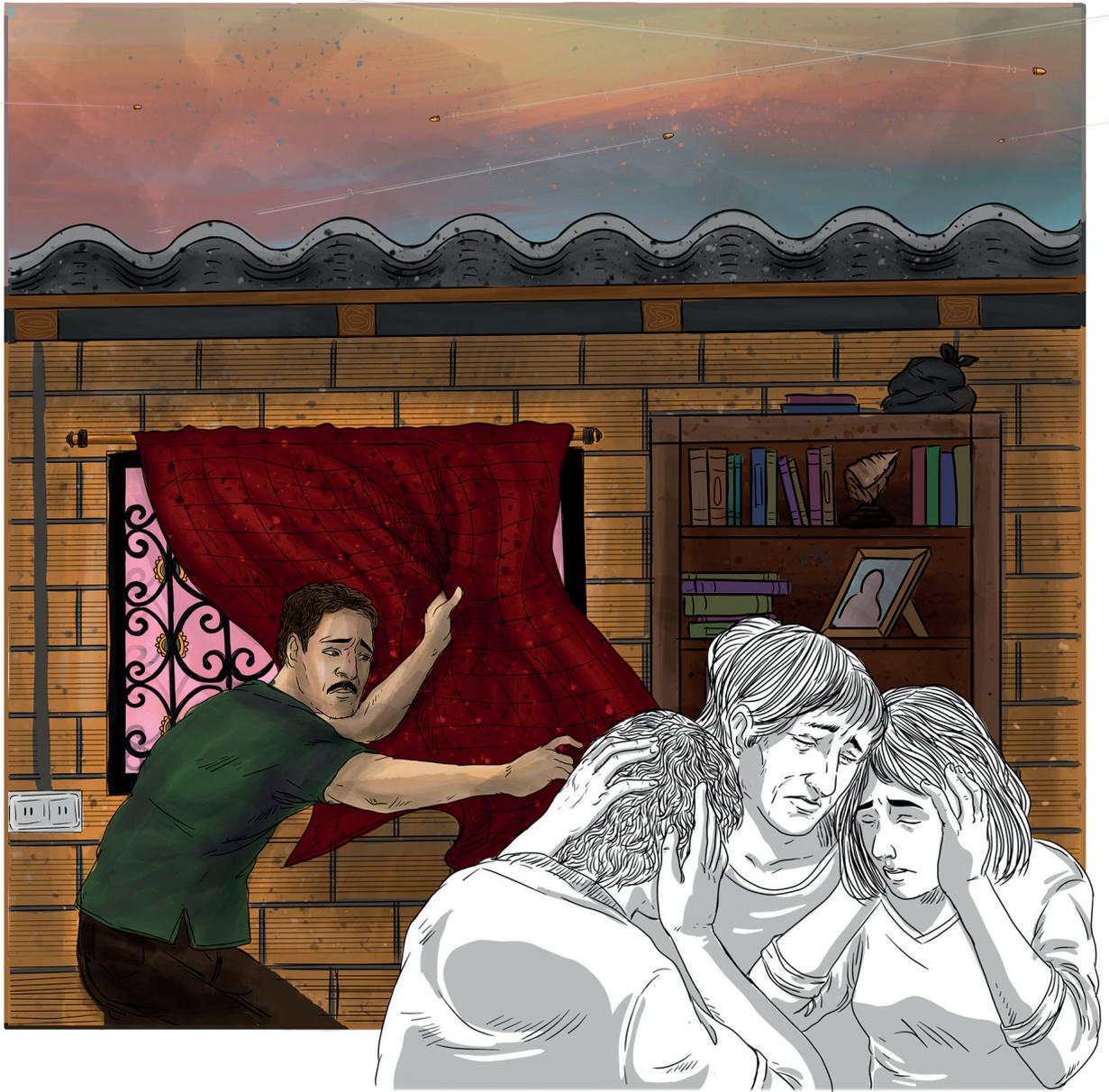
torio y no permanecer en él por más de un par de meses. Es importante reparar que esa salida genera catástrofes y retrocesos. La recuperación gradual y definitiva de un territorio tiene que generar, rápidamente, tranquilidad para el poblador, porque la recuperación es primero para los que viven ahí y luego para el resto de la ciudad. Una política de seguridad nunca debería consistir en cuidar una parte de la ciudad de otros barrios, como si se tratara de una contención y no de la dignidad y la calidad de vida en el barrio donde hay una pandilla o un territorio controlado por una mafia.

Se puede trabajar en los avances concretos, medibles y narrables de recuperaciones de vecindarios y, en paralelo, aumentar las capacidades, mejorando o desarrollando herramientas institucionales, lo que consiste en definir protocolos, procedimientos, rituales (de servicio) y símbolos (uniforme y gestos). Para esto hay que generar o consolidar talento humano y protectores críticos en la ciudadanía (desde las veedurías).

Un tema muy recurrente en las tesis de seguridad de un candidato a un gobierno local son las rentas ilegales: se plantea en muchos debates y campañas que la criminalidad, y, por tanto, la violencia, tendrá fin si se ataca las rentas, pero esto no es cierto porque lo que habría que atacar son los medios de producción. ¿Pero qué serían los medios de producción del crimen en una ciudad? Si se quiere enfrentar el narcotráfico en serio, habría que enfrentar el lavado de activos, pero si vamos a otros negocios en los escenarios con mafias y pandillas se encuentran las complejidades de los atracos y de la extorsión, con las capacidades violentas como industria o medio de producción. Puede haber una banda que, si no tiene trabajo del narcotráfico, se puede dedicar a extorsionar, y si pierde un control territorial, puede dedicarse a robar carros, escenario en el que va a ser más fácil de judicializar (Beltrán y Salcedo, 2007).

Más allá de que un gobernante ético puede estar atento al lavado de activos y hacer llegar información relevante a donde se requiere, primero hay que quitarle al crimen su capacidad de intermediación en la vida del ciudadano promedio, y así poner a salvo a una mayoría de la ciudadanía. Seguramente habrá un momento donde se anulen drásticamente las economías ilegales, pero la pregunta es en qué orden, qué tan dañino puede ser la espectacularidad de precipitarse (confundida con una severidad) y cómo llegar a que sea sostenible. Cada tanto habrá que preguntarse para qué la legalidad. Una respuesta puede ser para que la gente viva mejor. También hace aparecer el cuestionamiento del para qué el orden. Se podría pensar que el orden debe servir para la libertad.

Lo cierto es que atacar las rentas criminales o ilegales no acabará con la violencia o el delito, lo que podría debilitar sosteniblemente el crimen violento es competir con la oferta (seguridad) y trabajar la demanda: el cambio cultural para que sea impensable eliminar al otro (sicariato y hacer parte de una pandilla que mata). En ese sentido, y con una especificidad mayor en jóvenes y adolescentes, también se puede trabajar la demanda de la droga, resolviendo una emoción a la que le da respuesta cada droga.



VI. Invención ciudadana

Por algo sería

Una revisión de la prensa de Medellín (Casa de las Estrategias, 2021) permite comprender que sólo en un 11 % de las noticias sobre homicidios se le daba a la víctima un contexto familiar, y esto incluso disminuyó en los últimos tres años analizados (2017, 2018 y 2019). Por otro lado, una categoría como la de “criminal”, que busca casi siempre referirse al responsable, aparece en un 14,2 % de las noticias. Un grupo más pequeño de víctimas, como son los adolescentes entre los 13 y los 17 años, permite observar que el 48 % de los homicidios no recibe atención pública. En el 3,8 % de las noticias sobre homicidios el medio termina concluyendo que se trata de un enfrentamiento entre criminales. Una variable (en la clasificación de móvil) aún más polémica como “ajustes de cuentas”, un eufemismo que nace del lenguaje policial y que parece matizar la venganza entre los delincuentes, aparece en el 2,7 % de las noticias de homicidios en el año 2008, pero baja hasta el 0,6 % en el año 2019.

Estas cuatro mediciones muestran que el periodismo está lleno de grandes profesionales y buenos ciudadanos y ciudadanas, haciendo una labor importante de denuncia y de llamado de atención a las instituciones.

Sin embargo, el periodismo y los medios suelen ser un reflejo de la cultura general y muestran una insensibilización frente a los crispamientos en periodos convulsos, y una separación para normalizar una realidad violenta, al punto de no registrar unos casos y de no detenernos en el duelo que implica preguntar quién era la persona que resultó víctima del asesinato. Esto en contextos latinoamericanos tiene que ver con la intensidad y las cifras del fenómeno, pero puede llevar a un círculo vicioso de no prestarle suficiente atención al fenómeno y, así, no volverlo una prioridad política.

“El ajuste de cuentas” es una categoría que no nace de los medios, pero que está normalizando que una deuda o cuenta en el crimen se pague con la vida. La categoría de *enfrentamiento* puede que encierre el asesinato de un adolescente consumidor de un barrio representado como peligroso, o efectivamente con una fuerte influencia de un combo, sin que la víctima haya estado en la capacidad de enfrentarse en términos violentos con su agresor, y, por lo tanto, sin que haya habido un enfrentamiento.

Más allá de definir que en esos porcentajes en los que los medios perciben que se está dando una competencia entre grupos criminales, o que la venganza o sanción entre criminales no genere esos o más homicidios, lo que se discutiría acá es el método con el que queda instalada en la memoria colectiva un homicidio con menos de un día de indagaciones y a veces bajo la responsabilidad de un policía muy joven que no conoce el territorio en el que hace las indagaciones preliminares.

En la mayoría del periodismo hay un esfuerzo para encender las alertas sociales sobre la violencia; así mismo, y en menor medida, pero no por ello menos digno de atención, las explicaciones o simplificaciones que tranquilizan sobre el fenómeno como algo ajeno o que les ocurre a otros; pero quizá

donde se puede combatir más fuertemente la naturalización del homicidio es en ese segmento de la prensa amarillista³⁶. En Medellín, el tabloide sensacionalista es mucho más leído que otros periódicos de otro estilo, y para muchos de esos lectores puede que esa sea su única lectura.

“Se metió a un barrio desconocido y lo mataron”³⁷, “A Expachelly le dijeron que lo iban a matar... y lo mataron”³⁸, “Su mamá le dijo ‘no salga’... y lo mataron”³⁹, “Lo mataron por un televisor perdido”⁴⁰, y “Lo creyeron dormido pero estaba baleado”⁴¹, son ejemplos de titulares en el tabloide. Hay una información social muy importante para entender que sigue vigente el fenómeno donde a un joven lo asesinan por entrar a otro barrio, para saber que salirse del crimen no es suficiente para estar a salvo, que hay varias personas que saben días antes que va a ser asesinado, lo poco por lo que asesinan a alguien o lo poco que la vida “vale”; pero, en últimas, lo que se puede criticar es la trivialización del homicidio, con la escogencia de aquello a resaltar en la noticia, quizá cuando el solo hecho del homicidio deja de ser novedad.

36. Según Wikipedia (“Prensa amarilla”, 2021), “es un tipo de periodismo que presenta noticias con titulares llamativos, escandalosos o exagerados para tratar de aumentar sus ventas, aunque por lo general estas noticias no cuentan con ninguna evidencia (o escasas) y sin una investigación bien definida”.

37. Titular del periódico *Q’hubo*, Medellín, 30 de noviembre del 2019.

38. Titular del periódico *Q’hubo*, Medellín, 26 de octubre del 2019.

39. Titular del periódico *Q’hubo*, Medellín, 4 de octubre del 2019.

40. Titular del periódico *Q’hubo*, Medellín, 26 de octubre del 2019.

41. Titular del periódico *Q’hubo*, Medellín, 7 de agosto del 2019.

“Lo ajusticiaron y lo enterraron”⁴², “No se dejó morbosear y la mataron”⁴³, “Lo desmembraron y lo botaron en 3 costales”⁴⁴, “Regresó a saludar y lo embolsaron”⁴⁵, “El extraño caso detrás del embolsado de la feria”⁴⁶, y “Lincharon a menor por caso de robo”⁴⁷ son titulares que prenden más las alarmas sobre el correlato del homicidio. Para un medellinense puede ser complicado salir del lenguaje de “limpieza social” y “ajusticiamiento”. Es difícil para cualquier relator de la realidad describir sin censura una realidad y no normalizarla, por lo que primero hay que insistir acá en que estos titulares son un reflejo de la cultura (en especial de sus debilidades) y un momento social, pero no hay que dejar de señalar que los medios pueden guiarse por el consumo, *lo que vende*, aunque también pueden modificar el consumo con su oferta. Establecer en los titulares unas consecuencias lógicas para el feminicidio, reducir a las víctimas a lo que había en la mirada del asesino y tratar los cadáveres como cosas, producen una herida grave en el correlato de la vida y la sacralización de la muerte.

Registramos un caso donde quedó demostrado que un medio no tenía evidencia suficiente para insinuar que una víctima era parte de un grupo delincencial. Al conversar con la mamá del joven asesinado, ella detallaba la afectación emocional que le producía el hecho de que su hijo fuera retra-

42. Titular del periódico *Q'hubo*, Medellín, 14 de noviembre del 2019.

43. Titular del periódico *Q'hubo*, Medellín, 5 de noviembre del 2019.

44. Titular del periódico *Q'hubo*, Medellín, 13 de octubre del 2019.

45. Titular del periódico *Q'hubo*, Medellín, 14 de enero del 2021.

46. Titular del periódico *Q'hubo*, Medellín, 13 de enero del 2021.

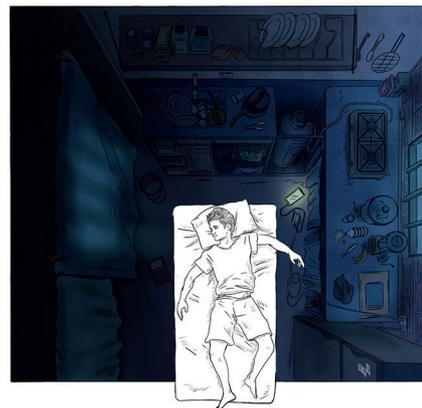
47. Titular del periódico *Q'hubo*, Medellín, 28 de noviembre del 2020.

tado así (*Nocopio.com*, s.f.). La exclusión hace que se pueda retratar a las víctimas de homicidio de formas ligeras y con escasas consecuencias, pero estos tratamientos hacen parte de una segunda eliminación, un maltrato a la honra, que contribuye a perpetuar el fenómeno porque resta presión a los asesinos.

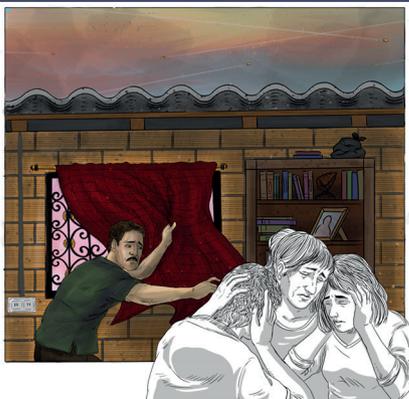
Si cada homicidio fuera reportado, a veces con lo sucinto de un telegrama para un pésame, y otras veces con el mejor de los obituarios, entendiendo que lo va a leer la mamá de la víctima, se podría avanzar en cerrarle los espacios culturales a la normalización del asesinato. Cerrar filas en torno a la sensación de que nada justifica el homicidio, puede empezar desde varios sectores y desde pobladores comunes, pero necesita del gobierno y de los periodistas para no remar a contracorriente.

Recomendaciones para reducir los homicidios

1 Sacar del territorio a las personas que se sabe o se sospecha que van a ser asesinadas.



2 Crear un lugar digno y distante de la influencia mafiosa o pandillera para los y las jóvenes y adolescentes en riesgo y estimular una socialización libre y a salvo para los y las jóvenes y adolescentes donde había intermediación mafiosa.



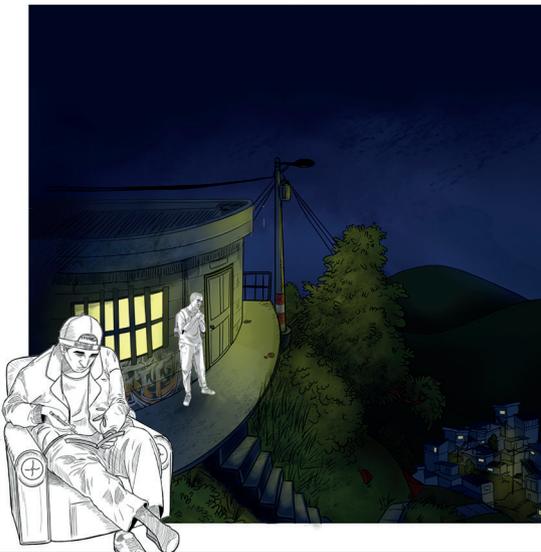
3 Supervisar a la Policía y tratar de impulsar o ser aliado de una modalidad comunitaria que no pueda ser utilizada o intervenida para grandes operativos o capturas de alto valor.

4

Estar en los
micro-espacios
periféricos con la constancia
de servidores públicos.

5

Alterar
urbanísticamente
guetos criminales para el
disfrute del habitante común.



6

Aportar al
cambio cultural
desde el ejemplo, el diálogo
y el fortalecimiento de los
símbolos ciudadanos con la
premisa de que nada justifica
el homicidio.

7

Servir en todo
lo demás
para que la vida valga la
pena ser vivida - sin angustias
insondables y sin miedo -.

Sostenibilidad cultural

El profesor Francisco Thoumi dice que “todos sabemos que el cambio cultural es importante, pero ninguno sabemos por dónde comenzar”⁴⁸. La sostenibilidad cultural tiene que partir por la popularidad de una alcaldía, pero hacer algo que trascienda un gobierno y que impacte, por lo menos, a toda una generación no es fácil y no permite atajos.

Es posible discutir que no se puede reinventar el mundo cada cuatro o seis años, que no se puede seguir haciendo lo mismo esperando nuevos resultados. En política pública se puede caer en lo que es *fácil de digerir* y coincide con las emociones. Es posible discutir que no se puede seguir insistiendo en soluciones baratas, cortoplacistas y poco integrales. Tampoco es posible ir al otro extremo de decir que cuando se resuelvan todos los problemas socio-económicos, habrá seguridad. La discusión entre minimalismo y maximalismo se puede zanjar atendiendo al dicho popular que dice que no es posible tratar problemas graves con *pañitos de agua tibia* y se tiene que trabajar con “lo que da la tierra”, nuestro imperfecto contexto.

Puede ser buena estrategia tratar a la ciudadanía como a un “adulto” y contarles que hay problemas que no se resolverán en un solo gobierno, y así tener la sensatez y la valentía de empezar, asumiendo la escasez de tiempo y de recursos.

48. Consejo Académico Casa de las Estrategias en 2016, reunión virtual.



Para el caso de Medellín, se debería trabajar, al mismo tiempo, a corto plazo, en la salvaguarda de las víctimas potenciales de homicidio, en el mediano plazo, la recuperación de los vecindarios, y en el largo plazo, el cambio cultural. Para llegar a entender más la anatomía de estos hábitos de pensamiento sobre el homicidio, se usa una licencia autobiográfica, simplemente recordando que el académico, el gobernante y el tecnócrata están dentro de la misma cultura.

Cuando en la época de Pablo Escobar se escuchaba una bomba o una balacera, parecía como si todos, especialmente los mayores de la familia, contuvieran la respiración y empezaran a marcar los números de todos sus allegados; se establecía una red y se volvía a respirar cuando todos los familiares aparecían.

Aunque para muchas familias de Medellín Pablo Escobar era un monstruo, había el consuelo —más para el miedo que para la tristeza— de que las víctimas de homicidio eran personas que estaban involucradas en el narcotráfico, o combatientes en esa guerra entre el Estado y la criminalidad, pero esto era absurdo, porque una bomba no discriminaba a sus víctimas. Lo cierto es que no se puede vivir en un mundo con tanta incertidumbre, porque la ansiedad corroe, y se quiere pensar que cada tarde o noche cuando sale el hijo, la mamá, la sobrina o el tío, no están expuestos al más cruel azar desatado por un loco.

Con la violencia de las pandillas en los micro-espacios puede suceder lo mismo: una abuela no cree que a su hijo un día los pandilleros le van a pedir un bafle prestado y que por no prestárselo lo han empezado a maltratar hasta llevarlo a un límite donde actuó desesperadamente, y lo siguiente fue su asesinato (Efv10, 2015). En ese camino, se les concede inconscientemente

una lógica a los homicidas, esa lógica empieza a parecer sensatez, y de la sensatez se llega a la legitimidad.

En Medellín hay una expresión muy vieja que dice que “no hay muerto malo”. No se sabe si la primera vez que se usó esa expresión tenía o no doble sentido, pero lentamente la expresión se convirtió en una crítica o una burla que hacía un llamado a no excusar a las personas sólo por el hecho de haber muerto. Hay un hábito de pensamiento más reciente que dicta que “a nadie lo matan porque sí”.

Todo este repertorio cultural y moral desplaza la responsabilidad hacia la víctima, exime al asesino, le permite, al interior del barrio —en la configuración de las pandillas— seguir teniendo los premios sociales de la afectividad y la socialización, y hace plausible y atractivo para los adolescentes y preadolescentes ingresar a un grupo que mata.

Se hace necesario sacar el asesinato de nuestro repertorio, radical y definitivamente. No se puede permitir ninguna fisura de excepción para que termine siendo, cultural y moralmente, imposible. Luego de cerrar las fisuras, hay que considerar las armas no letales, los entrenamientos, las cárceles y hasta los blindajes y cerraduras como formas prácticas (no románticas) de explicar que hay que aislar al agresor, controlar al violento y protegerse de la delincuencia.

Primero hay que cambiar la cultura en las instituciones para atender el homicidio y su amenaza y de ahí reforzar las reservas que hay en la sociedad en forma de minoría para una movilización general —desde adentro, lo cotidiano y los gestos—. Una meta final sería eliminar el arquetipo del homicida, evitando que los adolescentes, y especialmente los preadolescentes, entren a los grupos que matan, y se sancione por hermanos, hermanas, parejas, pa-

dres y madres o, incluso, se use la amenaza de homicidio. En esta etnografía no se encontró ni un solo caso de una mamá, una abuela, un padre, una pareja, una hermana o un hermano que no intentara socorrer a la víctima de homicidio, lo que se encontró fue familiares y allegados que no censuraron moral o culturalmente a sus hijos para que no asesinaran o hicieran parte de un grupo que mata. Aunque la tesis de este trabajo está del lado de la víctima y la técnica no sería la de concentrar los esfuerzos comunicacionales en esa ínfima minoría que es el homicida, el homicidio no carece de autoría, el autor y el actor tienen un contexto social y, por lo tanto, existe una *fábrica* grande de homicidas a la que hay que hablarle.

Una descomposición ha puesto a la víctima como primer responsable de su homicidio y de ahí se desprende una desviación de ideas conservadoras que ha hecho a la familia de la víctima también responsable. Se está en una misma cultura, y por eso hay que perseguir que un proceso largo, pero no infinito (puede que de 10 años o tres cuatrienios), termine en que todos pongan límites a los distintos procesos sociales que llevan al homicidio, empezando por socorrer a la víctima y continuando por desarticular culturalmente al homicida potencial (un pandillero o un sicario).

Un hermano de una víctima comenta que se limitaba a decirle: “Que haga las cosas bien. Y no se puede; y más con un carácter como el que tenía mi hermano, usted no puede llegar a decirle qué no podía” (Efv5, 2015), pero a la vez se empieza a poner muy triste: explica que le hubiera gustado haber hecho más. En este caso, el hermano era también el mejor amigo de la víctima que hacía parte de un grupo delincriminal; no obstante, nunca logra usar su vínculo —su confianza— para decirle que lo que hace está mal, para ayudarlo a rediseñar su vida.

En algunos casos, una forma de cambiar la historia del homicidio hubiera sido interrumpir a tiempo y sin violencia una carrera criminal (quizá en la preadolescencia). Lo que se ve aquí es que el receptor cultural y moral, para ser enfático o radical con un hijo, un hermano o una pareja que hace parte de un *grupo que mata*, está dañado. Puede ser que en los casos registrados cualquier ser querido hubiera apoyado un cambio de vida, pero la espera era muy pasiva y lo que se puede evidenciar es un vacío de conversación donde nunca se habló del tema, nunca se dijo nada y pudo haber faltado una interrupción temprana. Esto habla de una crisis de vínculos por tiempo, pero también por hábitos de conversación y habilidades de diálogo.

Más allá de la familia, se vuelve a la descomposición social más general que hace de un discurso o de la ausencia de recursos cognitivos suficientes para la fatalidad. En un caso, el miedo de un vecino le impide salvar a unos niños del asesinato. En otros dos casos, vecinos que no pertenecen a una estructura criminal son cómplices directos del homicidio.

El costo del homicidio es directamente proporcional al número de personas que se interesan por cada caso, pero para que este ocurriera se necesitó de mucha indiferencia ciudadana y, a veces, de la complicidad de una persona por fuera del crimen.

El gobierno que asuma un camino, que parece difícil pero es el único (aquí los atajos no conducen a nada), es también el que comprenda que los cambios culturales no se dan sino cuando no falta nada por hacer. Esto parte de percibir lo adelantado en la consciencia artística de una sociedad (que siempre está susurrando y a veces grita), dar ejemplo, actuar y darle toda la morada material al cambio cultural (canales, herramientas y lugar).

FILOSOFÍA

El homicidio es lo primero que hay que resolver en una sociedad porque es

-
- 1 LA REAL INDUSTRIA CRIMINAL**
 - 2 CAUSA DE VENGANZA Y CICLOS INTERMINABLES QUE DAÑAN VARIAS GENERACIONES EN UNA FAMILIA**
 - 3 EL PRINCIPAL FACTOR DE INMOVILIDAD FÍSICA Y SÍQUICA**
 - 4 PARÁLISIS E INTERRUPTCIÓN DRÁSTICA DE JUSTICIA**
 - 5 IMPOSIBLE DEMOCRACIA Y LIBERTAD CON MIEDO**

En el suelo

Supongamos que hay un barrio en el que ha habido dos homicidios, y tal crimen no ha tenido mucha importancia en los medios, porque ocurrió en un lugar periférico y pobre, y porque las víctimas tenían 18 y 19 años, y habitaban el mismo barrio donde fueron abatidos por varios disparos. Una investigación, más de corte social que criminológica (aunque la criminología podría ser una ciencia social), revela que hay otros tres jóvenes amenazados y de ellos hay uno que parece haber sido sentenciado a muerte por una pandilla. Entonces, se saca a ese joven y se aumenta la presencia policial en ese barrio y se establece, por lo menos, una denuncia sobre amenazas para una persona; pero es difícil encontrar las pruebas contra el jefe de una pandilla y el vínculo entre el crimen y el actor criminal.

Lo que puede suceder luego es que la Policía en el barrio se transforme en una gendarmería o una Policía Comunitaria con otro uniforme y que no esté presionando por información, ni haciendo labores de inteligencia que pongan en riesgo a los informantes. Después de seis meses donde la pandilla estuvo replegada, la gente se acostumbrará a la Policía porque no hubo razones para quejarse de esta, porque prestó servicios de resolución de conflictos, previno incidentes y se compenetró lo suficiente con el tejido social como para que se volviera “parte del paisaje” (la gente solía olvidar que estaban ahí).

Durante esos seis meses se hicieron dos trabajos de urbanismo para dos parques pequeños (porque no hay mucho espacio), uno para adolescentes y otro para niños. Por el segundo patrullaba constantemente un binomio de Policía integrado por un hombre y una mujer; en el primero no, pero dada

la comprensión del urbanismo, se logró que sólo hubiera una entrada y pudieron hacer requisas en el trayecto hacia el parque. El único propósito de las requisas era encontrar armas y procesar a las personas que estuvieran armadas (todo con muy buen trato).

Aunque había un programa que se promocionaba en ese barrio para disminuir el consumo de drogas y alcohol y resolver las adicciones, se comprendió con un poco de etnografía que en el barrio podría haber más de treinta adictos y se entendió que deberían tener un lugar alejado de los niños y las niñas donde pudieran consumir sin riesgos y sin terminar como la base social del crimen.

Después de muchos diálogos con los y las jóvenes, se abre una casa cultural con actividades insospechadas, como la observación del firmamento con telescopios y un jardín de bonsáis. Resulta que se descubrió que había un grupo de otakus⁴⁹ y otro grupo de adolescentes al que le gustaba la astronomía. En la casa se dispuso un lugar junto al jardín para hacer siestas o leer en hamacas; también hay un salón que funciona como un café donde se puede tomar limonada y tener citas románticas con buena mueblería, buena vajilla y hasta velitas. La casa tiene un horario para el público general de ocho de la mañana a diez de la noche y los viernes y sábados se extiende hasta las doce de la noche. Funciona con un sistema de voluntariado y haciendo una red institucional con el colegio público, el instituto de deporte y la Policía comunitaria, y todos los días, a las dos de la tarde, asiste uno de dos profesionales de psicología expertos en el trabajo con adolescentes, y al atardecer se cuenta con la presencia de uno de dos artistas.

49. Personas apasionadas por la cultura japonesa.

El circuito del colegio público (donde se renovaron sillas, escritorios, baños y sala de sistemas, y que ya cuenta con un horario extendido para las actividades extracurriculares hasta la noche), sumado a los dos parques y a la casa cultural, hicieron que el barrio apareciera en varios medios de comunicación, que hubiera una visita semanal de algún artista con charlas, exposiciones y conciertos y que la gran mayoría de las y los adolescentes en el barrio estuviera en un grupo de exploración, creación y expresión (muchos de ellos guiados por un profesor o un experto) y que se crearan emisoras virtuales, periódicos, grupos de deportes tradicionales y divergentes (como *skaters* y practicantes de *parkour*) y que todos los viernes y sábados los adolescentes organizaran bailes, *batallas de rap* o presentaciones humorísticas.

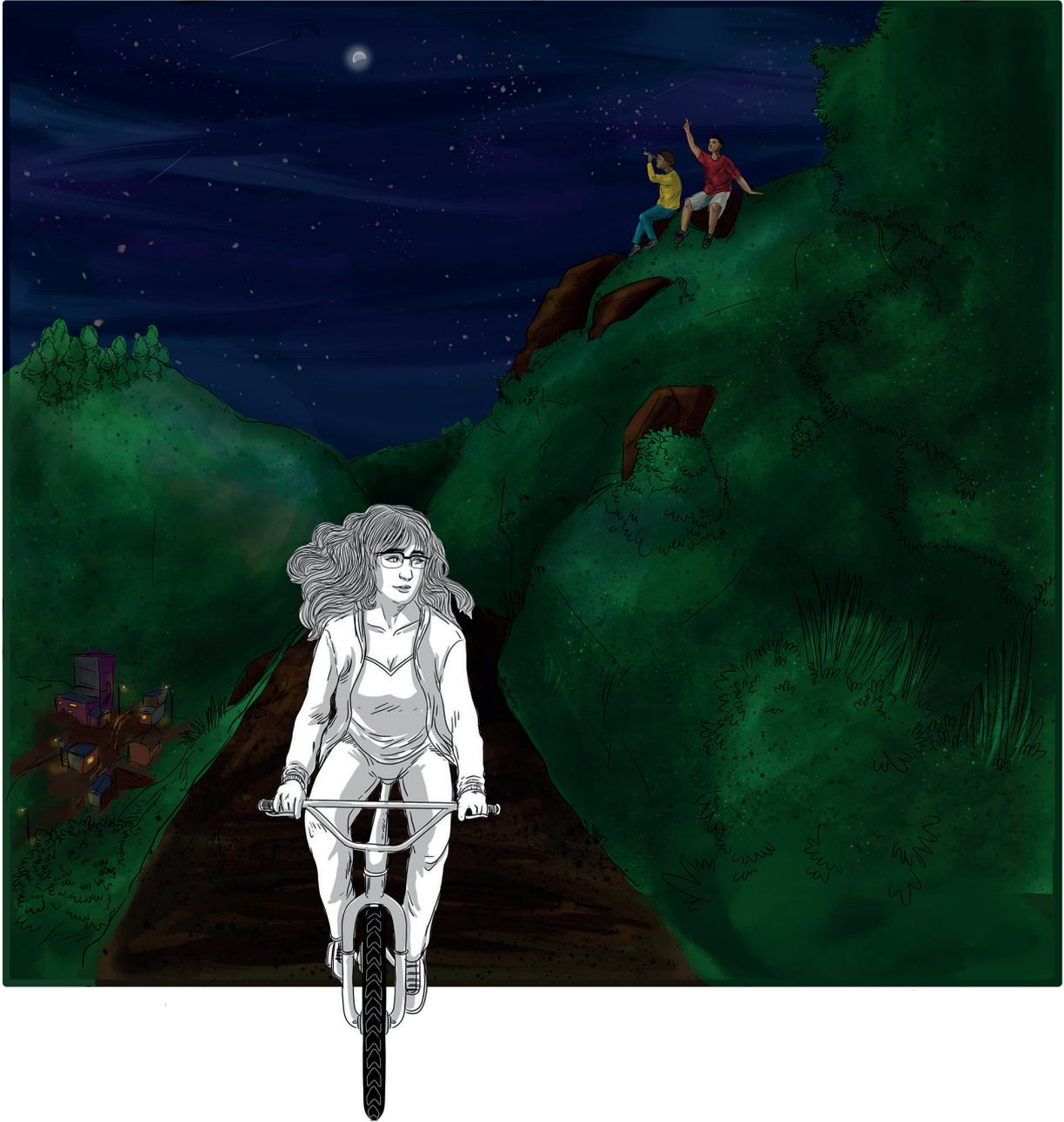
Un año después, el barrio resolvió su problema de basuras, está mejor iluminado, mejor pavimentado, tiene docenas de metros de nuevas escaleras, hay más de 500 techos de casas reparadas, miles de casas pintadas, el transporte público entra con normalidad, y aunque el constructor responsable de los parques pagó una vez una extorsión a una pandilla, se sabe que en los últimos cuatro meses ni a él, ni a ninguna otra persona los han extorsionado. Se cumplen seis meses sin ningún homicidio, no hubo desplazamientos forzados y el chico que tenía un mayor riesgo de ser asesinado volvió al barrio.

Uno o dos agentes mafiosos se fueron del barrio, porque dejó de ser estratégico para ellos. Hubo capturas, pero lo más importante es que se disolvió una pandilla porque se venció el arquetipo de pandillero.

Se podrá acusar esta imaginería de ingenua, diciendo que es más complejo, que hay muchos barrios o veredas en Latinoamérica donde las condiciones no están dadas para eso; la respuesta es hacerlo en el barrio contiguo, y sino en el barrio contiguo al vecino del que se le vino a la mente. Si aún sigue

estando complicado cerca del barrio que es necesario rescatar, entonces hágalo en el otro lado de la ciudad donde hay que cuidar que a un barrio no le ocurra lo que ocurrió en el barrio sobre el que se siente impotente.

Hay que recordar que los territorios pueden contagiarse de buenas prácticas, como un aliciente para empezar una recuperación territorial acumulativa, pero poniendo el eje en la población y, más específicamente, en jóvenes y adolescentes. Hay veces que no se tienen las herramientas suficientes para empezar en el vecindario más afectado, pero entender que el proceso es largo y supera lo que dure una administración gubernamental, también implica situarse en la responsabilidad histórica de empezar a preparar condiciones o instituciones. La tesis no es sólo que el crimen es una minoría imponiéndose a una mayoría (razón por la que no hay barrios criminales o perdidos), sino también que los y las jóvenes y los y las adolescentes cambian y se recuperan (los seres humanos siempre están cambiando y cada persona es muy distinta entre etapas).



Agradecimientos

Lo más valioso de este libro es la cooperación de las fuentes etnográficas, especialmente de las familias, amigos y amigas de las víctimas de homicidio, porque representa su generosidad y confianza en nosotros, así como una convicción profunda de compartir —a pesar de lo doloroso que resulta— un relato que salve a otros y les evite a otras mamás enterrar a sus hijos por causa de la violencia. Estas personas les dieron voz a los ausentes, muchas veces invisibles durante su corto trayecto en la vida y en la ciudad, y también nos dieron a nosotros las convicciones y la filosofía con la cual escribir y reescribir este libro. Las conversaciones se fueron instalando y ganando en confianza gracias, primero, a lo que teje y genera el colectivo Morada como una red y un lugar; luego, a la campaña Nocopio; y, finalmente, al diálogo en la plataforma Instinto de Vida. Igual importancia tuvieron para este trabajo los guías que encontramos en la Mesa Municipal de Víctimas y la Unidad de Víctimas de Medellín, con nuestros amigos Byron y Francesco.

Así mismo, debemos agradecer a los postpenados y a las personas que participan en los programas de resocialización, pues aunque no estaban obligados a darnos ninguna entrevista, en muchos de los casos se esforzaron sinceramente para que comprendiéramos las experiencias que nos narraban.

Todo esto toma forma por la manera en que Open Society Foundations trabaja con nosotros y con tantas otras organizaciones, confiando en lo que somos y dejándonos ser. No sobra decir que en esta organización hemos encontrado diálogos, compañerismos y enseñanzas tan valiosas como todo lo

demás. Nos han tejido una red que cada vez adivinamos más fuerte.

Agradecemos, también, a la Gobernación de Antioquia por su definitiva contribución para publicar este libro y continuar con su discusión.

Especialmente, agradecemos a Editores de Ciudad, a los colegios públicos de Medellín y a sus rectores, al programa de Paz y Reconciliación, al CEPAR, a la Corporación Nuestra Gente y a Ciudad Frecuencia. Finalmente agradecemos a la Policía Nacional, y a su dirección Metropolitana del Valle de Aburrá, al Instituto Nacional de Medicina Legal, al Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia, al Observatorio de Favelas, a Azul Originario, a Francisco Thoumi, a Víctor Gaviria, a Ingrid Bolívar, a Pedro Abramovay, a Angélica Zamora, a Isaac Beltrán, a Jorge Giraldo, a Edilma Escobar y a Jorge Ignacio Castaño.



Colectivo artístico Omnia

Ciudades sin miedo cuenta con ilustraciones del colectivo artístico Omnia, que fue fundado por Camilo Rico y Juan Carlos Mosquera en su adolescencia. Actualmente los sigue definiendo la ilustración que han ido encontrando poco a poco, desde el grafiti, el muralismo, los *stickers*, los fanzines, y siempre con el dibujo.

Conocen a Raíz Morada desde el año 2018 y a las personas de Casa de las Estrategias se les fueron volviendo compañeros permanentes, desde el cariño por la nueva casa cultural cuando, pintándola, se adueñaron de ella; con un fanzine de Morada, donde muchas veces pudieron decir lo que estaba mal; como voluntarios estrellas de los caminos ciudadanos compartidos, y, sobre todo, en NoCopio, una campaña de varias organizaciones y colectivos para desnaturalizar el homicidio.

Viven en la Comuna 13, con la que han tenido una relación intensa, de salir y entrar, de vivir épocas de violencia, como la Operación Orión, lo que hubo antes y la violencia latente o tolerable que hasta la fecha está sin resolver. Camilo perdió a su tío asesinado, recuerda el absurdo de un apagón para ese fatal malentendido, por lo cual tiene muy claro lo importante que ha sido el cuidado de su mamá; Juan Carlos vio a su padrastro varias veces herido por balas perdidas.

Yo sí tenía hasta un protocolo: “Cuando suceda esto, métanse debajo de las camas, si sucede cuando está en el colegio, váyanse por el rincón, váyanse así

por las casas, por si comienza, se meten a una de esas casas de una”. Y llegó a pasar, la señora, “Niños métanse acá”, cuenta Juan Carlos.

“Las bandas estaban muy cerquita, y se disparaban delante de uno. [...] Escondían las armas en los contadores de agua”, dice Rico.

Encontraron una primera mentoría en la agencia de *marketing* Método y la apertura de la editorial Sílabas, que a la larga se vuelve una suerte de inteligencia al reconocer la potencia de lo emergente, inteligencia para entender lo que aún no está demostrado.

“Es el trabajo (...) más importante que hemos hecho hasta el momento”, dice Rico. “Muy bacano tener esa partecita, ese aporte, en este libro que lleva tanto tiempo preparándose”, dice Juan Carlos.

Somos afortunados, los lectores y los involucrados en esta obra, de contar con Omnia, de contar con su arte, hecho muy adentro, para profundizar el tema de que trata el presente libro.

Referencias

Bibliográficas

- Alzate, Juan David (2012). *Barrios, calles y cantinas. Delitos de sangre y procesos judiciales por homicidio en Medellín (1910-1930)* [Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Colombia].
- Archila, Mauricio et al. (2002). *25 años de luchas sociales en Colombia 1975-2000*. CINEP.
- Banco Mundial (2013). *Jóvenes de México, autores y víctimas de la violencia*. <http://www.bancomundial.org/es/news/feature/2013/03/05/mexican-youth-authors-and-victims-of-violence>.
- Bedoya, Diego (1991). *De la barra a la banda*. El Propio Bolsillo.
- Bedoya, Jairo (2010). *La protección violenta en Colombia. El caso Medellín desde los años noventa*. IPC.
- Beltrán, Isaac y Salcedo, Eduardo (2007). *El crimen como oficio. Ensayos sobre economía del crimen en Colombia*. Externado.
- Blair, Elsa; Grisales, Marisol; y Muñoz, Ana María (2009). *Conflictividades urbanas vs. “guerra” urbana: otra clave para leer el conflicto en Medellín*. Universidad de Antioquia.
- Bolívar, Ingrid (2006). *Legitimidades “prácticas” y prácticas legítimas: relaciones entre actores armados y sociedades regionales en Colombia*. <http://www.institutgouvernance.org/es/chapitrage/fiche-chapitrage-3.html>.

- Bulla, Patricia y Guarín, Sergio (2015). *Formación policial y seguridad ciudadana. ¿Cómo mejorar el servicio?* Fundación Ideas Para la Paz Friedrich-Ebert-Stiftung. <http://cdn.ideaspaz.org/media/website/document/5612ec9739c77.pdf>
- Castro-Gómez, Santiago (2007). Michel Foucault y la colonialidad del poder. *Tabula Rasa*. No. 6, 153-172.
- Casa de las Estrategias (2020). *Economía de vínculos y ser habitable en los bordes*. [Archivo PDF]. <https://casadelasestrategias.com/wp-content/uploads/2020/09/-Econom%C3%ADa-de-v%C3%ADnculos-y-ser-habitable-en-los-bordes.pdf>
- Chaves, Mariana (2005). Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Última Década CIDPA*. No. 23, 9-32.
- David Bravo, Carlos Alberto (2019). *Mala Hierba*. La valija de fuego.
- Díez, John Jairo (2013). *El homicidio como forma de control social: “Amor por Medellín”, 1990 a 1995*. [Tesis de Pregrado en Historia, Universidad de Antioquia].
- Doria, Paula y Galvis Manuela (2020). Brutalidad policial: 7 mil denuncias en cinco años y ni una condena. *Lasillavacía*. <https://www.lasillavacia.com/historias/silla-nacional/-brutalidad-policial-7-mil-denuncias-en-cinco-anos-y-ni-una-condena/>
- Duque, Luis Fernando (2005). *La violencia en los municipios del Área Metropolitana del Valle de Aburrá. 2003-2004: su magnitud y programa para reducirla*. Universidad de Antioquia.
- Duque, Luis Fernando; Klevens, Joanne; y Montoya, Nilton (2007). Conductas socialmente indeseables asociadas a agresores y resilientes. Un estudio de caso y controles en Medellín, Colombia. 2003-2005. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 25(2), 21-36.
- Duncan, Gustavo (2005). *Del campo a la ciudad en Colombia. La infiltración urbana de los señores de la guerra* [Archivo PDF]. <https://ideas.repec.org/p/col/000089/002260.html>

- El Tiempo (s.f.). *En video: brutal agresión de miembro del Esmad a manifestante*. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=UrEILoztSJE>
- EPM (27 de noviembre de 2017). *Unidades de Vida Articulada - UVA*. <https://www.epm.com.co/site/Nuestrosproyectos/ProyectoUVA/UnidadesdeVidaArticulada.aspx>
- Escobar, Arturo (2005). *Más allá del tercer mundo: globalización y diferencia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Garcés, Ángela (2010). *Nos-otros los jóvenes: polisemias de las culturas y territorios musicales en Medellín*. Sello Editorial Universidad de Medellín.
- Gaviria, Víctor (2015). "Erre me Copia". Archivo de *Morada Estéreo*.
- Giraldo, Jorge (2008). Conflicto armado urbano y violencia homicida en Medellín. *Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*, 5, 99-113.
- Gupta, Akhil y Ferguson, James (2008). Más allá de la cultura: Espacio, identidad y las políticas de la diferencia. *Antípoda*, 7, 233-356.
- Hall, Stuart (2010 [1997]). El espectáculo del Otro, en Eduardo Restrepo *et al.* (Eds.), *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Envión.
- Jaramillo, Ana María (1997). Consideraciones sobre el conflicto armado. *Estudios políticos*, 10, 150-159.
- Llorente, María Victoria; Ortiz, Román; y Urrutia, Nicolás (2008). *Policía Nacional: una Fuerza la Consolidación*. Fundación Ideas para la Paz y Embajada Británica en Colombia.
- Marston, Sallie (2000). The social construction of scale. *Progress in Human Geography*. 24(2), 219-242.
- Martín-Barbero, Jesús (1998). Jóvenes: desorden cultural y palimpsestos de identidad, en Humberto Cubides *et al.* (Eds.) *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Siglo del Hombre.
- Martínez, Adolfo (2005). *Discursos sobre la juventud en Medellín, 1965-1987*, [Tesis de Pregrado en Historia, Universidad Nacional].
- Muggag, Robert (2012). *Researching the Urban Dilemma: Urbanization, Poverty and Violence*. IDCR.

- Naftal, Alejandra y Carnovale, Vera (2004). La construcción del archivo oral de Memoria Abierta. *Memoria Abierta*. http://www.sitesofconscience.org/wpcontent/uploads/2012/10/-Members_member-Benefits_008.pdf
- Naranjo, Gloria y Villa, Marta (1997). *Entre luces y sombras. Medellín: espacio y políticas urbanas*. Corporación Región.
- Perea, Carlos Mario (2000). La sola vida te enseña: subjetividad y autonomía dependiente, en Luz E. Carvajal (Ed.), *Umbrales: cambios culturales, desafíos nacionales y juventud* (pp. 21-50). Corporación Región.
- Prensa amarilla (5 de junio de 2021). En *Wikipedia*. https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Prensa_amarilla&oldid=136114097
- Reguillo, Rossana (2004). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma.
- Rilke, Rainer Maria (2015 [1929]). *Cartas a un joven poeta*. Ediciones Hiperión.
- Rubio, M. (2007a). *De la pandilla a la mara: Pobreza, educación, mujeres y violencia juvenil*. Externado.
- _____ (2007b). *Pandillas, rumba y actividad sexual: desmitificación de la violencia juvenil*. Externado.
- S.N. (s.f.). El hijo de Sol. *Nocopio.com*. <https://nocopio.com/elhijodesol/>
- Sánchez, Gonzalo y Meertens, Donny (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Áncora.
- Serrano, José Fernando (2005). La cotidianidad del exceso. Representaciones de la violencia entre jóvenes colombianos, en Francisco Ferrándiz y Carles Feixa (Eds.), *Jóvenes sin tregua. Cultura y políticas de la violencia* (pp. 129-144). Anthropos.
- Thoumi, Francisco Elías (2015). *Debates y paradigmas de las políticas de drogas en el mundo y los desafíos para Colombia*. Academia Colombiana de Ciencia Económicas.
- UNODC (2013). *Estudio mundial sobre el homicidio: Resumen ejecutivo*. S.d.
- Uribe, María Teresa y López, Liliana María (2006). *Las palabras de la Guerra*. Lealon.
- World Health Organization (2015). *Global Health Estimates*. <http://apps.who.int/violence-info/homicide/>

Cuantitativas

- Casa de Estrategias (2021). *Base de datos de Noticias sobre Homicidios en Medellín 2017-2019*. S.d.
- DANE (2020). *Proyecciones de población*. S.d.
- _____ (2020). *Base de datos de Homicidios en Colombia*. S.d.
- SISC (2020). *Base de datos de Homicidios en Medellín*. S.d.
- _____ (2020). *Base de datos Incautaciones Medellín 2008-2019*. S.d.
- _____ (2020). *Base de datos Capturas Medellín 2008-2019*. S.d.

Etnográficas

Entrevistas a exinfractores (Exei):

Estas entrevistas fueron hechas, en su mayoría, a finales del año 2010 y principios del 2011. Casi todos los entrevistados tenían entre 18 y 30 años, todos con crímenes confesos, y un poco más de la mitad confesaron haber cometido homicidios. Hay un caso muy interesante de un postpenado que nunca anduvo armado y manifiesta una filosofía, y casi que una ética, en su propio actuar delictivo de estar en contra del homicidio. La mayoría son urbanos, viéndose representadas las zonas nororiental, noroccidental, centro occidental, centro oriental, y tres corregimientos de la ciudad, aunque hay

algunos que afirman haber sido reclutados en una zona rural, para luego llegar a Medellín, o tener tareas ligadas al narcotráfico que los hizo moverse por Colombia o, al menos, por el departamento de Antioquia.

La metodología para llegar a estas fuentes es partir de nodos; el nodo intencionado fueron los programas de resocialización, de derechos humanos en cárceles y de acompañamiento a los postpenados de la alcaldía de Medellín; otro nodo surgió de una primera revisión de las fuentes y la necesidad de resolver algunas preguntas, a partir de un familiar de un aliado en procesos sociales y culturales.

En estas 24 entrevistas hay desmovilizados de las Farc, desmovilizados de las AUC, personas que estuvieron adscritas solamente a una estructura del narcotráfico, expandilleros y un exdelincuente común. El instrumento se centró, primero, en los comienzos delincuenciales, el ingreso y pertenencia a un grupo, tratando de concentrarnos en la adolescencia o la juventud en el grupo. Un segundo segmento del instrumento se refirió a las percepciones, las creencias y las experiencias con el homicidio. Para esta fuente etnográfica no se informa la comuna o barrio de donde proceden las personas entrevistadas por petición expresa de las mismas. A continuación, se enumeran las entrevistas realizadas en esta categoría:

Eexi1, 2009 – Eexi2, 2010 – Eexi3, 2010 – Eexi4, 2010 – Eexi5, 2010 – Eexi6, 2010 – Eexi7, 2010 – Eexi8, 2010 – Eexi9, 2010 – Eexi10, 2010 – Eexi11, 2010 – Eexi12, 2010 – Eexi13, 2011 – Eexi14, 2011 – Eexi15, 2011 – Eexi16, 2011 – Eexi17, 2011 – Eexi18, 2011 – Eexi19, 2011 – Eexi20, 2011 – Eexi21, 2011 – Epol1, 2015 – Eexi22, 2016

Entrevista a familiares de víctimas (Efv):

Estas 20 entrevistas hechas en Medellín, una en el año 2017 y las restantes en 2015, se realizaron con familiares, parejas, amigos y amigas de personas asesinadas en Medellín entre los años 2012 y 2017, la mayoría en las comunas que agrupan los barrios con más concentración de homicidios (exceptuando el centro de la ciudad).

Todas las víctimas de homicidio fueron seleccionadas como jóvenes; hay un caso de doble homicidio de niños o preadolescentes, y la mayoría se trata de adolescentes. En nueve de doce casos, la entrevista a la madre fue central.

Están organizadas por el número del caso y la letra correspondiente a las fuentes dentro del mismo. El instrumento se desarrolló para volver a los familiares partícipes de soluciones desde el Estado y la sociedad civil, para evitar que sigan ocurriendo este tipo de crímenes. Inevitablemente, la confianza lleva a contar la historia de estas personas, conocer quiénes eran y comprender más sobre el fenómeno a partir de la amenaza y la agresión fatal. Para esta fuente etnográfica no se informa la comuna o barrio de donde proceden las personas entrevistadas por petición expresa de las mismas. A continuación, se enumeran las entrevistas realizadas en esta categoría:

Efv1, 2015 – Efv1b, 2015 – Efv1c, 2015 – Efv2, 2015 – Efv2b, 2015 – Efv3, 2015 – Efv3b, 2015 – Efv4, 2015 – Efv4b, 2015 – Efv5, 2015 – Efv6, 2015 – Efv6c, 2015 – Efv7, 2015 – Efv8, 2015 – Efv8b, 2015 – Efv9, 2015 – Efv10, 2015 – Efv11, 2015 – Efv12, 2015 – Efv13, 2017

Grupos focales con adolescentes (Gfa):

Los grupos focales con adolescentes se hicieron en el año 2016 a partir de la convocatoria que se hizo en 19 colegios públicos, priorizando las periferias, y tres organizaciones culturales en espacios de una tradición de influencia criminal. Los participantes tenían entre 15 y 17 años y eran de ambos sexos.

El instrumento de los grupos focales se desarrolló para conocer la experiencia con el homicidio, las estrategias frente el mismo, y así poder ver la dimensión de protección que podrían encontrar en el Estado. En un segundo bloque, nos referimos a la experiencia con la Policía, y las exigencias y recomendaciones que tienen para esta institución.

Fuente Grupos Focales	Comuna	Barrio	Organización
Gfa1, 2016	Comuna 1 - Popular	Santo Domingo Savio no. 2	Colegio Antonio Derka
Gfa2, 2016	Comuna 2 - Santa Cruz	Santa Cruz	Semillero Teatral Nuestra Gente
Gfa3, 2016	Comuna 3 - Manrique	La Salle	Colegio San Juan Bautista
Gfa4, 2016	Comuna 4 - Aranjuez	Moravia	Colegio Fe y Alegría Luis Amigó
Gfa5, 2016	Comuna 5 - Castilla	Castilla	Grupo Participación Juvenil La 5
Gfa6, 2016	Comuna 6 - 12 de Octubre	Picachito	Colegio Jesús María Valle Jaramillo

Gfa7, 2016	Comuna 7 - Robledo	Ciudadela Nuevo Occidente	Colegio Lusitania
Gfa8, 2016	Comuna 8 - Villa Hermosa	La Sierra	Colegio La Sierra
Gfa9, 2016	Comuna 9 - Buenos Aires	La Milagrosa	Colegio La Milagrosa
Gfa10, 2016	Comuna 10 - La Candelaria	Boston	Colegio Cepar
Gfa11, 2016	Comuna 11 - Laureles, Estadio	Lorena	Colegio Lucrecio Jaramillo Vélez
Gfa12, 2016	Comuna 12 - La América	La Floresta	Colegio Santa Rosa de Lima
Gfa13, 2016	Comuna 13 - San Javier	El Salado	Colegio Eduardo Santos - Sede Pedro J. Gómez
Gfa14, 2016	Comuna 14 - El Poblado	Los Naranjos	Colegio Santa Catalina de Sena
Gfa15, 2016	Comuna 15 - Guayabal	La Colina	Colegio José Acevedo y Gómez
Gfa16, 2016	Comuna 16 - Belén	San Bernardo	Grupo de dibujo Parque Biblioteca de Belén
Gfa50, 2016	Comuna 50 - Corregimiento de San Sebastián de Palmitas	Sector Central	Colegio Héctor Rogelio Montoya
Gfa60, 2016	Comuna 60 - Corregimiento de San Cristóbal	La Loma	Unidad de Víctimas
Gfa70, 2016	Comuna 70 - Corregimiento de Altavista	Sector Central	Colegio Débora Arango
Gfa80, 2016	Comuna 80 - Corregimiento de San Antonio de Prado	Limonar 1	Colegio Fe y Alegría El Limonar
Gfa90, 2016	Comuna 90 - Corregimiento de Santa Elena	Sector Central	Colegio Santa Elena

Grupos focales con mujeres adolescentes (Gfma):

Estos Grupos Focales se hicieron en el año 2011 sólo con mujeres adolescentes entre los 16 y los 19 años que estuvieran estudiando en colegios públicos, y se realizó en 14 barrios y veredas en donde se hubiera presentado un control territorial por parte de los grupos criminales.

El instrumento se diseñó para que las adolescentes hablaran de cómo creen que sus compañeras, amigas o vecinas enfrentan el dilema de dejarse cortejar por un pandillero o, incluso, de generar una aproximación si se vieran atraídas.

Esto fue generando discusiones más amplias sobre lo que evalúan en una pareja o en un romance pasajero y la diversidad sobre las prioridades que le daban al trabajo, el estudio, la maternidad, el casarse o el poder adquisitivo.

Fuente	Comuna
Gfma1, 2011	Comuna 1
Gfma2, 2011	Comuna 2
Gfma3, 2011	Comuna 3
Gfma4, 2011	Comuna 4
Gfma5, 2011	Comuna 5
Gfma6, 2011	Comuna 6
Gfma7, 2011	Comuna 7
Gfma8, 2011	Comuna 8
Gfma9, 2011	Comuna 9
Gfma12, 2011	Comuna 12
Gfma13, 2011	Comuna 13
Gfma60, 2011	San Cristóbal
Gfma70, 2011	Altavista
Gfma80, 2011	San Antonio de Prado

Grupos focales con policías (Gfpol):

En un acto de apertura al diálogo y confianza, la Policía Metropolitana del Valle de Aburrá nos permitió en el año 2016 citar a un grupo bastante representativo de patrulleros, patrulleras y suboficiales. Medellín tiene 21 territorios, pero no todos los territorios cuentan con una Estación de Policía; sin embargo, para completar los 21 grupos focales, donde no había Estación acudimos a la subestación o abordamos los cuadrantes para ese territorio. Algunas estaciones cubren varias comunas.

El instrumento se diseñó para entender la percepción que tiene la Policía sobre los jóvenes, su experiencia y el relacionamiento con los adolescentes de periferia y la experiencia y las percepciones que tienen frente al hecho de socorrer a un joven con una grave amenaza o que puede ser una víctima potencial de un homicidio, o de impedir un crimen de este tipo.

La conversación, en todo caso, se fue abriendo hacia cómo querían los policías que se los percibiera, y qué mejorar en la Policía, en el Estado y en la sociedad.

Fuente	Centro de la ciudad y participantes adscritos a varios territorios
Gfpol, 2016	Comuna 1
Gfpol1, 2016	Comuna 2
Gfpol2, 2016	Comuna 3
Gfpol3, 2016	Comuna 4
Gfpol4, 2016	Comuna 5
Gfpol5, 2016	Comuna 6
Gfpol6, 2016	Comuna 7
Gfpol7, 2016	Comuna 8

Gfpol8, 2016	Comuna 9
Gfpol9, 2016	Comuna 10
Gfpol10, 2016	Comuna 11
Gfpol11, 2016	Comuna 12
Gfpol12, 2016	Comuna 13
Gfpol13, 2016	Comuna 14
Gfpol14, 2016	Comuna 15
Gfpol15, 2016	Comuna 16
Gfpol16, 2016	Corregimiento San Antonio de Prado
Gfpol17, 2016	Corregimiento de San Cristóbal
Gfpol18, 2016	Corregimiento de Santa Elena
Gfpol19, 2016	Corregimiento de Altavista
Gfpol20, 2016	Corregimiento de Palmitas
Gfpol21, 2016	

Encuesta a policías sobre jóvenes (Encpj):

Con esta encuesta, realizada en el año 2016 a 225 policías en Medellín, quisimos entender las relaciones de los uniformados con los jóvenes a partir de percepciones y experiencias, lo que va también anunciando una cultura propia y la cultura institucional.

Encuesta jóvenes con mediciones de su experiencia sobre policía (Encjp):

Con esta encuesta, realizada en el año 2016, complementamos los grupos focales hechos con los adolescentes sobre el homicidio, y aseguramos un control sobre la información. En esta encuesta se pudo medir con más exactitud la relación que tenían los jóvenes con la Policía.

Encuesta jóvenes sobre su barrio y Medellín (Encj):

Con esta encuesta, realizada en el año 2015, quisimos entender la experiencia de socialización y fiesta en el barrio, la movilidad, los intereses y la percepción de la ciudad o sus deseos frente a la misma. Un segundo bloque muy importante sirvió para medir el consumo de drogas desde las emociones asociadas o que se quieren saciar o cambiar con las drogas. Una conclusión importante fue detallar las emociones que produce el barrio y las emociones que produce la ciudad. Se realizaron 514 encuestas en los colegios de los 21 territorios de Medellín, intentando que estuvieran ubicados en los barrios más periféricos.

Recorridos etnográficos en el año 2016 para comprender las plazas de vicio en las comunas 1, 3, 4, 5, 6, 8, 14 y 15 y otras esquinas o lugares de socialización no autorizados (R):

Queríamos tener como grupo de control a la comuna 14, y con la ayuda de dos guías que no consumían drogas, en las comunas 4 y 14, poder contrastar cómo se veía la socialización sin el consumo de drogas y qué ocurría para un adolescente de bajos ingresos en una zona de ingresos altos.

Diseñamos un instrumento de observación y empezamos o terminamos el recorrido con una entrevista a profundidad a nuestro guía, que era un joven o un adolescente del sector, a veces legitimado por ser reconocido como un artista o partícipe de un movimiento cultural.

Fuente	Comuna y barrio
R1, 2016	Comuna 1 - Popular
R3, 2016	Comuna 3 - La Salle
R4, 2016	Comuna 4 - Moravia
R5, 2016	Comuna 5 - Castilla
R6, 2016	Comuna 6 - Picachito
R8, 2016	Comuna 8 - La Sierra
R14, 2016	Comuna 14 - Los Naranjos y Chispero
RT15, 2016	Comuna 15 - Cristo Rey y La Colina
RTSA, 2016	Corregimiento de San Antonio de Prado, Limonar 1

Conversación o tertulia con adolescentes del colectivo Morada y de Editores de Ciudad en 2017 (Cme):

Esta charla condensa una dinámica y unas conversaciones cotidianas desde el año 2013 en una casa cultural en San Javier en la Comuna 13.

El
im-
perativo
siempre será
salvar vidas, nunca
dar por perdido a un jo-
ven y buscar, en cambio, llegar a
él a tiempo. A los adolescentes tenemos
que devolverles la niñez negada, generar todo el
espacio para que transcurra su adolescencia, para que
se den los procesos de socialización y de experimentación
sin manipulaciones delincuenciales, agresiones o riesgos
letales. *Ciudades sin miedo* se terminó de imprimir en
Panamericana Formas e Impresos S. A. en marzo de
2022. Se usó papel Coral Book Ivory de 70 g.
La fuente usada fue Charter BT 11
para textos.



En muchas ciudades colombianas, y en Medellín en particular, muchos residentes han vivido, y viven atemorizados. Esto es sentido por todos los habitantes de la ciudad. El homicidio es particularmente alto entre jóvenes de los barrios marginales que tienen bajos ingresos, falta de propósitos de vida y que se sienten excluidos de la sociedad. Estos jóvenes también han sido temidos por el resto de la sociedad, lo que ha hecho que políticas de mano dura, que frecuentemente violan derechos humanos fundamentales, hayan tenido amplio apoyo.

Los problemas de violencia y de drogas asociados a los jóvenes son complejos y las soluciones simples punitivas no son efectivas, especialmente cuando se aplican a grupos sociales que se sienten excluidos y sin futuro. Los fenómenos complejos no tienen causas directas sino conjuntos de factores que contribuyen a que dichos fenómenos surjan en una sociedad.

El libro *Ciudades sin miedo* reconoce la necesidad de modificar comportamientos, para lo cual es necesario entender los actuales. Así, sus autores han utilizado entrevistas, grupos focales y otras técnicas que permiten comprender los sistemas de toma de decisiones de los jóvenes víctimas y ejecutores de homicidios y de los actores del Estado, especialmente la Policía, involucrados en estos fenómenos.

Como sucede con los problemas complejos, el libro resalta la necesidad de involucrar a todos los actores y de promover la empatía mutua, es decir, el reconocimiento de la humanidad común de los actores. Para que las políticas logren cambiar comportamientos en una sociedad libre es necesario que todos los afectados se apropien de la política, que esta surja de un consenso entre ciudadanos, no que sea impuesta verticalmente desde un centro de poder. Este valioso libro da luces importantes para avanzar hacia esa meta.

FRANCISCO E. THOUMI



Silaba

Casa de las
Estrategias



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE SEGURIDAD Y JUSTICIA



UNIDOS